



PRECIO: \$ 1.-
EL EJEMPLAR: . . .

4525

COMPAÑIA IMPRESORA ARGENTINA
ALSINA 2049 — BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



SINTEISIS

DIRECTOR:
XAVIER BÓVEDA

SUMARIO:

Absurdidades	RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.
Doce poetas nuevos	EVAR MÉNDEZ.
Versos de París	ARTURO CAPDEVILA.
La guerra de los Pasquines	E. RESTREPO TIRADO.
— La teoría de la Ciencia de Meyerson	LEÓN DUJOVNE.
Coplas en la historia	CÉSAR CARRIZO.
Sobre el problema de los valores	FRANCISCO ROMERO.
El Centurión de Capernaum	CARLOS A. LEUMANN.
Notas y Bibliografía	CRÍTICA.



AÑO I SEPTIEMBRE DE 1927 N.º 4

SINTE.SIS

SINTEISIS

ARTES CIENCIAS Y LETRAS



AÑO I

Nº. 4

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE DE 1927

DIRECTOR:

XAVIER BOVEDA

SECRETARIO GENERAL:

HECTOR G. RAMOS MEJIA

CONSEJO DIRECTIVO:

Coriolano Alberini ** J. Rey Pastor **** Emilio Ravignani**

Carlos Ibarguren ** Martín S. Noel **** Arturo Capdevila**

Jorge Luis Borges

ORNAMENTADOR:

RODOLFO FRANCO

Redacción: Rodríguez Peña 95, 1º izq. — U. . 38, Mayo 3138

Concesionarios exclusivos para la venta y suscripciones:

Agencia General de Librería y Publicaciones (S. A.)

RIVADAVIA, 1573

www.ahira.com.ar

25 DE MAYO, 577
MONTEVIDEO

RAMON GOMEZ
DE LA SERNA

ABSURDIDADES

TRAGÓN DE PECES VOLADORES



O le gustaban sino los peces voladores, los peces más difíciles de pescar y cazar, pues o hay que pescarlos con ese revés o boleó que hace en el aire el hilo del anzuelo o hay que cazarlos con tiros con bala anzuelada.

Era curioso asistir a aquellas comilonas de peces voladores, en que, siendo pescado lo que se comía, se ofrecían unos a otros, los comensales, alones y pechugas.

Un verdadero conflicto fué en Roma caracterizar si se faltaba o no a la cuaresma y se promiscuaba, comiendo peces voladores.

Y por fin el comilón de peces voladores acabó siendo cochero de hidroavión.

LAS VOCES CAMBIADAS

En aquella tertulia todos tenían voces diferentes a las que debían tener.

En la nariz de aquél, se había quedado un constipado para siempre; en la voz de aquel otro, había una nuez retrasada, y en la de aquel otro, aparecía un ventrílocuo desesperado.

Pero el caso no es definir sus voces. El caso es contar que las tenían cambiadas y la del hombre gordo la tenía el hombre delgado y la del rubio el moreno, etc., etc.

¿Por qué podía haber sucedido semejante cambio?

Porque un día, al salir de la tertulia, en la mescolanza y desconcierto en que todos buscaban con precipitación sus sombreros, sus carpetas y sus bastones, habían cambiado las voces.

EL ESPEJO EN LA JAULA

El director del Parque Zoológico era tan humorista que acordó dar una broma al público y que aquella broma fuese como su lección de filosofía barata (25 céntimos costaba la entrada).

Hizo poner un espejo en el fondo de una jaula vacía, y el público que asomaba a los barrotes se encontraba tratado allí dentro.

Cuando se veían en grupo reaccionaban fácilmente, pero algunos hombres solos que se contemplaron como animales fieros, retrocedieron espantados, y muchos novios que iban con sus novias rompieron con ellas, pues les dió pavor el rostro de fiereza y la sensación de peligro, que contemplaron allí dentro.

EL ESPADÍN DEL ACADÉMICO

Aquel académico desconfiaba que iba a ser inmortal. No las tenía todas consigo sobre esa posibilidad, y para ser el académico al que no se olvida nunca, hizo algo que no había hecho ningún académico, matar con su espadín a un compañero de corporación.

Abusador de inmortalidades, de aquella manera, con

aquella espada de puño con adornos de mal jarrón de bronce, dejó comprometida la inmortalidad de todos y sólo como asesino de la inmortalidad pasó a la historia.

EL CEPILLO DE DON JUAN

En la esquina de los vientos más fríos se abrió el portal de Don Juan que, temeroso de llamadas y corrientes, mandó colocar un cepillo para peticiones y fotografías.

Ningún cepillo tan osado y con tantas tragaderas como ese que, sin mediación de San Antonio, acoge directamente las peticiones de las novias con toda la reserva de su corazón de cofre.

Las cosas se han puesto de tal modo en la gran ciudad y la proporción de mujeres es tan grande que el cepillo está justificado.

EL SABIO ALEMÁN Y LA PEINETA

El sabio alemán, Uber-Karler, ha inventado una teoría extraña sobre la peineta.

Según él, la peineta es el último vestigio que queda en las mujeres, de cuando fueron peces.

“No se trata—dice en su ensayo—de un residuo peri-orgánico, sino de algo que la naturaleza les obliga a buscar como complemento que no pudieron conservar”.

“Durante algún tiempo—sostiene también el sabio alemán—las mujeres tuvieron una peineta natural, con el brillo y transparencia de las agallas.

HERODES DE LOS MUÑECOS

Hay muñecos antipáticos y sobrantes, muñecos imperdonables que mandé degollar cuando fuí nombrado dictador, como primer acto de gobierno, por muy incomprensible e impopular, que pueda parecer.

Recordaré siempre aquellos parquets de los sueños y aquellos suelos de bazar llenos de muñecos rotos.

¡Pero aquella noche respiré con beneplácito de mi alma por haber borrado la pesadilla de la tontería! ¡Que diga lo que quiera la historia!

FABRICACIÓN DE MAGGI

Un secreto curioso, que sólo adiviné al pasar cerca del gran lago Maggi, fué el de la fabricación de esos cubitos que ensalsan de apenas nada las sopas de apenas poco.

Un sol revelador caía sobre la superficie del gran lago, rubio de caldosidad, floteado de patos sin plumas ni cabeza, podado de apios.

El guía que huye cuando ya no hay más remedio y a veces hasta cuando lo hay, me dijo:

—Está Vd. frente a la gran cocción del verdadero caldo Maggi—exíjase la firma en la cubierta—que, como verá, se hace aprovechando las aguas anuales del gran lago, que es espolvoreado de sales por los mejores cocineros, que también cuidan de las otras especies y se echan incontables patos con que le dan substancia. Cuece gracias a especiales calentadores de baño, y cuando viene el estío y se seca, todo el pueblo se dedica a hacerle pedacitos.

En aquel momento comprendí cómo puede satisfacer un solo fabricante el gran pedido del mundo.

LA BROMA DEL ATAÚD

Estaban desesperados de aburrimiento, y bárbaros de deseos de diversión, cuando se les ocurrió comprar un ataúd y enviárselo a Benito Bernabé, la pacífica víctima de sus bromas, el *cervato* de sus cacerías.

Tajeándose las risas y echándose dentro los polvorones de la hilaridad, los dos amigos se apretaban del brazo yendo hacia casa de Benito.

Ya en lontananza la casa del amigo, vieron que estaba cerrada la media puerta.

Se apoyó el uno contra el otro como bolos que han ido a caer y con ese mutuo apuntalamiento se salvan.

—Quizá no sea por él—se dijeron para consolarse, pero al preguntar a la portera, ésta les confirmó la fatal desgracia, acaecida tan próxima a la llegada del ataúd que en él le habían metido.

Los dos amigos volvieron sobre sus pasos, dejando incógnita la historia de aquel sarcófago y dispuestos a llevar el pesado luto de la broma toda la vida, sobrecogidos y horripilados para siempre.

EL ROBO DE LA VOZ

Cantaba por las calles del pueblo y todos le decían: “¡Vete a la ciudad! ¡Un gran porvenir tienes en la ciudad!” El se apretaba la faja con más fuerza, como si se amarrase por ser paquete del éxito.

El amigo incondicional de todo el que puede irse a la capital, le acompañaba por los espesos vericuetos de la noche, y cuando levantaba más su voz, era como el monago que da al fuelle del órgano mientras el organista lo toca.

La voz del gran cantante había anidado en todos los árboles del pueblo y a las almenas del castillo se asomaban pajarracos parecidos a los gansos, que repetían notas del canto bárbaro del paleta con voz de tenor.

Una noche, el acompañante de siempre, el que llevaba en sus manos las notas mejores del cantante como en una pecera, le apretaba la garganta con tal fuerza, con tal deseo de robarle la voz, que lo dejó muerto, sin un suspiro, sin un ¡adiós!...

SITIOS NEUTROS PARA EL CRIMEN

Hay escaleras en cuya caja nadie indagaría jamás; hay pozos secos que son como buzones del otro mundo; hay fondos de montaña en los que duerme echado sobre los cuernos el primer caravao de la creación, pero el gran depósito para el crimen fué aquella carbonera del cinematógrafo, en que el espectador de cine iba depositando los pedazos de la Señorita víctima.

SI A DIOS SE LE OCURRIESE...

Si a Dios se le ocurriese jugar un día al ajedrez aparecerían todas las torres en otros sitios y las estatuas cambiadas y los caballos de San Marcos en el desierto.

La torre inclinada de Pisa resultaría enderezada sobre Estambul y la Torre Eiffel en San Petersburgo. ¡Qué gran lío!

Pero la partida de ajedrez sería célebre en los anales de las partidas de ajedrez.

EL DESCOTE DE "LA PERLONA"

De tantas perlas como tenía aquella dama, la llamaban "La Perlona" sus familiares.

"La Perlona" era una mujer de descote ideal, descote de muerta bajo ojos de apasionada.

Tenía mejores perlas que la reina y por eso se creía un poco la legítima merecedora del trono.

Volvían miserables a todos aquellas perlas inmensas, en que cantaban las auroras caídas.

¿Pero dónde guardaba aquel maravilloso collar la mujer que no conoció amantes ni maridos para que no se lo robasen?

No se podía imaginar. Apagaba la luz de su cuarto antes de quitárselo, como la virgen que nunca se cambió la camisa sino en lo oscuro.

El ladrón entró alguna vez en su alcoba, palpó en su descote, buscó por todos los rincones, indagó por entre colchones y ropas, y nada.

¿Qué era? Que "La Perlona" había logrado abrir sus senos y tenía un tríptico de carne detrás de cuyas compuertas guardaba, como en un sagrario, las perlas del collar maravilloso.

FRASE DE COMPOSICIÓN

"Sobre el horizonte el tupé de la tormenta".

LA DESPEDIDA DEL MONO

El observador alemán del chimpancé era pesado hasta no poderlo dejar.

El chimpancé, que se sentía observado a todas horas con

espionaje irresistible, tomó una tarde la estilográfica del observador y le auxilió con sensatez inesperada:

“No quería ser el segador que hubiera podido ser. Mi naturaleza de observable se debía a que no quería dedicarme a ningún trabajo.

Pero, dándome cuenta de que es mucho más penoso ser observado que trabajar, renuncié a mi profesión de documento científico y me dedicaré a ser descargador del puerto de Marsella”.

EL 590

Abusan del barullo de la vida moderna muchas coincidencias para disimularse y no ser anotadas.

¿Quién iba a pensar, por ejemplo, que el tranvía número 590 tomaba siempre el mismo público extraño y como emparentado?

Yo que soy un asociador de ideas, me di cuenta, al cabo de vivir en la ciudad muchos años—¡ay, demasiados!—que en el tranvía 590 sucedía algo extraño siempre.

¿Hubiera sucedido esto si yo no tuviese la manía de apuntar el número de matrícula de automóviles y tranvías, con cierta aprensión de futuro atropellado?

En el tranvía 590 subía siempre la misma gente. Un tipo de comandante retirado, una mujer de luto con las mangas muy cortas, una señora con tres niños vestidos de colegiales, una vieja a la que cubría un ojo cierto ojil blanco con un agujero en medio, un caballero con una enorme sortija de sello.

¡Si yo fuese policía! ¡Aquél era indudablemente el tranvía de los falsificadores de billetes!

LOS NOVIOS DEL COLUMPIO

La madre les dejó subir al columpio ascendente y descendente, con toda la confianza de su corazón.

Los grandes peligros hacen más novios que nada, así que la pobre suegra aprovechaba las circunstancias.

La barca del columpio se movía frenética en el aire, como incendiario de un amor loco, y los hierros y las maderas del aparato crugían desesperadamente.

De pronto la madre dió un grito de dolor y los orgánicos callaron, quedando runrruneante el ruido de los columpios que se van parando en el pánico.

Su hija y su seductor habían desaparecido, si no por vía férrea, ni por vía fluvial, ni por vía aérea, por vía del columpio.

EL OLIVAR DEL TÍO MEREJE

Lo mejor del merendero del tío Mereje eran las aceitunas. En aquel descampado era grato encontrar aquellos gajos bien fabricados, en que se resumía la aspereza procreadora de los campos yermos.

Todos los consumidores del Valdepeñas sangriento, que el tío Mereje repartía en grandes frascos de conservar fetos, tiraban y tiraban aceitunas alrededor, sin miedo a que contrajese apendicitis el célebre merendero.

Soles, heladas y lluvias dieron a la tierra del merendero el apresto de su fecundidad y en la primavera apareció un olivar espléndido que pronto pondría sobre aquel paraje la mantilla de madroños con caireles verdes del mejor olivar de la nación.

LA VISIÓN LADRILLESCA

Yo veo cosas en los ladrillos, y hasta podría decir que veo el porvenir de lo que acontece asomado a ellos.

¿No es lejano un baile de máscaras, y sin embargo se entrevé en momentos de lucidez?

Pues tan lejanas son las visiones en los baldosines blancos y negros y todo lo entreveo en ellos nada más que con ponerme a revelar sus placas pisoteadas.

En los grandes baldosines de las catedrales veo todo lo imaginable: procesiones, juicios finales, bodas de las que aun no se ha formado ni el novio ni la novia, imagineros de la catedral que no se supo nunca quienes fueron y sólo yo vi sus facciones rasguñadas, etc., etc.

EL SUEÑO DEL MATADOR

Comenzó soñando que mataba un gran toro. Después vió aparecérselo otro regular. Después vió otro más pequeño. Después otro que era el número inmediato inferior al otro. Después el siguiente, ya en una disminución chotesca. Después otro del tamaño de un povel. Después otro como un gran perro de Terranova. Después otro como un galgo.

Y por fin uno como un perrito travieso.

Nunca había matado tantos toros ni en tan chocante proporción, como si unos hubieran estado metidos en otros, tal cual sucede en las muñecas rusas.

EVAR MENDEZ

DOCE POETAS NUEVOS



Es aquí un grupo de escritores jóvenes cuya obra constituye la expresión más reciente de nuestra poesía lírica. No son seguramente los únicos. El número de poetas de espíritu nuevo, que se apartan de las normas tradicionales, crece cada día. Las colecciones de versos marcan cerca de cincuenta nombres. Estos a quienes tengo el honor de presentar son, sin duda alguna, o bien los más representativos, o aquellos que han logrado definir ya una personalidad, o los que exhiben un temperamento singularmente vigoroso y prometedor. Constituyen principalmente la generación de 1900, año en que nacieron Borges, Bernárdez, Marechal, Keller Sarmiento, González Lanuza, Olivari; de un poco más cerca, del 1905, es González Tuñón, del 1906 Nora Lange, del 1898 Caro, Brandán Caraffa, posiblemente Molinari; y del 1891, Gironde. Una brillante generación, pues, la que da este aporte (al que habría que agregar varios otros nombres de poetas, no elegidos para esta presentación dado el límite estricto).

Estos poetas jóvenes, de tendencias modernas, que desde hace lo más cuatro o cinco años han empezado a emplear un lenguaje poético ya universalizado, aparecen en nuestro ambiente como revolucionarios. Lo son con respecto a la obra corriente de los poetas que no se apartan de la preceptiva literaria, de las leyes de los manuales de retórica,

de los que repiten, imitan o copian con tesón y esmero los modelos de forma y los temas poéticos del más frecuente manoseo. No son en cambio revolucionarios con respecto a la poesía misma. Les guía un designio depurador de la expresión lírica junto a un anhelo sin límites de alcanzar la más pura poesía: de ahí el culto por la metáfora que intensifica la belleza y duplica el goce intelectual. Les rige un ansia de expresión directa, espontánea, sin artificios, por hastío del preciosismo, el adorno y lo postizo, como reacción contra el empaque, la pretensión o la sonoridad hueca de los versos bien medidos y fácilmente rimados: de ahí el culto del verso libre. Aspiran a ser clásicos, no copiando las formas, procedimientos, recetas de los clásicos, que ha sido el sistema usual y propalado por los manuales de retórica, sino siendo, simplemente, de su tiempo. Porque ser clásico es ser, positivamente, fiel a su época. Entonces: poetas de 1927. Se los tiene por dinamiteros de la literatura. Nada más lejos de esto. Nuestros poetas nuevos no quieren destruir la poesía, quieren construirla con mayor vigor, hondura, intensidad, proyección de eternidad. Quieren restituirle cualidades que ha perdido desde cuando, voz popular, pasa a ser expresada por los primitivos con el acento más genuino, hasta que, por desdicha, sucesivas manipulaciones de letrados y retóricos la desnaturalizan. Volverla a su origen, restarle excesiva sabiduría, sería el anhelo de algunos que quisieran reencontrar el camino de la primitiva fuente. Otros, en cambio, aspirarían a seguir una línea, una tendencia, que pareció descubrir ya la orientación mejor, y que encajaría en el cultivo de una poesía puramente intelectual, especulación de la inteligencia, del conocimiento. Finalmente, otros, torturados por un deseo de sinceridad y fidelidad absoluta, querrían arrancar desde las raíces del instinto, del más

íntimo y primordial movimiento de la facultad creadora, el inconsciente. (Aludo a las tendencias derivadas de la corriente que encarna hoy Paul Valery en Francia, y al movimiento supra-realista y su posible eco en Buenos Aires).

Nuestro espíritu argentino, tan rudamente conservador, vió en ello una amenaza terrible para estabilidad del lirismo escrito; dió el grito de alarma por boca del pontífice máximo y se puso en actitud defensiva. El reaccionario en materia literaria—cuya cifra es enorme, insospechada entre nosotros (¡quién lo diría!, desde el profesor y el académico al boticario y el periodista—es rígidamente adicto a la anécdota, la descripción, la forma regular: de la silva y el soneto al verso de número silábico y al golpe isócrono de la rima. El sabiondismo universal en cuestión de poesía de buena gana atribuiría al vulgo el derecho de obligar a que los poetas, los creadores, le fueran a la zaga, y que no se anticiparan jamás a su gusto y costumbres. Y claro que esto es absurdo, antinatural, y jamás pasará cosa semejante. Ya lo dijo un escritor del presente: El poeta va en autobús. El vulgo en tranvía.

En realidad, estrictamente, no hay por qué asustarse. El espíritu de renovación, o, si se quiere, revolucionario, de los jóvenes poetas, no destruirá absolutamente nada. Por lo pronto se sirven de los útiles de todos los tiempos. En el versículo sin medida numérica ni ritmo repetido o cadencia pero ceñido al ritmo del corazón y el pensamiento de cada cual, se contiene la misma suma de poesía que en el verso regular; el preciosismo de la rima nada agregaría como verdadera poesía. Ninguna de las invenciones que aportan sería capaz de poner en peligro el mecanismo del idioma ni la función elevadora y gozosa de la poesía. La supresión de puntos y comas, el señalamiento de espacios en blanco para hacer pausas, el escamoteo de

consonantes finales de palabras por estar de más las letras que no se pronuncian y con lo cual se está de acuerdo con la fonética local; ninguna de estas cosas, agregadas al ejercicio del verso libre, metafórico y sin rima, sería capaz de trastornar fundamentalmente el lirismo, la emotividad, la poesía, en suma, que se expresa por el lenguaje hablado o escrito. Nada de ello indica, pues, que se vuelva la poesía patas arriba.

Las audacias de nuestros poetas nuevos—y esto no es en desmedro de ellos—no van demasiado lejos en cuanto a forma, a escritura: nada de anarquismo, confusión, nihilismo. Aquí no se hacen caligramas, no tienen mayor fortuna los poemas en varios planos o para varias voces (también aquí ensayados), ni seduce ninguna construcción poético-tipográfica, tan abundantes en todas partes y de suceso conocido desde remotas épocas de la literatura y su graficismo, cosa sin ninguna importancia, por lo demás. Tampoco las audacias de pensamiento y expresión de nuestros poetas nuevos rebalsan un nivel excesivo. Hay entre los nuestros un feliz sentido de la medida y el equilibrio. Ninguna locura, ninguna desmedida fantasía, nada de dadaísmo o antiliteratura disolvente, ni siquiera dejar hablar al subconsciente: aun no ha hecho camino el suprarrealismo aquí. A la inversa de lo que ocurre en Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, países que nos aventajan en un balbuceo lírico—donde a veces suele descubrirse poesía y talento—que aun no ha tentado a los argentinos.

¿Dónde está, entonces, la novedad, y el motivo de la resistencia que por su aparente rareza despiertan en el público las obras de los poetas nuevos? Pues en el tono, el acento, el matiz de expresión—sin contar la forma y el imaginismo—; está en los temas y la manera de tratarlos, inéditos o poco usuales aquéllos, sobria y sencilla, despo-

jada, ésta; se encuentra en su nuevo concepto de la poesía, de su función, su nuevo concepto del poema y su construcción; está en la fidelidad con que cada poeta busca expresar a sí mismo, volcarse, diferenciándose por manera natural de sus colegas, de modo a hacer inútil todo intento de agrupación sectaria o escolástica, pues no tienen sino analogía espiritual, puntos de contacto esenciales y los signos que a todos presta el ambiente de la época. Y, naturalmente, estos poetas de espíritu nuevo por tales aspectos de diferenciación ofrecen una fisonomía bien definida y en totalidad distinta de los poetas tradicionales, tanto los de anteriores generaciones que giran en torno a la cuarentena como de muchísimos poetas jóvenes de su misma edad, aun fieles a las normas superadas.

Lo verdaderamente hermoso y halagador es que la actual nueva generación poética argentina, robusta, numerosa, entusiasta, vibrante, da un impulso magnífico a nuestra poesía lírica, y, de golpe, eleva su nivel a la altura de las poéticas más evolucionadas, más modernas, de cualquier país. Porque, a la verdad, marchábamos en retraso, con respecto a muchos países americanos y europeos: Estados Unidos, México, Uruguay, Chile, España, Francia, Alemania, Italia, Rusia, en cuanto a refinamiento, densidad, pureza, hondura de la poesía. Hemos visto con júbilo que por fin se cumplía en Buenos Aires la evolución. El actual y tan valioso y nutrido conjunto de poetas nuevos, que aun está al comienzo de su obra, ha de llevarla a su término. Aun deben darnos sus mejores frutos, pero ya permiten constatar que nosotros, argentinos, podemos acaso ofrecer el ejemplo de la más noble y rica fructificación poética de nuestro tiempo, entre los países de nuestra habla. Y no olvidamos a España, ni a esos países engendrados de poetas que son Uruguay y

México. Nuestros nuevos poetas son los encargados de consolidar esta obra: será ese un timbre de honor, su orgullo el haber dado un gran paso adelante desde la época de Rubén Darío. Marchábamos con un retraso de siete lustros. Desde 1890 todo fué rubendarismo, más o menos matizado de orientación simbolista; cuando no lugonismo, imperante por cerca de treinta años. Habíamos perdido la ruta señalada por Rubén Darío, no en imitarle, pero sí en orientarnos por su guía: Walt Whitman, Edgar Allan Poe, Laforgue, Lautreamont, Rimbaud, Mallarmé, que a todos estos poetas nos mostró como ejemplo, hace cerca de medio siglo. Por fortuna, de 1908 a 1915 comienzan a presentarse los primeros síntomas de una evolución: hay poetas que pugnan por libertarse de las dos o tres grandes influencias dominantes en la lírica sudamericana y algún aspecto nuevo imprimen a nuestra poesía con su personalidad o su obra diferenciadas de Darío, Lugones, Herrera Reissig. El primero de todos es Carriego, luego Banchs. En un intermedio, estridente, aparece Lascano Tegui en 1910; en 1911 se revela a unos pocos Chabrillón; en 1915, Güiraldes nos llega con su *Cencerro de cristal*, que ya es algo no tan sólo verdaderamente moderno, nuevo, sino muy argentino y un tipo de escritura muy semejante al que tiene boga hoy, es decir, una buena anticipación. Del 1915 al 1921, empero, sigue el dominio de una poesía tradicional que va del lugonismo a la imitación de Banchs, o de Fernández Moreno hasta la crisis fatal y desoladora del sencillismo: máxima decadencia en este triste período sólo dignificado por dos o tres figuras prominentes. En 1921 hace su aparición el ultraísmo (más allá de todos los ismos), que no quiere ser escuela ni encasillarse en doctrinas unilaterales, sino superarlo todo en poesía, y que es, por otra parte, reacción anti-

rubendariana—menos contra Darío que contra sus serviles imitadores españoles—, y contra el prosaísmo terrible y el amaneramiento aniquilador de nuestra poesía. El ultraísmo era eco de modernidad literaria europea reflejado en España, e incorporación a Madrid y Sevilla (a Mallorca también, donde Borges y Sureda lanzaron un manifiesto) a través de los Pirineos, de las innovaciones literarias francesas (París, laboratorio intelectual), cuya juventud aprovechaba y hacía fructificar los aportes mejores del simbolismo (Mallarmé, Rimbaud), el descubrimiento de Whitman por Laforgue, la obra de los versolibristas y la labor contemporánea de Apollinaire, Salmon, Jacob, Cocteau; en suma, ese movimiento literario que pasaba del *Mercur de France* a la *Nouvelle Revue Française*, y que se complicaba con las tendencias renovadoras de las artes plásticas, a que se llamó cubismo, agitación intelectual iniciada en 1913, interrumpida por la guerra y que ya llegaba aun a España tardíamente. No digamos a Buenos Aires, donde todavía es una novedad! De 1923 a la fecha se difunde entre nosotros una nueva orientación del lirismo; aparece con libros o colaborando en revistas y periódicos una serie de poetas cada vez más numerosa, hasta constituir un robusto movimiento literario que impulsan y reflejan las revistas de juventud: una agitación verdaderamente reconfortante para el sentimiento de orgullo nativo y amor del país, pues pone en evidencia el grado superior de nuestra cultura intelectual. De entre esos numerosos poetas elijo, forzado por el espacio, solamente a los doce que van a continuación:

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ se nos revela aquí en 1925, con su libro *Alcándara*, de retorno al país tras una larga permanencia en España, donde había publicado tres

volúmenes de versos: *Orto*, *Bazar*, *Kindergarten*, obras precoces, del aprendizaje poético, pletóricas de influencias de poetas españoles y lírico-místicos portugueses, de Lugones, Herrera-Reissig y hasta con algunos ecos de ramonismo y ultraísmo. *Alcándara*, libro seriamente clásico, impecable como forma tradicional, que aprovecha e ilustra enseñanzas de los mejores versificadores de España y Argentina, muestra a un poeta de rica, fina e intensa sensibilidad, un delicado y abundante imaginista, un temperamento profundamente místico, un puro poeta. En verdad no es ni argentino ni americano su acento. No siente nuestro paisaje, nuestro ambiente, y su libro denuncia la vida y la ascendencia española de su autor. Desde hace poco Bernárdez evoluciona francamente en su expresión: abandona la forma regular y adopta el verso libre, o el versículo o la prosa lírica, y se entrega a la voluptuosidad de las alegorías, o al culto intenso de la metáfora con un sentido más profundo, de lo cual son ejemplo sus poemas dados a *La Nación*, o *Alegoría pausada que se llama Delia*, o *La niña que sabía dibujar el mundo*. Para muestra de su arte léase esta composición muy característica, de su forma intermedia, y de las más perfectas que ha escrito:

AL PAN DE CENTENO

I. - LETANÍA DE IMÁGENES

*Hermano pan: en el mantel de lino,
tu perfil bondadoso es una mano,
una mano morena de aldeano
que acaricia su nieto campesino.*

*La corteza rugosa de tu hogaza
recubre esa energía que se encuentra*

*bajo la arruga maternal del haza
o de la frente que se reconcentra.*

*La misma gota de sudor fecundo
que te engendraba, te enseñó la norma
para copiar esta encendida forma
que te asemeja exactamente al mundo.*

*Tu figura es simbólico concierto,
equilibradamente resumido,
de humanidad de torso descubierto
y santidad de vientre concebido.*

*Con el amor que al serafín condujo
cuando imitó la perfección divina,
tu curva cariñosa reprodujo
la curva familiar de la colina.*

*Como una mano franciscana sobre
una pureza de sobrepellices,
sobre el litúrgico mantel bendices
esta felicidad de mesa pobre...*

II. - PARADIGMA

*En la hostia trival me reconcilio
con el espíritu del Nazareno,
mientras la eucaristía del centeno
me consubstancia con el de Virgilio.*

*Cuando tu verso te desobedezca
come un mendrugo de centeno, para
que tu emoción estremecida crezca
como simiente agraz que germinara.*

Y sentirás conmigo lo que siento

*si desde mi tristeza se levanta
la audacia vertical de un sentimiento
sediento de altitud como una planta.*

*Cuando la eucaristía se te vuelva
vitalidad de sangre en cada fibra,
tu sensibilidad será una selva
que con el viento mínimo revibra.*

*Sentirás una lágrima que sube
desde tu corazón, hecha ternura,
como agua fervorosa que procura
la libertad celeste de la nube.*

*Sentirás un arroyo en cada vena,
en cada mano sentirás un nido,
y un ensalmar latino de colmena
sentirás en tu pulso enfebrecido.*

*Sentirás que tu verso te obedece
con sumisa firmeza de bastón
y con sinceridad que se parece
a la sinceridad del corazón.*

III. - RUEGO

*Para ser más honrado cada día,
con tu pobreza de estameña parda:
recuérdame la tierra que me cría,
recuérdame la tierra que me aguarda.*

*Y mi sinceridad será imponente
como el silencio que se posiona
del hijo pródigo que se arrepiente
y del padre feliz que lo perdona.*

JORGE LUIS BORGES tiene una significación muy importante en la evolución actual de nuestra poesía, por su acción, por su influjo. Fué uno de los promotores del ultraísmo y difundidor de su estética en España y aquí. Su nutrida producción, parte de ella reunida en cuatro volúmenes, tiene decidida autoridad e influencia entre la juventud. Con *Prisma* y *Proa* y acompañado por González Lanuza, Francisco Piñero, Nora Lange, R. A. Ortelli, Macedonio Fernández, Norah Borges, Guillermo Juan, libra la batalla ultraísta en 1921, a cuyos militantes presenta la revista *Nosotros* en 1923. Al año siguiente, en vísperas de su segundo viaje a Europa (había pasado allí todo el período de la guerra) reúne y nos deja sus poemas *Fervor de Buenos Aires*, los cuales no despiertan el verdadero interés que merecían sino dos años después. Ese primer libro de un poeta bien definido, le muestra como un sentidor profundo de la vida ciudadana, pero no de la tumultuosa, agitada vida de gran ciudad comercial, y sí de la casa, de la calle alejada, de la vida familiar, del barrio y del suburbio; nos revela a un exaltador de bellezas inadvertidas por todos los poetas que le precedieron o menospreciadas por humildes o intrascendentes y que Borges transforma en motivos, en elementos de su poesía personalísima, sabia como aplicación y ejercicio del idioma, densa de emoción y pensamiento, detrás de cuya forma y expresión se advierte al estudioso de autores clásicos, de maestros de la poesía universal. Buenos Aires es su pasión, preferentemente la ciudad que se va, empujada por la transformación impuesta por su progreso, el Buenos Aires de Palermo o más allá, el de las afueras del Sur y el Oeste, mejor aún el contemplado desde una altitud, a lo lejos, y abarcado en su conjunto, o bien las aberturas por donde Buenos Aires es a ratos de nuevo o en ciertos luga-

res comienza ya a ser la pampa. Es el añorador de todas las cosas tradicionales, de las viejas y queridas cosas argentinas, el amante de todo lo que se va y se perderá para siempre. Así es fiel a su estirpe. Y es, además, un angustiado permanente por el paso implacable del tiempo y un obsesionado por la idea de la muerte.

Borges ha conquistado desde hace tiempo aquello que es uno de los primeros méritos en el escritor: un estilo. Borges tiene el suyo, característico, inconfundible. Así lo establecieron sus libros en prosa. Lo confirmaron para la poesía sus versos de *Luna de enfrente*, donde el anterior proselitista aparece repudiando el ultraísmo. Se mueve ya cómodamente en una forma que participa de las tendencias modernas y las normas tradicionales; hay verso libre y hay versos regulares, y, si no rimas, por lo menos asonantes, estilo de salmos y cuartetos. La forma de sus composiciones se adapta perfectamente a sus temas, ya sea que recuerde emocionado sus horas de ausencia y la amistad, el amor, la vida del barrio donde pasó la adolescencia, o bien evoque un aspecto del suburbio o reviva un episodio histórico como la muerte de Quiroga. De entre esas composiciones tomo esta que pinta por entero al poeta y es una de sus obras mejor realizadas:

DULCIA LINQUIMVS ARVA

Mi canción de criollo final
Por la noche agrandada de relámpagos
En el expreso del Sur
Que desfonda y pierde los campos:

*Una amistad hicieron mis abuelos
Con esta lejanía
Y conquistaron la intimidad de la pampa
Y ligaron a su baquía*

*La tierra, el fuego, el aire, el agua.
Fueron soldados y estancieros
Y apacentaron el corazón con mañanas
Y el horizonte igual que una bordona
Sonó en la hondura de su austera jornada.
Su jornada fué clara como un río,
Y era fresca su tarde como el aljibe del patio
Y en su vivir eran las cuatro estaciones.
Como los cuatro versos de una copla esperada.
Descifraron ariscas polvaredas
En carretas o en caballadas
Y los alegró el resplandor
Con que aviva el sereno la luz de la espadaña.
Uno peleó contra los godos,
Otro en el Paraguay cansó su espada;
Todos supieron del abrazo del mundo
Y fué mujer sumisa a su querer la campaña.
Los otros corazones fueron serenos
Como ventana que da al campo;
Resplandecientes y altos eran sus días
Hechos de cielo y llano.
Sabiduría de tierra adentro la suya,
De la lazada que es comida
Y de la estrella que es vereda
Y de la guitarra encendida.
Sangre negra de coplas brotó bajo sus manos;
Se sintieron confesos en el canto de un pájaro.
Soy un pueblera y ya no sé de esas cosas,
Soy hombre de ciudad, de barrio, de calle:
Los tranvías lejanos me ayudan la tristeza
Con esa queja larga que sueltan en las tardes.*

ALFREDO BRANDÁN CARAFFA no publicó más libro después de *Las manos del Greco*, hace tres o cuatro años, obra prematura, desigual, con ciertas cualidades y muchos

defectos. Su producción posterior, numerosa y meritoria, iba revelando cómo conquistaba gradualmente un acento propio, un carácter personal. Sus últimas producciones en las revistas ya le muestran como uno de los poetas más interesantes de la actual generación. Adepto al ultraísmo después de sus primeros ensayos en aquel libro, se orienta en las tentativas más recientes de profundización y depuración de la poesía. Y podrá juzgársele en conjunto cuando aparezca próximamente su libro *Nubes*. Un ejemplo excelente de su producción es

DANZA

*Es liviana y perfecta, como los seres divinos.
Arco de flechas incendiadas, tiembla su cuerpo en el aire.
en sus ojos tranquilos, juegan las últimas luces de la tarde.
Sus manos decoran el silencio, con muchedumbres de pájaros.
Y en sus piés vive la dulce costumbre de una danza.*

*El mundo se hace pequeño como una senda para adorar sus pasos;
Y la muerte la mira, como Abraham a su hijo:
¡Con la hoz levantada, pero el amor deshecho en llanto!...*

*Cuando llega, una nube de sueños se posa sobre las horas,
Y antiguos horizontes se asoman en los mares...
Cuando se va, la vida se desgaja en caminos
Y la luz la sigue como un pájaro...
... Entonces,*

*La noche, construye la soledad y el espanto
y los ojos se quedan prisioneros en la torre sellada de su ausencia.*

ANDRÉS L. CARO es uno de los primeros poetas que ensayan, aun antes de aparecer los ultraístas, el orientar la poesía argentina por una nueva vía: directas influen-

cias de los escritores franceses modernos experimentadas por el núcleo de jóvenes a que pertenece. Y, sin haber publicado libro (aparte de una plaqueta de adolescente a lo Juan Ramón Giménez, que nada tiene que ver con su producción lírica actual), le sorprende el movimiento literario de la generación del 1900, a cuyo vigoroso empuje y labor asistimos.

No queda rezagado, ciertamente, pues sus poemas tienen un timbre nuevo y son una expresión evidente del tiempo. Emplea el verso regular, con rima o asonante. Es imaginista, pero alegórico más que metafórico. Un fantasista que pone en sus versos, al lado de la nota de ternura o delicado sentimentalismo, el detalle humorista, pintoresco, o la pirueta excéntrica. Frío, se dirá; sin pasión, pero jamás vacío, nunca insubstancial, siempre un fino y delicioso poeta. Este es uno de sus poemas, preferido por sus amigos:

LLUVIA Y AUSENCIA

*Sobre la ciudad enferma
el día se ha tirado como un largo bostezo,
el día que se ha puesto su batón de dormir
de nubes, lluvia y silencio.*

*Las manos amarillas que tiran de las horas
se escurren por la ausencia con pesadez de sueño.*

*Por el cansado puerto de mis ojos
huye un mundo encorvado e hipócrita al destierro.*

El hastío me agrieta como a un muro de sombra.

*Luego
me fumo el cigarrillo lento de la pereza
que más bien huele a impermeable*

como los viajes.
 Enjundia de murciélagos reluce en los paraguas
 que juegan la partida de damas con el cielo.
 La canción de los focos acuna los paisajes
 los tranvías se enturbian de negruzcos obreros.
 Anda por las recovas un lamento reumático
 y el betún de las penas me charola los huesos.

OLIVERIO GIRONDO irrumpe violentamente en nuestra literatura con sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, a fines de 1922, justamente cuando ya se agitaba entre nosotros el fermento de la renovación. Su primer libro ejerció rápida y eficaz influencia en el ambiente. Los bocetos y simples croquis, que él creía haber realizado, si bien expresión directa de su brioso, vigoroso y cálido temperamento, y, fruto de la hora, la atmósfera, el tono, el espíritu literario de la postguerra, resultaron para nosotros una poderosa levadura. Sobresalto de los académicos y tradicionalistas; despertar de curiosidad e inquietud entre los jóvenes, seguido de seducción, de entusiasmo por ese acento novedoso, por ese impulso tan dinámico, por ese vigor pictórico, el color deslumbrante, el atrevimiento, lo verídico y lo viviente del libro, que los inclinaba a intentar el nuevo camino abierto.

Girondo poeta,—para aplicarle el calificativo por entero habría que darle un sentido muy largo, muy de hoy, a la palabra—, sólo aparece en un par de *nocturnos* de su primer libro, en cuatro o cinco composiciones del segundo; *Calcamonías*. En aquél es un bocetista de brillantes y sabrosos fragmentos, que reflejan una penetrante observación, una sensibilidad exasperada; felices apuntes donde resaltan certeros calificativos, hallazgos admirables muchas veces; o bien divierte, o asombra a algunos, con su

violencia de lenguaje, cuando no audacia o insolencia: su característica y rasgo argentino típico. Ya sea, en fin, el de un poeta o de un humorista, su libro es un documento. *Calcamonías* es obra más seria literariamente, más risueña también, para nosotros, aunque no tanto para los españoles. Allí aparece evocada, vivida, pintada con relieve extraordinario, fuertes y crudos colores, una España pintoresca y trágica, que no ven o no confiesan los españoles, y cuyo retrato no les agrada gran cosa. El humorista, el burlón implacable e hiperbólico está en la *Calle de las Serpes*, en *Juerga*, en *Semana Santa de Sevilla*. El poeta un poco irónico, satírico, humorista, que no quiere ser sentimental ni parecerlo, el poeta de cierta poesía recia, áspera, que no excluye el estremecimiento emotivo provocado por la grandza o el horror de un espectáculo, está en *El Escorial*, *El tren expreso*, *Siesta*, *Alhambra*, y en el siguiente:

TOLEDO

Forjada en la "Fábrica de Armas y Municiones",
 la ciudad
 muerde con sus almenas
 un pedazo de cielo,
 mientras el Tajo,
 alfanje que se funde en un molde de piedra,
 atraviesa los puentes y la Vega,
 pintada por algún primitivo castellano
 de esos que conservaron
 una influencia flamenca.

Ya al subir en dirección a la ciudad,
 apriétase en las llaves
 la empuñadura de una espada,

*en tanto que un vientecillo
nos va ennobleciendo el espínazo
para insuflarnos el empaque
que los aduaneros exigen al entrar.*

Silencio!

*Silencio que nos extravía las pupilas
y nos diafaniza la nariz.*

Silencio!

*Perros que se pasean de golilla
con los ojos pintados por el Greco.
Posadas donde se hospedan todavía
los protagonistas del "Lazarillo" y del "Buscón".
Puertas que gruñen y se cierran
con las llaves que se le extraviaron a San Pedro.*

*Para cruzar sobre las murallas y el Alcázar
las nubes ensillan con arneses y paramentos medievales!*

*Hidalgos que se alimentan de piedras y de orgullo,
tienen la carne idéntica a la cera de los exvotos
y un tufo a herrumbre y a ratón.
Hidalgos que se detienen para escupir
con la jactancia con que sus abuelos
tiraban su escarcela a los leprosos.*

*Los piés ensangrentados por los guijarros,
se gulusmea en las cocinas
un olorcillo a inquisición,
y cuando las sombras se descuelgan de los tejados,
se oye la gesta
que las paredes nos cuentan al pasar,
a cuyo influjo una pelambre
nos va cubriendo las tetillas.*

*Noches en que los pasos suenan
como malas palabras!
Noches, con gélido aliento de fantasma,
en que las piedras que circundan la población
celebran aquelarres goyescos!*

Juro,

*por el mismísimo Cristo de la Vega,
que a pesar del cansancio que nos purifica
y nos despoja de toda vanidad,
a veces, al atravesar una calleja,
uno se cree Don Juan!*

Buenos Aires, junio de 1927.

(Continuará)



ARTURO CAPDEVILA

VERSOS DE PARIS

LUXEMBURGO

Y el surtidor erige su pluma de cristal.
(En el Luxemburgo, RUBÉN DARÍO)

*El surtidor erige su pluma aún, Darío,
y mira melancólica las hierbas George Sand.
Bajo el follaje umbrío, ved las reinas de Francia.
y, no lejos, ya eterno, ese Pauvre Lelian.*

*El surtidor erige su pluma aún, Darío.
El surtidor se eleva cantando. Y está bien.
El surtidor comenta los transparentes cielos.
Y su cristal es tuyo . . . Pero no estás, Rubén.*

*Bajo estas frondas hallan los sueños su más leve
portento. En la espesura se aquieta el corazón,
y apenas pica el tiempo fugaz, como en las sendas
sus migas los gorriones. ¡Oh, corazón-gorrión!*

*Humanidad de bronce y humanidad de mármol
y humanidad de huesos y carne, buen Rubén,
en torno de ese Baco que en el asno va ebrio,
son un silencio o vana palabra. Y está bien.*

*¡Tu Luxemburgo, dulce Rubén, tu Luxemburgo,
pagano y jacobino, de esta y de toda edad!
Bailly lee la fórmula de los constituyentes . . .
Venus sale del baño . . . David vence a Goliat . . .*

*La tarde se adormece bajo una luz postrera
La ensimismada frente baja el Pauvre Lelian;
y entre versos de Francia, versos tuyos, Darío,
por el divino parque mariposeando van.*

*Salimos con tus versos. Anocheció soñando
la rue de Vaugirard . . .*

MOULIN ROUGE

*Palabra de Ezequiel y de Isaías;
palabra de Isaías y Ezequiel:
—¡En las ardientes aspas del molino,
gira Luzbel!*

*Palabra de París y voz del siglo;
conciliación del justo y del infiel:
—¡Girad también vosotros, Isaías
y Ezequiel!*

E. RESTREPO TIRADO

LA GUERRA DE
LOS PASQUINES

El virrey don José de Ezpeleta había salido a veranear a Guaduas, con su familia, el 18 de agosto de 1794. En los dos días siguientes amanecieron fijados en varios puntos de la tranquila Santafé, dos pasquines, en verso el uno, el otro en prosa. Decía el primero:

“Si no quitan los estancos
si no cesa la opresión
se perderá lo ganado
tendrá fin la usurpación.

Era éste el otro:

“El apuntador de la compañía de comicos de esta ciudad representa hoy la gran comedia; *El Eco*; con el correspondiente sainete por octava vez *La Arracacha*; y la respectiva tonadilla por novena ocasión; *El Engañabobos*; se avisara si hay o no.”

No comprendemos qué alusiones tan graves, ni qué amenazas tan terribles encerraban estos que hoy nos parecen inocentes carteles, pero es el hecho que en aquella época levantaron tal polvareda que pusieron en conmoción a todo el Nuevo Reino de Granada, sembraron la alarma en casa de los vecinos y llegaron a intranquilizar a las autoridades de la Península.

Desde el mes de julio anterior, don Joaquín Umaña y López, vecino de Tunja, personaje hipócrita y adulator, que siempre andaba en los corrillos husmeando chismes para llevarlos a las autoridades, espía cobarde que más tarde haciendo méritos de sus delaciones pedía a S. M. lo amparase del odio de los nobles de Santafé que con su desprecio lo tenían agobiado, había presentado un denuncia contra Enrique Umaña, Bernardo Cifuentes y Pedro Pradilla. Estos jóvenes, aseguraba, trabajaban de acuerdo con Antonio Nariño y José Caicedo, para regir el país conforme a la constitución de Filadelfia. Para llevar a efecto su proyecto, sólo aguardaban noticias y órdenes de Pedro Fermín de Vargas,

A este denuncia vino a agregarse el que dió Manuel Benítez, y más concreto, pues aseguraba que Sinforoso Mútziz le había expuesto todo un plan de revuelta. Se trataba nada menos que de apoderarse del Cuartel del batallón Auxiliar en un día en que la tropa estuviese en misa. En el complot entraban los dichos Nariño y Caicedo, Francisco Antonio Zea, José Lozano, Andrés Otero, el cirujano Santiago Vidal, los Ayalas, el capellán del Auxiliar José Azula, los alumnos del colegio del Rosario, menos Camero y unos pocos niños. Citaba como a los más exaltados a Luis Gómez, a Mútziz y a José Angel Manrique, que diz que había compuesto un discurso que conducía al libertinaje, el que, analizado poco después por la Audiencia, se vió que no contenía ninguna idea subversiva. Para la empresa se habían hecho varias ofertas de hombres, de armas y de dinero, entre ellas una de don Santiago Umaña de cien hombres armados y 25.000 pesos y otra de Caicedo y de Otero por valor cada una de 30.000 pesos.

En este estado las cosas, vinieron los *incendiarios* pasquines a ponerle fuego a la pólvora.

De tiempo atrás veníase marcando la hostilidad de los españoles contra los criollos y la animadversión que éstos tenían a los *chapetones*, con quienes, si es cierto no podían competir en el desempeño de los puestos públicos, habían alcanzado a superarles en ilustración y en caudal.

El español Francisco Carrasco, oficial escribiente de Reales Cajas, se presentó al Regente de la Audiencia, Luis de Chaves, encargado del gobierno en ausencia del Virrey, para poner en su conocimiento que su paisano José de Arellano, le había referido que en el colegio de Santo Tomás se tenían constantemente juntas con el objeto de fomentar una revolución. También este procedimiento le granjeó a Carrasco el odio de toda la población, como él mismo lo confesó.

José Arellano, a quien apodaba el Ayuntamiento "infame autor de los pasquines", hombre vicioso, jugador, y de pésimos antecedentes, fué llamado a declarar. Este individuo, que había inducido a Luis Gómez, a Pablo Uribe y a José María Durán a escribir los pasquines, y para ello les había llevado a su propia habitación, acusó a sus tres compañeros de ser los únicos autores. Confiesa sí, que su amistad con Luis Gómez, con su charla persuasiva, lo había inducido en cierto modo a adherirse a sus pensamientos, pero que sus máximas le causaban horror y que como buen español quería comunicarlo así al gobierno. Seducido por las promesas que le hacían sus jueces de minorarle la pena si decía todo lo que sabía sobre la pretendida conspiración, y amenazado, si no lo hacía, con graves apremios, el cobarde Arellano, no sólo espetó cuanto a sus compañeros en la exaltación de las conversaciones les había oído decir, sino que fraguó un próximo levantamiento

con todos los detalles de su ejecución y con una lista de nombres propios de todas las personas simpatizadoras del proyecto. Agregaba que para que el movimiento fuese general se habían despachado agentes a las provincias para que propalasen las ideas subversivas. Señalaba a Miguel Tadeo Gómez como uno de estos agentes, enviado a Popayan.

El Regente Chaves, lleno de pavor, previno a todos los españoles que estuviesen armados y a la defensiva para parar el golpe que se les preparaba y se repartió la orden a los cuarteles para que no se franquease la entrada a ningún criollo. Se mandaron poner cañones en las plazas y calles principales y se comunicó la noticia a Cartagena, a Caracas, a la Habana y a Santo Domingo, para que estuvieran alertas y vieran de poner la mano a Pedro Fermín de Vargas y a otros revolucionarios.

El oidor Juan Hernández de Alba, fué comisionado para levantar el sumario. El Virrey se trasladó inmediatamente a Santafé. Este alboroto se basaba en que los denunciadores decían que los acusados habían fijado, para llevar a cabo sus siniestros proyectos, el día del apóstol San Bartolomé, esto es, seis días después de que se fijaron los carteles, fuente de tanta alarma. Y, sin embargo, ¿qué preparativos había para ello? Ninguno.

Los denuncios cayeron como una granizada sobre lo más brillante de la sociedad de Santafé, jóvenes todos y en su mayoría alumnos del colegio del Rosario, estudiantes de provecho, llenos de ardor y ambiciosos de romper el molde viejo de las estrechas ideas del gobierno colonial, para que los pueblos pudiesen respirar los nuevos ambientes de libertad y de justicia. Por esta misma senda los acompañaban los hombres de mayor ilustración y de más amplio criterio, no sólo de la Capital, sino de muchas de

las provincias, a los que se unían unos pocos extranjeros.

Eran tantos los inculpados que un solo juez no alcanzaba a seguirles los trámites del sumario, por cuya razón se resolvió dividirlo en tres causas distintas: 1ª la de los pasquines, para cuyo conocimiento y averiguación fué nombrado el oidor decano don Joaquín Inclán; 2ª la de traducción, impresión y propagación de los "derechos del hombre", se confió la investigación al ministro don Joaquín Mosquera; y 3ª la de conspiración, cuyo proceso se puso en manos del severo y más que rígido oidor don Juan Hernández de Alba.

Aunque estas tres causas parece que a veces se juntasen en una sola, por estar muchos de los acusados comprometidos en dos de ellas, y por manifestar la misma tendencia de mejorar la situación política del país bajo un régimen más conforme con las ideas liberales que habían surgido de la Constituyente del 89 en Francia, las analizaré separadamente para dar más claridad al relato.

No traté de la causa seguida a Nariño y a sus cómplices en la traducción, impresión y circulación de los Derechos del Hombre, por ser tema casi agotado ya por nuestros historiadores, y haber sido publicados en su mayor parte los documentos con ella relacionados.

II

Luis Gómez, Pablo José Uribe y José María Durán, alumnos del colegio del Rosario y menores de edad fueron reducidos a prisión en la Cárcel Real, donde se les mantuvo en oscuro calabozo, con grillos y privados de comunicación. Igual suerte corrió Luis Arellano.

En los interrogatorios a que fueron sometidos, los tres rosaristas, a quienes acompañaban sus respectivos curado-

res, negaron su culpabilidad, no obstante las promesas y amenazas que se les hicieron.

La causa se siguió con la mayor severidad, prescindiendo de los trámites legales. La sevicia desplegada por los jueces llegó a tal punto, que, según cartas del Ayuntamiento, a los reos los llevaban al tribunal hasta con dos pares de grillos, lo que hasta entonces no se había acostumbrado ni con los mayores criminales.

Sin embargo de que Gómez aparecía como el más culpable por el ascendiente que ejercía sobre sus compañeros y por la vehemencia con que solía expresarse, fué Durán quien tuvo que afrontar los mayores rigores, quizá creyendo sus jueces que así domarían su entereza de carácter.

Amenazados con que se les daría tormento, si no confesaban, los tres mancebos pidieron que se les presentase ante el Virrey, a quien ingenuamente refirieron haber cometido la torpeza de hacer esos pasquines sin más objeto que el de amendrentar a los oidores para que pusieran mayor cuidado en la distribución de la justicia.

Pero esto no bastaba a los jueces. Era preciso arrancar las pruebas de que existía una conspiración, aunque en realidad no la había. Es indudable que en las personas de mejor posición y de mayor cultura incubaba la esperanza de un cambio de gobierno, y que muchos cerebros exaltados acariciaban este ideal. Pero no es cierto que se hubiera tramado un plan definitivo para llevarlo a ejecución en día fijo, ni que para ello contaran con elementos suficientes. Los jueces necesitaban una base sobre qué fundar sus atropelladas e inconsultas medidas. El miedo es todavía más terrible en sus procedimientos que el mismo odio, y cuando los dos marchan a la par, son incontenibles.

En el careo con sus compañeros, Arellano resultó un falso impostor en lo que a relación tenía con el próximo

golpe de estado. ¿Cómo explicar entonces los anticipados castigos, las cárceles y prisiones, ejecutados contra una gran parte de lo más granado de la sociedad? Si nada se había logrado con agravios ni con apremios, se puso mano al tormento. Quizá el dolor, el temor de expirar en el potro en medio de lenta y horrible agonía, haría que aquellos jóvenes que aspiraban a la vida, contrariando sus conciencias, apoyaran la calumnia levantada por Arellano y por el no menos infame Joaquín Umaña.

Durán fué la víctima elegida. El oidor Joaquín Alba le notificó la sentencia. Por tres veces le hizo el apercebimiento de que si no confesaba lo que sabía y no daba los nombres de sus cómplices en la conspiración, le sometería al tormento, "y si en el padeciere alguna lesion en los miembros de su cuerpo, o muriese, será de su cuenta y cargo y no de la de su Señoría que solo trata de averiguar la verdad". Con toda entereza, por tres veces, Durán dijo que nada tenía que agregar a lo que ya tenía declarado. Fué sometido inmediatamente al examen médico. El doctor Honorato Vela declaró que no tenía novedad en la salud que impidiera la ejecución de la sentencia. Despojado de todas sus ropas, Durán fué colocado en el potro y atado con ligaduras en las piernas y en los brazos. "¡Dios mío, dijo, dadme fortaleza para sufrir estos trabajos en descuento de mis pecados!"

Eran las nueve y veinticinco minutos de la noche cuando el juez ordenó al verdugo que diera la primera vuelta al cordel que ataba la muñeca del brazo izquierdo. Mientras le apretaba hasta destrozarle la piel, Durán exclamaba: "¡Dios de Israel, Dios de Jacob, ten piedad y misericordia de mi en descuento de mis pecados que confieso haberlos tenido!" Quejándose y exhalando ayes lastimeros continuaba diciendo: "¡Amparadme, Dios mío

y Señor de los ejércitos!" Como nada confesase, se le dió vuelta en el morrillo del mismo brazo. Y decía el reo: "¡Señor, que no mas! ¡Ay Señor! ¡Dios de mis padres que dijisteis a tus siervos que sufrieran los trabajos, recibir Señor los que ahora sufro, tened piedad de mi que me faltan las fuerzas, acordaos de mi y dadme sufrimientos para sufrir estos trabajos que la Providencia me destina, no olvideis Señor que me he encaminado a buenos preceptos y si alguna vez como frágil he delinquido he vuelto despues a vos!"

A un nuevo mandato del juez para que dijese la verdad, Durán contestó que la tenía dicha. La tercera vuelta se le dió en la muñeca del brazo derecho: "Hermano tenga piedad de mi, suplicaba la víctima. ¡Dios mio! ¡Dios grande! ¡Dios que disteis sufrimiento a varios martires dadme paciencia para sufrir estos trabajos antes de incurrir en la falta de falso juramento!" Aunque parecía flaquear, el valiente mozo se mantenía en su dicho.

Se ordenó la cuarta vuelta en el morrillo del brazo derecho. "¡Hay Señor gemía el joven con dolorido acento que cada instante aprieta mas! ¡Ay Señor! ¡Maria Santisima de la Soledad tened piedad de mi!, acuérdate Señora de lo que sufristeis en esta vida mortal y que estando para expirar tu Hijo, encomendó en cabeza de San Juan al genero humano, ¡Ay Señor me faltan las fuerzas, amparadme y socorredme!"

Pero el dolor no desataba su lengua para aliviarlo con la calumnia y la delación, y al nuevo mandato del juez contestó que había dicho cuanto sabía y que nada tenía que agregar. La máquina rechinó por la cuarta vez apretando las cuerdas que rodeaban el muslo izquierdo. "¡Ay Señor, esto es mucho sufrir, gimió el reo, ayudadme Señor para confirmar vuestra santa religión y que soy

cristiano!" Y dirigiéndose al implacable oidor que lo apremiaba para que confesase, le dijo: "Tened piedad de mi que ya he contestado la verdad".

El inflexible Alba hizo continuar el tormento, ordenando la sexta vuelta en el muslo derecho. "Hermano, le suplicaba el joven martir, ya me falta el animo y las fuerzas ay de mi, ya casi me falta poco para expirar".

Ordenada la séptima vuelta en la pierna derecha, el infeliz mancebo, en son de plegaria se dirigió a Dios, único ser que podía protegerlo: "¡Ay Señor! ¡Ay mi Dios! que cada instante necesito mas de tu protección para sufrir por tu amor y no faltar a la religión. Ya he sufrido lo mas tened piedad y misericordia de mi". Luego dirigiéndose a Felipe Inciarte, el escribano que iba anotando todas las fases de este inicuo procedimiento: "Señor don Felipe, pida Vd. a Dios me de valor".

Cuando los verdugos fueron a dar la octava vuelta, observaron que su víctima estaba casi desfallecida y que los cordeles habían penetrado hasta los huesos en todos sus miembros. Y sin embargo no se había dado bien el tormento —decía Alba después— "por falta de instrumentos aparentes para ello". Las ataduras fueron aflojadas, y cuando fueron a tomar en brazos al cuasi moribundo estudiante, éste decía: "¡Ay mi Dios! No siento alivio ninguno. No me muevan los brazos. Ay mi Dios tened piedad y misericordia de mi. Amparadme y socorredme. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay Señor!"

Eran las 9 y 55. El tormento había durado media hora, sin interrupción. En peso se llevó a Durán a su calabozo. Una vez allí, el tenaz Alba le puso en la disyuntiva de aceptar la libertad si denunciaba a sus cómplices o de prepararse a sufrir otra vez el tormento, si callaba. "No permita Dios, fué la respuesta de este, que yo declare

contra ningún inocente. Ya tengo confesado mi delito que es el de los pasquines que fueron efecto de locura mía y de mis tres compañeros y de nadie más”.

Durán fué incomunicado, pero como su estado amenazaba un triste fin, se le proporcionó médico que lo atendiera, previo juramento de que guardaría absoluto secreto acerca de su estado, para que el pueblo no se enterase. A consecuencia de los malos tratamientos le sobrevinieron fiebres biliosas.

Uribe y Gómez, en todas las declaraciones que se les tomaron, en las confesiones y careos, se sostuvieron como Durán, en negar la existencia de una conspiración. También fueron amenazados con tormento, y si no se les aplicó, no fué debido a la benevolencia de los jueces, sino al temor de que estallase en hechos la indignación de la sociedad, convencida de que los únicos perturbadores del orden social eran la Audiencia, el Virrey y sus secuaces, que querían dar forma a lo que ellos mismos se habían convencido que no pasaba de una infame trama de calumnias.

A fines de año se sacó a los tres reos de los insalubres calabozos en que los tenían, dejándolos siempre en la cárcel, donde también se hallaban Cifuentes, Cortés, Durán, Froes, Mútz, Pradilla y Uribe mezclados con toda clase de criminales. Todos los nombrados dirigieron un memorial a sus jueces, quejándose de que Arellano espiaba todos sus actos y palabras para desvirtuarlos y comunicarlos al oidor Alba en forma de disformes calumnias infamantes. Para su mayor tranquilidad, pedían que pasasen a este sujeto a otro lugar o que los llevasen a ellos a los cuarteles. Se les contestó, que siempre que no guardasen entre ellos la mejor armonía, “se les estrechará rigurosamente la prisión en que se hallan”.

A la Corte se dió cuenta de todo lo ocurrido y del celo que las autoridades habían demostrado en la captura de los reos y en el seguimiento de las causas. Reales cédulas fueron la contestación, aprobando los procedimientos del Virrey y de la Audiencia. Esta consultó a S. M. sobre la conducta que había de seguir y remitió los cinco primeros cuadernos de la causa con un total de 2390 páginas y un elogio sobre los méritos contraídos por don Francisco Carrasco, que había denunciado esta fermentación sediciosa.

Pena de muerte pidieron los fiscales de la Audiencia contra los cuatro culpables del crimen de lesa majestad, pero ésta, teniendo en cuenta como circunstancias atenuantes la falta de reflexión propia de la menor edad de los acusados, su honradez y buena conducta anterior, y que no tenían medios ni facultades para preparar un levantamiento, los condenó a pasar a los presidios de Africa que eligiese S. M.; ocho años a Luis Gómez, a José María Durán y a Pablo Uribe a seis años. Al delator y cómplice Arellano, que había creído escapar de la pena forjando alrededor del delito de los pasquines una proyectada conspiración, se le señalaron sólo cuatro años, por no haber puesto el denuncia antes de la fijación de los carteles. A todos cuatro se les intimó destierro perpetuo de los dominios de América. De los pasquines originales se hizo un auto de fe y fueron quemados públicamente en la plaza principal por mano del verdugo. Esta sentencia, pregón anticipado de la verdadera revolución, fué pronunciada por la Audiencia el 5 de enero de 1795.

Los reos fueron remitidos como vil mercancía. En Cartagena los embarcaron bajo partida de registro.

A la Habana llegaron en abril. Aquí permanecieron “en seguro depósito” hasta que se presentó el barco que los condujo a Cádiz, a cuyo puerto arribaron en julio.

El Rey "se dignó" (así lo comunicaba desde Cádiz, Manuel González Guiral al Príncipe de la Paz) aprobar la sentencia de la Audiencia. Por real orden se dispuso que Luis Gómez cumpliera su condena en el presidio del Peñón, en Málaga, Durán en Melilla, Uribe en Alhucemas y Arellano en Ceuta.

En varias ocasiones, Luis Gómez se dirigió a S. M. pidiéndole que le rebajase el tiempo de la condena, haciendo presente la pequeñez de su delito ante la enormidad del castigo, su buen comportamiento en la prisión, como lo comprobaba con un memorial del Capitán General de la costa de Granada, testigo de su lealtad en el cumplimiento de sus duras obligaciones y los abnegados servicios prestados a la ciudad de Málaga durante la peste que la asolaba. Los memoriales pasaban al Consejo, y de consulta en consulta iba pasando el tiempo, hasta que llegó el año 1804, en que cumplió los ocho años de condena.

Enfermo, extenuado por los trabajos y privaciones sufridas en los diez años que hacía los habían privado de su libertad, sin medios para sustentarse, Luis Gómez suplicó a S. M. que lo dejase regresar a Cartagena, su patria, o que le diese en Málaga uno de los empleos que habían quedado vacantes con motivo de la peste.

El Rey no accedió a lo primero, objetando que el destierro tenía que soportarlo por ocho años más, pero lo habilitó para que pudiera desempeñar un destino en el puerto, lo que no llegó a conseguir no obstante sus constantes memoriales al Ministro de Hacienda.

A tal extremo llegó el estado de postración y de miseria de aquel altivo joven, que en el año 1805 se le vió en la triste y para él humillante necesidad de tener que mendigar para tomar algún alimento.

Tres años de rudas faenas llevaba ya cumplidos José

María Durán en el presidio de Melilla. Agregado esto a la prisión en Santafé, en húmedo y malsano calabozo, al tormento a que fué sometido, al largo y penoso viaje hasta Cádiz, cargado de cadenas, su salud se había minado y sus fuerzas agotado. En todas partes Durán, por la entereza de su carácter y la suavidad de sus modales, había sabido granjearse el respeto de sus compañeros de infortunio y el cariño de sus superiores. Todo esto lo hizo presente a S. M. un su pariente don Pedro Pradilla, residente entonces en Madrid, para pedir que se le restasen los tres años que le faltaban para remate de su pena.

"No ha lugar", fué la respuesta regia; mas, si se presentaba alguna coyuntura favorable, podían recordarle la petición.

Con motivo del feliz alumbramiento de la Infante Princesa de Parma, Pradilla volvió a abogar por su pariente y protegido, apoyando su petición en una certificación del Gobernador Militar de Melilla y del veedor contador, Ministro de Hacienda y Subdelegado de Marina, en que alababan la conducta del reo, los servicios que en la prisión había prestado a la patria, su delicada exactitud en el cumplimiento de las obligaciones y el mal estado de su salud debido a la miseria en que estaba, a la fatiga sufrida en las palizadas del fuerte, de cuya custodia se le había encargado como cabo de la gente armada.

El tiempo pasó y Durán fué puesto en libertad, después de que cumplió los seis años que le fueron impuestos. Trasládose a Madrid para trabajar más cerca por que lo dejasen regresar a Girón, su patria, para poder asistir a su anciana madre. Cinco memoriales escribió en este sentido en el espacio de dos años. A todos se les contestó que aguardase ocasión más propicia.

Al fin el asunto pasó en consulta a la Sala de Justicia

de Indias. Seis meses después de dictado el decreto, en agosto de 1803, la Sala no lo había tomado aún en consideración.

III

Es sorprendente la actividad manifestada por la Audiencia y muy especialmente por el oidor Hernández de Alba en esta emergencia. Apenas Arellano hubo expuesto el plan que se tenía para una insurrección, que los individuos por él delatados fueron apresados y con ellos sus parientes, amigos y allegados. La cárcel no daba cabida a tanto reo y hubo que acudir a los cuarteles para albergar a los menos comprometidos. Se nombraron comisionados para que sigilosamente se apoderaran de Zea, en Fusagasugá y de Rieux en Honda; trajesen al primero a Santafé y remitiesen al segundo preso a Cartagena a órdenes del Gobernador y se les embargasen sus bienes. Se llamó a declarar a cuantos individuos hubiesen podido tener trato con los acusados. Mujeres y muchachos comparecieron a los estrados, y con rudas palabras y amenazándolos con calabozos, con esposas y con grillos, les hacían declarar cuanto querían. Fué tal el rigor y la pasión, que según aseguraba el Ayuntamiento, se comprendía que querían deshacerse de las gentes más influyentes. De éstas sólo escapó don José María Lozano, debido a su elevado cargo militar y por ser la persona más rica y de mayor nobleza de la capital.

Los interrogatorios versaban especialmente sobre los puntos siguientes: Que se había tratado de inducir los ánimos para un levantamiento, para lo cual se habían hecho varias juntas; que había individuos que se expresaban de un modo libertino contra las doctrinas de la reli-

gión cristiana; que se había querido establecer máximas de libertad; que se habían hecho ofertas de dinero y gente armada para una subversión; que se pusieron pasquines con el fin de que en otras partes se hiciera lo mismo; que han salido comisionados para propalar ideas de libertad y conseguir la independenciam; que algunas personas han mantenido correspondencia con Fermín de Vargas; que otras poseen consignados de la asamblea francesa, recibiendo con agrado sus pensamientos; que se han publicado papeles relacionados con dicha Asamblea; que se trataba de tomar de improviso el cuartel del Auxiliar, el de artillería y el almacén de pólvora; que se aconsejaba a los cosecheros de tabaco vendieran sus productos cómo y a quién les designaban, ofreciendo sostenerlos, y que se han trabajado papeles con arreglo a la Constitución de Filadelfia, con intención de implantarla en el Reino. A cada pregunta de estas se acosaba a los testigos para que dijeran nombres propios de personas en ellas comprometidas, y las gentes asustadas echaban al proceso los primeros que acudían a su memoria o los de personas que los hubiesen agraviado o que no fuesen de sus simpatías.

Pasaré revista a algunos de los presos principales:

Francisco Antonio Zea, natural de Medellín, edad 24 años. Se le temía por ser persona muy inteligente e ilustrada. Se le dió por prisión un cuarto infecto en el batallón Auxiliar. Ignoraba todo cuanto se decía sobre la proyectada conspiración, pues hacía dos años que vivía en Fusagasugá, estudiando la flora, de donde sólo se había ausentado para ir a la capital a cumplir con el precepto Divino. Se tomó como pretexto para mantenerlo en prisión una carta sin fecha dirigida a Nariño, en que le decía que nada temía, pues tenía tranquila su conciencia. Zea era de constitución delicada. En medio de la prisión pidió se le con-

cediera un poco más de aire y espacio para hacer ejercicio, porque sufría del estómago y de una tos seca mortificante. La misma Audiencia decía en carta al Duque de Alcudia que nada se había podido comprobar contra Zea, pero "con todo, entendida su instrucción e íntima amistad con don Antonio Nariño y el francés don Luis Rieux se ha estimado como uno de los más nocivos y perjudiciales de este Reino".

Sinforoso Mútiz, natural de Girón, iba a pasar sus vacaciones al lado de su familia. En el camino recibió una comunicación para que regresase a Santafé para desempeñar una importante comisión que se le quería confiar. Cayó en el engaño y en manos de los corchetes, que lo metieron a la cárcel. Sus jueces lo conminaron con amenazas, ofertas, cargos y recargos para que confesara quiénes estaban comprometidos en la conspiración. Todo fue inútil, Mútiz todo lo negaba. Lo pasaron al cuartel de caballería, a un calabozo oscuro, con un par de grillos en los pies. Después, para obligarlo a hablar, le metieron los pies, con un agujero de por medio, en un cepo colocado en alto, de modo que quedaba casi suspendido y esperanzado. Allí iba con frecuencia Alba a preguntarle si estaba resuelto a hablar, y al recibir la negativa volvía a retirarse, hasta que un día lo encontró tan exhausto y sin fuerzas que para evitar una larga y penosa agonía dijo que era cierto que él había dicho a Benítez que casi todas las gentes estaban prontas a aclamar la libertad y que en la conspiración para conseguirla entraban Nariño, Zea, José Caicedo y José Lozano, Andrés Otero, el capellán Azuola y José Azuola. Que de esta trama tuvo conocimiento por boca de Pablo Uribe, que la explicó en el cuarto de Ángel Manrique y Miguel Angulo, en el colegio del Rosario, en presencia de Domingo Camacho y Manuel

Caicedo y que Uribe había manifestado que podían echarse sobre los cuarteles a las doce del día. Una vez terminada su confesión, Mútiz volvió a la cárcel.

José María Cabal, natural de Buga. Como era menor de edad, se le nombró curador *ad litem*. Se le pasó de la cárcel donde lo tenían arrestado al cuartel de caballería, para tomarle confesión, de la cual nada en claro se sacó.

Pedro Pradilla. Preso en el Batallón Auxiliar, decía ignorar el contenido de las preguntas que se le hacían, pues nada sabía de proyectos de conspiración.

Enrique Umaña, graduado de doctor, nació en Bojaca y era hijo de don Ignacio Umaña. Lo metieron con un par de grillos en un cuarto, sin aire y sin luz, del Cuartel de Caballería. Como se le tomara la confesión sin quitarle los grillos, observó respetuosamente que lo dejaran en libertad, como era de costumbre en casos semejantes. El juez se sulfuró y ordenó se le remachase otro par de grillos, y así lo tuvieron por término de más de cincuenta días. Luego lo pasaron al cuartel del Batallón Auxiliar y, como todo lo negase en la confesión que se le quiso tomar, se le concedieron veinticuatro horas de plazo para que dijese la verdad, pues de lo contrario se le sometería a tormento. Ante esta amenaza, dijo que Antonio Cortés le había hablado de que se tramaba una revuelta en la cual tomaban parte Nariño, José Caicedo y José Joaquín Camacho.

José de Ayala, teniente de Milicias de Santafé, de donde era natural, preso en el cuartel del Batallón Auxiliar. Dice que nada sabe de la conspiración. Le leyeron una carta que escribió a Nariño, los términos de la cual parecen ambiguos al ofuscado Alba, que en todas partes quiere ver amenazas y peligros. Ayala dice ingenuamente que las frases de ella se refieren exclusivamente a los negocios privados de Nariño.

Ignacio Sandino, de 29 años, abogado. Casó muy joven y era padre de un niño. Fué arrestado el 24 de septiembre (1794), en los alares de su casa, e incomunicado en un cuarto infecto, vecino de los retretes, en el Cuartel Auxiliar. Se le acusaba de que en su casa habían tenido lugar juntas revolucionarias. Su esposa y su hermana fueron llevadas a casa del juez, y así se hizo con otras muchas damas, para tomarles declaración y carearlas con los acusados. Sandino dijo que tan sólo tenía conocimiento de que se habían fijado unos pasquines:

Manuel Antonio Froes, de 25 años, natural de Santo Domingo, en la isla Española, llegado hacía poco de Francia, a donde había ido en asuntos de negocios. Se hizo sospecho por haber recibido dos cartas que de Cádiz le escribió un fulano Juan Alegre. Apenas tuvo de ellas conocimiento la Audiencia ordenó su prisión y el embargo de sus bienes. Fué arrestado el 9 de octubre a las diez de la noche, en su habitación. No se le encontraron más bienes que un baúl con ropa de uso y una cama. Dos cartas, una en francés y otra en castellano, firmadas por Alegre, fueron comentadas por los jueces y escrupulosamente analizadas, tratando de darles una interpretación torcida, con una hipócrita suspicacia para ver de hacerlo confesar que era partidario de las ideas de la revolución francesa.

Bernardo Cifuentes, fué encerrado en el Cuartel de Caballería. En su confesión dijo que, sugestionado por Enrique Umaña para tomar parte en un levantamiento que se preparaba, se había dejado seducir en un principio, pero que luego había reflexionado y para que su amigo desistiera de la idea le había dicho a don Ignacio que lo llevara a su finca de Tequendama. El padre de Enrique desmintió esta declaración.

Antonio Nariño, aunque nada quiso confesar, sufrió

las mismas encarcelaciones y prisiones que los anteriores.

Luis de Rieux, de nacionalidad francesa, había sido colocado por el Arzobispo Virrey, en su calidad de médico, en el hospital militar de Cartagena. El rey había ordenado que se expulsara de aquellas provincias a todos los franceses transeúntes y a los que no estuviesen empleados en su real servicio. Gracias a la defensa que le hizo un hábil abogado, de Rieux logró permanecer allí con su familia. La Cámara insistió en que todos los franceses, incluso de Rieux, que no tuviesen carta de naturaleza, fuesen desterrados. De Rieux pasó a Santafé a arreglar este asunto y ver algunos negocios que tenía pendientes. En febrero del 94, Pablo Ignacio Rangel denunció al francés, a quien, decía, le había oído una conversación en la que tomaron parte Froes y José María Cabal, denigrando al gobierno de las Américas y aconsejando que ahora que Francia iba a declarar la guerra a España, debían aprovechar la oportunidad para rebelarse y promulgar la independencia. El sumario se levantó con mucho sigilo y el expediente se tuvo reservado por temor de que Rangel hubiera obrado movido por el resentimiento que tenía con Froes. Por este motivo, apenas se dieron los denuncios relacionados con el levantamiento, se dió la orden para que apresaran a de Rieux, a la sazón en Honda, se le confiscaran sus bienes y se le remitiera preso a Cartagena, a disposición del gobernador, orden que se cumplió sin tardanza, al pie de la letra. Pretendía el Virrey que de Rieux era hombre peligroso por su mucho talento e instrucción y por estar muy embuído en los derechos del hombre. La Audiencia lo pintaba como hábil seductor. En Cartagena lo metieron en un cuarto lleno de insectos, "separado de los comunes por un delgado tabique", caluroso y hediondo, y con un par de pesados grillos en los pies. La confesión que se le

tomó fué en sus respuestas una magnífica defensa, salpicada a veces de irónica sal gala. No se le encontró ningún papel sedicioso, y como le preguntaran por un paquete de impresos que había recibido de Francia, contestó que como había llegado a sus manos la víspera de su viaje a Santafé, lo había dado a guardar sin leerlos al señor Enrique Rodríguez. Después de que se tomó confesión a de Rieux, en vista del mal estado de su salud, le cambiaron los grillos que llevaba por otros más livianos; de Rieux, después de cuatro meses de prisión, se quejaba de varias dolencias y, especialmente, de que estaba perdiendo la vista. El médico enviado para reconocerlo dijo que los males eran fingidos y nada le impedía permanecer con grillos en la cárcel en que estaba.

Juan José Hurtado, de 21 años.

Nicolás Hurtado, de 25 años, popayanejos.

Miguel Valenzuela, de Giron, de 25 años.

Angel Manrique, de 18 años, clérigo de menores.

Estos cuatro acusados tenían su residencia en el colegio del Rosario. Para no dar escándalo con su prisión, Hernández de Alba escribió al rector del Colegio que los enviara a su casa para tratar con ellos de algún asunto particular. El objeto de la cita era tomarlos allí y meterlos en la cárcel. El Rector contestó que para complacerlo exigía una orden escrita del virrey, respuesta que hirió el orgullo del oidor; pero como no quería que se le escapara la presa, consiguió la orden de Ezpeleta. Los tres primeros fueron remitidos, pero para Manrique precisaba el permiso del señor Arzobispo, de quien era súbdito. El prelado, desde un principio había puesto en manos del Virrey todas las facultades que en él residían, para que pudiera practicar toda clase de diligencias, sobre personas eclesiásticas, que en tan graves circunstancias hubieran de requerirse. A estos

cuatro individuos no se les había apresado antes por falta de calabozos donde meterlos. Hubo que aguardar que se habilitaran los que se habían mandado arreglar en la cárcel y en los cuarteles. De la Cárcel de Corte, para tomarles confesión fueron trasladados al Cuartel Auxiliar.

Antonio Cortéz, de 18 años, natural de Ocaña y catedrático de latinidad en el Rosario, niega que haya habido conato de levantamiento; defiende a sus compañeros, inclusive a los autores de los pasquines, diciendo que estaban ebrios cuando concibieron el proyecto.

Miguel Tadeo Gómez, de 25 años, natural de San Gil. Se le acusó de haber salido fugitivo de Santafé para ir a propalar a Popayán las ideas de independencia, cuando se comprobó que su viaje obedecía al llamamiento que le había hecho su primo José Acevedo Gómez para que fuese a regentar una cátedra de filosofía. Se repartió una orden a todas las ciudades del tránsito para que se le capturase. Gómez, al llegar a Popayán, se hospedó en un cuarto del batallón de la tropa Fija. Allí supo que se trataba de su captura. Quiso presentarse en Santafé para sincerarse de las inculpaciones que se le hacían, pero temeroso de que lo redujesen allí a prisión, salió una madrugada más temprano que de costumbre a bañarse al río, en cuyas márgenes dejó las botas y un vestido completo, para fingir que se había ahogado. En seguida tomó dirección a la capital, donde le aguardaban la cárcel y los grillos.

José Acevedo, por el crimen de haber llamado a su primo y haberse entrevistado con él en La Plata, fué apresado por orden del gobernador de Popayán, en el cuartel, y sus bienes le fueron embargados.

Enrique Rodríguez, abogado. Tenía hebra cortada con el gobernador de Cartagena, Joaquín Cañaverál, desde mediados de mayo del 94. Con motivo de alguna discu-

sión sobre si la colecta de tributos había de hacerse por administración o por arrendamiento, el gobernador había reprendido, injuriado y aun ultrajado a Rodríguez, quien abandonó la Junta, seguido por los oficiales reales. Después de la declaración en que de Rieux decía haberle confiado un paquete de impresos, Rodríguez fué llamado a declarar y negó rotundamente el hecho. El 20 de septiembre (1794) se presentó en su casa el ayudante Manuel de Hoyos, con orden perentoria de que lo acompañase a casa del gobernador. Rodríguez se sostuvo en su negativa y en el careo con de Rieux se afirmó en que éste nada le había dado a guardar. Por orden de la Audiencia Rodríguez fué capturado el 29 de diciembre, en la prisión de oficiales del Batallón Fijo, y sus bienes le fueron confiscados. Entre sus papeles no se encontró más que notas de su oficio. Rodríguez era hombre timorato y asustadizo. Había negado el recibo del paquete por temor del castigo. Dicha la primera mentira, se vió enredado en una serie de contradicciones que empeoraron su causa. En otra declaración convino en que había sido guardián de los papeles de Rieux, pero que al saber que lo conducían preso los había arrojado al fuego sin leerlos. Sin duda ésto fué lo que aconteció, pero Rodríguez, para no verse acusado de perjurio y de cómplice, se retractó volviendo a su primera declaración, diciendo que el miedo y para evitar una venganza por parte del gobernador, le habían arrancado esa confesión. La Audiencia mandó que se le estrechasen las prisiones hasta que dijese cuál había sido el paradero de los papeles. La delicada salud de Rodríguez se resintió con los sufrimientos físicos y morales y el mismo gobernador ordenó su traslado al Hospital Real de San Carlos, donde se le tuvo incomunicado.

Miguel González, de Popayán.

Luis Sarmiento.

Francisco Javier, presbítero. También tuvieron que sufrir apremios, cárcel y prisiones, por haber sido señalados en los denuncios como participantes en las conversaciones que se tenían en el colegio del Rosario y como simpatizadores de las nuevas ideas.

Juan Alegre. Una vez que en la Corte se recibieron los primeros cuadernos del sumario, S. M. ordenó que, con la reserva correspondiente, se asegurase la persona de este joven, dependiente de la casa de la Ville, en Cádiz, y que se ocupasen sus papeles con la debida precaución, en vista de examinar su correspondencia con Froes. El 31 de julio de 1795 se efectuó su prisión. En el escrutinio que se le hizo no se encontraron más que cartas comerciales y un paquete de hojas sueltas en que había desde vidas de santos hasta comedias en francés. Después de tomarle confesión se le dejó en libertad con fianza, mientras se le seguía la causa. Como no resultase cargo contra él, lo dejaron en libertad con la condición de que no se presentase en Madrid. Como se ve, se trataba con menos rigor a los súbditos de España que a los vasallos de América.

En la causa que se siguió a los acusados por este delito, fueron volcados todos los trámites legales, holladas todas las reales órdenes dictadas hasta entonces y las leyes establecidas. A los reos se les tuvo presos por meses enteros sin comunicarles la causa de su prisión; para tomarles declaración los hacían comparecer cargados de grillos y los apremiaban con amenazas; no se puso en su conocimiento los cargos que contra ellos se habían levantado, para que pudieran defenderse; habían ahuyentado de tal manera a los abogados, incluyéndolos como cómplices de las causas que defendían, que muchos memoriales a los jueces no iban acompañados con firma de letrado, por el temor que éstos

tenían de comprometerse. No daban curso a las causas mientras informaban al Consejo y pedían que éste juzgase en su lugar. Tres meses habían transcurrido desde que se efectuara la prisión de la mayor parte de los acusados y aun no se les había notificado el porqué de esta medida. Don Ignacio Umaña, en una serie de memoriales, pidió a la Audiencia, no que pusiera en libertad a su hijo Enrique, sino que se llevara a cabo el sumario por las vías legales y que se le pasara la confesión para, si ya se le había tomado, proceder a su defensa.

Doña Manuela Sanz de Santamaría, en enérgico y varonil escrito, protestó de los procedimientos arbitrarios de la Audiencia y pidió que a su hijo José Angel, que sufría de gota coral y había padecido de varios ataques epilépticos en el calabozo, le dieran la casa por cárcel, bajo fianza.

Doña Concepción del Corral, esposa de Ignacio Sandino; la viuda doña Josefa Vergara, madre de José de Ayala; Vicente Pradilla, hermano de Pedro; Miguel Cabal, primo de José María; José Acevedo y Gómez, primo de Miguel Gómez; José Antonio Maldonado, curador de José Antonio Cortez; Luis de Ovalle, curador de Sinforoso Mútiz y procurador de Francisco Antonio Zea, todos piden para sus parientes y representados que se aceleren los sumarios y que se mejore la situación en que los tenían. A algunos de estos memoriales la Audiencia no se dignó contestar, a otros dió por respuesta "no ha lugar y no se admite otra instancia".

Ezpeleta no creyó ni por un momento que el Nuevo Reino pudiese correr el peligro de una conmoción, pues él mismo escribía a S. M. que eran muy pocos los descontentos y que en el pueblo era general el acatamiento a las leyes de S. M., de cuyo dominio se mostraban gustosos.

Inclán mostró tan poco entusiasmo por extremar el sumario, que Hernández de Alba se encargó de todos sus detalles.

La Audiencia comprendió su error, pero no tuvo valor para confesarlo. En un raptó de arrepentimiento y alegando pretextos humanitarios, quiso suspender la causa y pidió al rey que indultase a los reos, petición que fué rechazada por muchos de ellos, que para relucir su inocencia sólo pedían que los sumarios siguiesen su curso regular por los trámites legales. Este acto de contrición era tardío, pues ya el Consejo, en vista de la correspondencia del Virrey y de la Audiencia, había dictado su severo fallo.

El rey aprobó las medidas tomadas por sus ministros en el Nuevo Reino. A Ezpeleta le previno que en esas circunstancias convenía valerse del rigor con preferencia a la piedad, que así procediese, castigando a los culpables, y que remita a España a aquellos reos cuyos delitos merezcan ser examinados más de cerca (*).

El Virrey en cumplimiento de las reales órdenes y a consecuencia de lo acordado por la Audiencia, decretó, con fecha 7 de septiembre de 1795 la remesa a España, bajo partida de registro, de los reos Francisco Antonio Zea, Sinforoso Mútiz, José María Cabal, Pedro Pradilla, Enrique Umaña, José de Ayala, Ignacio Sandino, Manuel Antonio Froes, Bernardo Cifuentes y Luis de Rieux. Sólo hubo una voz en la Audiencia que clamara por los fueros de la justicia. Esta fué la protesta de don Francisco Javier de Esterripa, que pedía que se les juzgase y condenase en Bogotá y no se les enviase a España, donde tendría que alargarse mucho el proceso por no haber en la Corte datos bastantes para seguirles el sumario.

Nueve de los reos mencionados salieron escoltados de

(*) Real orden de 19 de enero de 1795.

la capital, el 3 de octubre. En Cartagena les tuvieron a bordo con prisiones. Desde allí dirigieron un memorial al rey, clamando por que se les haga justicia, como inocentes que son del crimen de levantamiento, ya que han sido sus fieles súbditos. En el momento de la partida se les unió de Rieux.

A La Habana llegaron en diciembre. El Capitán general los metió al Castillo del Príncipe, mientras se presentaba el barco de guerra que había de encaminarlos a la Península. El 18 de marzo del 96, fueron recibidos en Cádiz y asilados en el Castillo de San Sebastián, mientras se resolvía su causa. Por medio de apoderado se dirigieron a S. M. para que pidiese a Santafé los autos de las causas, para que se les juzgara y, si resultasen culpables, se les condenase.

Podrá darse una idea de los padecimientos de estos jóvenes acostumbrados a una vida holgada en sus hogares santafereños, con decir que el primer día de su prisión, en el castillo, no recibieron más alimento que, a las seis de la tarde, una ración de carne casi cruda, y que al día siguiente "fué todavía peor". Escribieron al Juez de arribadas para que mejorara su suerte y, mientras éste contestaba, para no morir de hambre tuvieron que vender las pocas ropas que llevaban. Al fin se les concedió una ayuda diaria de seis reales de vellón.

Más de dos años llevaban de estar reclusos en el Castillo, sin esperanza de salir, pues ninguna noticia recibían de la marcha de sus causas. En julio del 98 escribieron un bien razonado memorial (en él falta la firma de Umaña), pidiendo que se les juzgue aunque sea sin oírlos; que si son culpables se les castigue y que si resultasen inocentes se les dé una satisfacción por los muchos ultrajes que han recibido. Seis meses más tarde suplicaban que se les dejara

buscar una ocupación, pues con los seis reales se están aumentando tan groseramente que sus fuerzas se van aniquilando. (En esta petición no aparecen las firmas de Umaña y Zea.)

Rieux, que había pasado a Madrid en calidad de preso, como apoderado de sus compañeros aun en el castillo de San Sebastián, suplicó que les extendieran la prisión al puerto de Cádiz y sus alrededores, como lo logró, pues así se ordenó en abril del 99, con la expresa condición de que se presentarían diariamente al gobernador. Grande fué la alegría de los reos de verse sin grillos y gozando de relativa libertad, después de cerca de cinco años de reclusión. La libertad absoluta no vinieron a tenerla sino después de la resolución del Consejo de fecha 4 de junio de 1799.

El Gobernador del Consejo, Marqués de Bajamar, elogia el cuidado y desvelo con que el Virrey y la Audiencia procedieron en las tres causas de sublevación, de pasquines y de Derechos del Hombre, las que considera como una sola y desapueba el que las hayan dividido. Reconoce el capital defecto de haber precipitado el envío de reos con un proceso informe, cuando han debido, en justicia, haber recibido la causa a prueba. Advierte la informalidad del juez Hernández de Alba, por haber amenazado y haber conminado con la tortura estando la causa en estado de sumaria, y aun haberla ejecutado en algunos, procediendo ilegalmente y contra todo derecho. Que así deberá comunicarse, en acuerdo secreto, para que en lo sucesivo procedan con más arreglo. La causa deberá cortarse en el estado en que se halla, dando por compurgados los individuos que resultaban reos procesados con la prisión y atrasos que han sufrido. Que se les ponga en libertad con expresión de que quedan hábiles para seguir sus estudios y profesión, sin nota, como si no se hubiese procedido contra

ellos. Que se les devuelvan los bienes que se les han embargado, sin costas, restituyendo a sus domicilios a los que estuviesen en España, incluyendo a Rieux. La Audiencia remitirá al Consejo los dos ramos de autos que han quedado en Santafé, sobre pasquines y Derechos del Hombre, sobreseyendo en su prosecución y poniendo en libertad a los reos que hubiesen podido resultar de su actuación. Agrega que en lo político conviene mucho no promover especie de esta naturaleza en las actuales circunstancias.

En Madrid, en noviembre de 1800, Pedro Pradilla solicitaba pasaporte para poder regresar libremente a su país.

Francisco Antonio Zea y Sinforoso Mútiz, fueron restituidos a sus puestos en la expedición botánica; se ordenó que se les pagasen sus sueldos atrasados y que se les aumentasen según lo hubiesen adelantado si no se hubiese procedido contra ellos. El gobierno español siempre creyó peligroso dejar a Zea que regresase a la Nueva Granada. Para distraerlo de esta idea la Secretaría de Estado lo mandó a París a recoger algunos libros e instrumentos y que se instruyese en los últimos adelantos de las ciencias naturales. Antes de este viaje había sido nombrado director del Jardín Botánico. A su regreso, en enero de 1803, se le volvió a este puesto y se le designó para segundo redactor de la Gaceta y Mercurio. En 1804 se le dió el puesto de primer profesor y se le encargó del gobierno y dirección del Jardín.

A Sinforoso Mútiz se le dió pasaporte para que pudiera pasar a Santafé a continuar sus trabajos de botánica en la Expedición, bajo la dirección de su tío José Celestino Mútiz. La orden para que se le pagaran sus sueldos no se le dió debidamente y estuvo más de cuatro años sin tocar nada de ellos.

A Ignacio Sandino se le concedió una orden para que

el Virrey lo colocase en el primer corregimiento que vacase en el Nuevo Reino. El Consejo de Indias lo declaró apto para que se le concediese alguna Vara en España. Fué nombrado Alcalde mayor de las nuevas poblaciones de Sierra Morena en la Carolina. En 1805 pidió que se le colocase en una plaza togada en América.

Enrique Umaña fué recomendado a la Secretaría de Hacienda de Indias para que se le diese una colocación. Aunque se le reconoció el título de abogado, Umaña, alegando que en Santafé había muchos abogados y pocos naturalistas, solicitó que se le dejase seguir en Madrid los cursos de mineralogía, lo que hizo con gran aprovechamiento. El gobierno de S. M. lo dotó con 15.000 reales para que fuese a París a perfeccionar sus estudios de ciencias naturales. Los conocimientos que adquirió recibieron el elogio del Ministerio de Estado y de Mr. Hauy, quien en su tratado de mineralogía lo cita como *sabio mineralogista español*. En 1808 regresó a su país.

Luis de Rieux había logrado, en abril del 99, que lo dejasen pasar a Madrid para atender a su defensa. Allí fué en calidad de preso y, como le habían confiscado todos sus bienes, se le siguió pasando la ración de seis reales de que había gozado en Cádiz. El gobierno francés, por conducto de su ministro, intervino en la justificación de Rieux.

El rey prohibió a de Rieux que regresase a los dominios de Indias, pero lo autorizó a que nombrase un apoderado para que se posesionara de los bienes que le habían sido secuestrados. Finalmente, para rezarcirlo, por vía de indemnización, "de los perjuicios que había sufrido, penalidades de la prisión, etc.", fué comisionado para que fuese al Nuevo Reino a coleccionar quinas. Partió sin aguardar orden expresa de S. M.

El Virrey se quejó ante S. M. de la conducta de Rieux. Se ordenó se le enviara otra vez a España, bajo partida de registro. De Rieux protestó; luego no pudo embarcarse a causa de la guerra con los ingleses.

En 1807 el gobernador de Cartagena lo embarcó en el registro *La Piedad*. Once meses gastó en llegar de nuevo a España, habiendo tenido que sufrir dos naufragios y después de haber caído en poder de los ingleses, que lo tuvieron preso durante dos meses.

De Rieux, en suma, no recibió indemnización alguna. De los 5700 pesos de su propiedad, que se le habían depositado en las Cajas Reales, apenas le devolvieron 3000. Los 2700 restantes habían desaparecido con pretexto de costos y gastos de justicia.

La justicia en el Nuevo Reino cojeaba por todos lados. Sobre Juan José y Nicolás Hurtado habían recaído las mismas acusaciones que habían motivado la remisión a España de sus compañeros, pero como eran sobrinos del oidor don Joaquín Mosquera, se les permitió volver a sus casas bajo fianza. La misma gracia le fué concedida a Antonio Cortez y a Miguel Tadeo Gómez, en calidad de por ahora, y siempre bajo la vigilancia de la justicia. Todos ellos llevaban quince meses de prisión.

A Miguel Valenzuela y a Angel Manrique se les dió como compurgados, con el arresto, de los cargos que contra ellos habían resultado, con la expresa condición de no volver a vivir dentro del colegio del Rosario.

A los Hurtados, a Cortés y a Manrique se les notificó que si habían de continuar sus estudios tenían que hacerlo en las universidades de Madrid, donde se instruyesen en las máximas y doctrinas más sanas de la jurisprudencia.

Casi todos los presos fueron puestos en libertad, después de la real orden emanada del dictamen del Consejo, pero

contra ninguno se llegó a pronunciar sentencia definitiva. Quince fueron los de más notoriedad. Quedaban en sus prisiones los inculpados por la postura de pasquines y los complicados en la traducción, impresión y propagación de los Derechos del Hombre.

Enrique Rodríguez había sido puesto en libertad bajo fianza a principios de 1796; quedó suspenso de su oficio y del ejercicio de la abogacía. Por Real orden se mandó que se observara su conducta "y que no se emplee mas en destinos proporcionados a que trascienda su malicia". Tantos memoriales dirigió, como buen abogado, a la Corte, que al fin logró, en febrero de 1803, que se le restituyese el ejercicio de su profesión y empleo.

Diremos en honor del arzobispo Martínez Compañón, que una vez que se hubo convencido de la iniquidad de los jueces en una causa que no tenía más base que unas cuantas calumnias, tejidas alrededor de simples deseos expresados por algunos jóvenes un poco vehementes y arrancadas por la fuerza, dirigió a S. M. un dictamen sobre los acontecimientos en el que pedía, como medida política y aun de justicia, que se les condonara la pena a los que habían sido condenados.

El Virrey, en carta del duque de Alcudia, decía estar en un todo de acuerdo con la opinión del prelado, "de que la pena que seria util y provechosa aplicada en un tiempo, podria en otro ser perjudicial y gravosa". Opina como medida muy política la que propone el arzobispo, pues las ideas revolucionarias han venido de fuera, y en Santafé "no ha habido mas que ligereza en aceptarlas". "Absolutamente, agrega, no se ha descubierto ni notado el menor preparativo para una insurreccion formal y mucho menos por parte de los individuos comprometidos en la causa general de pesquisa, que casi todos son juvenes

pobres de distintas provincias, sin conexión, ni influjo, ni facultades para semejante pensamiento, como lo acredita el mismo pensamiento de la pesquisa. Por eso, una de sus suplicas es la condonación o perdón de los culpados”.

Arrepentimiento tardío, cuando ya por su orden estaban diez inocentes aguantando toda clase de calamidades entre los fuertes muros de un castillo y otros cuantos aun sufrían las penalidades de hierros y calabozos. Si esta era la opinión de Ezpeleta, ¿por qué no la manifestó cuando aun era tiempo, y no salvó, con aplauso de todo el Reino, a tantos jóvenes apreciables por su conducta e inteligencia? Después, lavándose las manos cual otro Pilatos, decía que su intervención había consistido únicamente en auxiliar las providencias de la Audiencia. Y si no estaba de acuerdo con ellas, ¿para qué las apoyaba? Le faltó valor para imponer su autoridad y defender los fueros de la justicia ultrajada por individuos que dependían de su mando. ¡Qué bella página se hubiera agregado a la historia del gobierno de Ezpeleta si, consecuente con su modo de pensar, hubiera, de una plumada, detenido el infame sumario que con implacable odio a los americanos seguían Hernández de Alba y sus cómplices!

IV

Otro de los comprometidos en la causa de insurrección, según resultaba de los denuncios, fué don José María Lozano de Peralta Maldonado de Mendoza, teniente coronel de milicias provinciales de caballería, de cuya persona no se apoderaron por respeto a su elevada categoría.

Don José María fué nombrado por el Cabildo, en sesión del 1° de enero de 1795, alcalde ordinario de primer voto. Como se hallase en su hacienda, no vino a tomar posesión

del oficio hasta cuatro días después. La Audiencia comunicó al virrey que no se le podría entregar la vara, por los cargos que contra Lozano habían resultado, hasta no consultar con S. M. Ezpeleta, fiel ejecutor de los asuntos que emanaban de la Audiencia, comunicó la orden al Cabildo, quejándose de que se hubiesen nombrado dos alcaldes criollos (Lozano y Caicedo), lo que probaba el espíritu de partido que presidía a sus actos. Don Francisco Javier de Esterripa, declaró esta resolución del virrey inconsulta, contraria a la ley y poco política, ya que era Lozano “vecino de primera distinción y en quien concurrían todas las circunstancias y buenas partes que requiere aquel destino y que además ya están en libertad casi todas las personas acusadas de conspiración por no haber resultado ninguna seriedad en el denuncia”. La vara fué depositada en manos del alférez Real don Luis Caicedo.

A don José Caicedo, regidor más antiguo del Reino, se le despojó de la segunda vara de alcalde ordinario, que como regidor tenía en depósito, sin atreverse a decirle el motivo que tenían para ello, y que no era otro que el de haber sido pronunciado su nombre entre los simpatizadores de una revolución.

El Cabildo, como es natural, se quejó ante S. M. de estas tropelías, de las cuales la Audiencia daba parte explicándolas a su modo. El rey dictó una real orden para que en adelante se procediese en el nombramiento de alcaldes, en un todo de acuerdo con las cédulas vigentes. De esta manera daba indirectamente la razón al Cabildo.

No era esta la única causa de desacuerdo entre estos dos Cuerpos. La Audiencia apoyaba el partido españolista y el Cabildo se mostraba inclinado a la defensa de los criollos. En todos sus memoriales al rey, entre los cuales alguno bien satírico, motejaba la conducta del Virrey y de la

Audiencia, el Cabildo siempre sostuvo que todo el ruido hecho alrededor del levantamiento era una mera farsa y que "el virrey y los oidores han sido los primeros en sembrar el germen de la sublevación que hasta entonces no había existido, sembrando la discordia entre españoles y americanos".

El Cabildo quiso tomar parte en el levantamiento del proceso de insurrección, lo que no se le permitió. Con este motivo, por medio de su apoderado en Madrid, don Joaquín Darecho y Urrutia, a fines de 1795 dirigió un escrito a S. M. pidiendo que se inhibiese del conocimiento de la causa de los pasquines y de la supuesta sublevación, de sus incidencias y dependencias, al virrey y a los ministros de la Audiencia y que ésta pasase al teniente general don Antonio de Arévalo, que residía en Cartagena, o a otro de igual graduación, y que a ese Cabildo se le tenga por parte en la defensa de los menores, oprimidos y privados del auxilio que les ofrecen las leyes.

Las supremas autoridades, con sus procedimientos tan generalizados contra la parte más culta de los habitantes de Santafé, habían arrojado sobre el escudo de la ciudad la mancha de la deslealtad. El Cabildo quiso vindicarla de ese cargo y pidió que el Regente y demás oidores, sus cómplices en la difamación, fuesen tratados como reos "de la soñada sublevación que con tanto empeño han imputado".

El rey contestó mostrándose muy satisfecho del amor y lealtad que Santafé profesaba y mantenía a su real persona.

El año 96, el Ayuntamiento nombró al abogado don José de Caicedo y Florez para que, como su Procurador general, fuese a la Corte a hacer presente a S. M. la opresión de que era víctima la ciudad, "sufrida con la mayor resignación y lealtad bajo el mando de vuestro Virrey don Josef de Ezpeleta y la conducta y operaciones de vuestro

Regente y oidores señaladamente don Luis de Chaves, don Joaquín Mosquera, don Juan Hernandez de Alba y el fiscal don Manuel de Blaya". El Virrey se negó a dar pasaporte al diputado Caicedo.

La nota en que el Cabildo daba cuenta a S. M. de este procedimiento del Virrey fué sustraída del correo y nunca llegó a su destino.

Otras quejas manifestadas por el Cabildo contra el Virrey fueron fundadas en la protección que injustamente prestaba a extranjeros y a hombres perdidos, y de que le había usurpado muchas de sus atribuciones.

Finalmente, el Cabildo dirigió una petición en defensa de los veintidós individuos oprimidos, "con cuyo castigo, si son delincuentes no se ha dado al público la satisfacción competente para ejemplo y escarmiento", y de los demás oprimidos en las cárceles y en los calabozos.

V

José Vicente Huerta, abogado, fué encerrado el 23 de enero de 1795 en un estrecho y húmedo calabozo, con un centinela de vista. En el escrutinio que las autoridades hacían en el correo habíase encontrado una carta anónima dirigida a un Fulano de Guayaquil. Los caracteres de la escritura eran muy semejantes a la letra de Huerta; luego, éste tenía que ser el autor. El reo dijo que no conocía al tal Fulano, pero no se le creyó y en la cárcel lo mantuvieron mientras se mandaba averiguar a Guayaquil si el sujeto en cuestión tenía relaciones con Huerta. Don Fulano aseguró que jamás lo había oído nombrar, ni nunca había tenido correspondencia con él. La justiciera Audiencia resolvió "que no resultando contra el (Huerta) cosa alguna

se le pusiera en libertad", y generosamente le mandó abrir la puerta de la cárcel, después de haberlo tenido en ella por más de un año, por una infundada sospecha.

Siempre las persecuciones han dado frutos contrarios a los que se persiguen. La severidad de los jueces no fué óbice para que en Cartagena en los días 20 y 22 de febrero del 95 aparecieran fijados los siguientes carteles:

PRIMERO

*Lo que en el margen se advierte
A voces se pedirá;
La ocasion dará la suerte
I podremos respirar;
Bien claro se nos ofrece
Este partido apurar
Rayos exhala el infierno,
Trastorne la facultad
Acabará este gobierno
De tanta incomodidad.*

SEGUNDO

*Principio quieren las cosas
Para conseguir las empresas
Que se quiten tres cabezas
Para acabar estas mofas.*

Todas las pesquisas de las autoridades para descubrir los autores de estos pasquines fueron inútiles.

El 30 de marzo del 95 llegó a Cartagena, custodiado por tropa, fray Andrés de Xixona, vicario del hospicio de capuchinos. A media noche lo habían sacado de su convento de Santafé, sin decirle la causa de su detención, ni el lugar a donde lo destinaban. Fué embarcado para España, bajo partida de registro, con el pretexto de que hacía más de un año que andaba fuera de su convento de Valencia. La verdadera causa era que se creía comprometido en el proyecto de levantamiento.

Aun no habían salido de Santafé don Francisco Antonio Zea y sus ocho compañeros, cuando en lugar público, el 21 de septiembre del 95, amaneció fijado un cartel que decía: "Hagan de esos hombres lo que intentan que prometemos a costa de nuestra sangre que todos moriran quando virrey y engolillaos menos piensen; si hasta ahora no nos hemos metido en nada ha sido esperando a ver qué hacen con esos hombres, luego no les pese, caro les han de costar los tormentos que les han dado a esos inocentes, pues lo que no ha sido será, si no les dan su libertad, el gobierno lo que esta solicitando es perderse, y perder las Isdias vuestro Soberano, todo dimanado de unos hambrientos oropeos que bien sabe Dios como, Santafé se acabara, el día de la quema se vera el fuego, el Exmo. Señor virrey como presidente que es contenga a los señores".

Este pasquín hizo rabiarse a Ezpeleta y a los señores oidores y más aun viendo que se frustraban todos sus esfuerzos por saber el nombre del culpable, escapando este delicioso bocado a su hambre de justicia. Resultado del despecho fué el bando que se publicó dos días después que, en substancia, decía que el crimen que implicaba la fijación de ese cartel era considerado como de lesa majestad y "deberá castigarse con el último rigor de las leyes". En tal virtud mandan (el Virrey y las Audiencias) que ninguna persona sea osada en sus conversaciones, escritos y cartas, esquelas, aunque sean familiares y confidenciales, atentar directa o indirectamente contra el gobierno o contra los que por real orden mandan y gobiernan, bajo la pena del último suplicio con calidad de aleve. Los que oyeren, leyeren o entendieren y no revelasen y manifestasen al gobierno o a la Audiencia, con la posible brevedad, cualquier contravención a este bando, serán reputados como cómplices, auxiliadores, y como tales, castigados con las mismas

penas. Se ofrecía al que denunciase al autor del anterior cartel mil pesos fuertes, de contado, e indulto de la complicidad que le resultase, cualquiera que fuese, con oferta de que sería tratado como a vasallo fiel y generoso y se le protegería contra las agresiones de los denunciados. En esta vez no hubo un Judas Areliano que por pueril temor o por incauta adulación denunciase al culpable y quedóse la horca esperando a su víctima.

Como un eco de estas persecuciones, el año 97 fué acusado el cura de Anolaima, don Lorenzo Ferreira, por haber dicho en un sermón que los españoles, desde la conquista hasta esos días, habían dado mal trato a los indios. No siempre conviene decir la verdad.

VI

Otro autor de composiciones sediciosas fué Manuel Vicente Prieto. El año 1797 se recogieron las siguientes de su pluma:

AVISO AL PUBLICO

“Todo se va reformando
y tiene mucho que ver
a un Abogado Tober
y a un Torres prevaricando
otros se van Jubilando,
como Umañas y los Pavones
Sarabias y los Pavones,
Caicedos y sus retobos.
Mas los que no fueren bobos
se ajustaran los calzones”
“Las mujeres afligidas,
Sin cebollas ni cebadas,
sin turmas, trigo frezadas

gimen de verse perdidas;
Unas ya destituidas
De sus dotes y maridos
Los lloran como perdidos,
Otras sin tener un pan
A muchos vicios se dan
A costa de mil suspiros”.

“Los señores mercaderes
Llevan cuentas a montones
Con los pobres orejones
Y algunas de las mujeres
Y entre tantos pareceres
Vienen por fin a creer
Que no hay tras de que caer
Pero ellos en buenas trampas
Llevan sus tiendas de estampas
Y maulas para vender”.

“Asi todo esta perdido
Por collones los paisanos
Pues estando en nuestras manos
El remedio es reprimido;
Los chapetones han sido
Causa de nuestra afliccion,
Desde la conquista son
Y seran nuestros tiranos
¿Y nosotros mas humanos
Con ellos por que razon?”

“No hay que ocurrir a juzgados
A cursos, ni apelaciones
Pues en siendo chapetones
Saldrán muy bien despachados;
Hasta salir de abogados;
Y los criollos padeciendo
Mil vejias estamos viendo
Con el merito ultrajado;
Pero el tiempo es ya llegado
De ir el llugo sacudiendo”.

En otra copia están estos otros versos:

"Los tiranos de Tunja
cuales son
Tobes, Rojas y Pabon
.....

El valor y la union
Contra ellos son
Ab omnis Tober; liberanus Domine

Ab omnis Pabon; liberanus Domine

Ab omnis Rojas; liberanus Domine

Ab reformaten republicam; te rogamus audinos".

"Estan concedidas ochenta dias de indulgencia a los que rezacen despues de las letanias esta oracion por el Illtmo. Sr. Arzobispo de Santafe".

Variante a la última décima:

"A la Capital no se ha de ir
ex quejas ni pretenciones
Pues si no lleva doblones
Sin audiencia ha de venir.
Todos lo pueden decir
Pues han vuelto sin justicia
Amparada la malicia,
Y los criollos sin amparo
Hoy lloran su desamparo
Sin bienes y sin camisa".

.....
"Viva pues Tupacamaxo".

EL VALOR DE LA UNION

"A la Capital no han de ir
Con quejas ni pretenciones
Pues sino llevan doblones
Sin audiencia han de salir
Los criollos lo han de decir

Los indios o los Reinosos
Que son los dueños forzosos
De las Indias, pero a fe
Que en chapetones se ve
Todo, y en puestos honrosos".

CONCLUSION

"Nuestro Gobierno es duro y vergonzoso. El mando se halla en Chapetones, lo mas pelados y mas ineptos, tiranizan, roban, nos maltratan, no pagan sus deudas? y ascienden. Los escribanos y procuradores son la polilla u otra clase de ladrones tolerados; ellos estan a costa del publico, gordos, bien hallados como podemos, y si no traslado a Juan de Dios Acevedo, Juan Blanco y Tomas Sanchez; tres comitres del publico. Esto se debia desterrar de una republica civilizada y que se gobernara por los patricios no mas".

Ambas coplas terminan por un párrafo semejante. He transcripto el más completo.

TUNJA ILUSTADA

"Tunja se va reformando
Y tiene mucho que ver
A un abogado Tober
Y a un Torres prevaricando
Como Umañas y Pinzones,
Los Sarabias y Pabones.
Caicedos y sus retobos
Mas los que no fueren bobos
Se ajustaran los calzones".

Siguen otras dos décimas semejantes a las correspondientes del aviso al público y continúa:

"La otra gente sin oficio
Y aun algunos bien plantados
Como estan desocupados
Dan a la lengua ejercicio;
No perdonan ni su vicio

Para ponerlo en contienda
 Decriminan de tienda en tienda
 A la viuda, a la casada,
 Soltera y bien recatada,
 Y al ausente aunque se ofenda.
 "Oh! que bien empleada esta
 Tunja vuestra destruccion!
 Pues tienes por profesion
 El apurar la maldad.
 Centro de la iniquidad
 ha sido tu fundamento,
 Pues nunca os hallas contento
 Sino en haciendo algun daño
 Por eso te ves cada año
 Sufriendo nuevo tormento".
 "Y pues no tienes que dar
 Algo para subsistir
 Tus hijos por no morir
 Se meteran a robar;
 Si Tunja; no hay que esperar
 Otra cosa de tu seno
 Tu estas en poder ageno
 Y justamente (?) oprimida
 Y entre escacéz sumergida
 Recibe enjalmas y freno".
 No piensas, no levantar
 De la ruina que va andando
 Al paso que reformando
 Se vaya cada lugar;
 Mucho tendras que envidiar
 Pero en vano, Tunja amada,
 Pues te ves tan despreciada
 Que nadie por no vivir
 En ti, eligira el morir
 En la selva mas dejada".
 "Si por decir la verdad
 Tunja te has de sentir,
 Siempre os habre de pedir

Perdon sin necesidad;
 Mas tened conformidad
 Con las cosas que estas viendo
 Pues Dios las va permitiendo
 Por tu falso proceder
 Sujetandose a un poder
 Que te vaya corrigiendo".

1797

A fines del siglo XVIII todo escrito sedicioso era perseguido como crimen de lesa patria, como sucedió con estos inocentes malos versos. Es cierto que las pocas virtudes de su autor no le daban crédito para levantar la voz en contra de las autoridades. Manuel Vicente Prieto había hecho un robo de consideración al cura de Tunja, y aun se le acusó de haber procurado darle veneno en el chocolate. Estando preso por estas causas se huyó de la cárcel, y a poco volvió oculto a la Provincia y "procuró esparcir sus detestables versos, deseoso de que en los corazones de estos naturales se encendiese mas y mas la insubordinacion". El corregidor don José Tober, a quien fustiga en sus versos, le siguió el sumario correspondiente, y logró que don Juan de Olea, gobernador de Neiva, le aprehendiese en aquella Provincia. Luego fué trasladado a la cárcel pública de Bogotá. El entonces virrey don Pedro Mendinueta, avocó el conocimiento de la causa, resuelto a hacer con él un ejemplar si se le convenía en su delito, "que aunque de la misma clase de los de Nariño no tiene enlace ni connexión con ellos" . . . "fuera de que para afianzar la tranquilidad pública convendrá aqui mismo hacer algún escarmiento" (*), como lo merece Prieto por su nuevo delito, así como por sus anteriores.

(*) Carta de Medinueta al Príncipe de la Paz. Santafé 19 de octubre de 1797. Más de tres años tuvieron a Prieto en un calabozo, con dos pares de grillos.

Tres años antes habían sido conmovidos el virreynato y la corte por haber amanecido un día en Quito fijadas en algunas cruces unas banderitas de tafetán encarnado con inscripciones, y en varios pasajes otros diversos pasquines "dirigidos a alucinar y sublevar a aquella plebe". Veamos cuáles eran los horrores contenidos en estos panfletos. En los principales, por un lado decía en latín: *Liberi sto felicitateum et gloriam concecuto*, por el lado opuesto una cruz de papel blanco con un letrero de brazo a brazo, que decía: *Salve cruce*. El único que tomó a broma el asunto fué el Virrey.

Causa fueron estos inconexos letreros de una real orden en la que se decía que había que apagar el fuego con prontitud y se mandaba que se ejecuten las penas que convenga a los seductores sin ponerse a reflexionar sobre la gravedad de la materia.

Instrucciones especiales reservadas repartió la Audiencia, por orden de S. M., a los gobernadores de las provincias ordenando los castigos que se habían de imponer a los que mostrasen adhesión a las máximas de los lemas de Francia (Decreto de 15 de septiembre de 1795).

VII

Los sobrevivientes de estas persecuciones que lograron regresar a la Nueva Granada, todos ellos hombres de carácter e ilustración, jugaron un papel muy importante en la historia de la Revolución de la Independencia que se inició el 25 de mayo de 1810.

Hernández de Alba, generalmente odiado, fué en aquella época extrañado de Santafé, cargado de cadenas y llevado a la villa del Socorro.

Sevilla, 1º de julio de 1927.

LEON DUJOVNE

LA TEORIA DE LA CIENCIA DE MEYERSON



El carácter especializado de los escritos de Emilio Meyerson ha impedido que su nombre lograra una gran difusión. Pero esa falta de popularidad está bien compensada por el prestigio de que disfruta en los círculos más selectos del pensamiento francés. El estudio que en *La Revue de Morale et Metaphysique* le ha dedicado Leon Brunschvicq —una de las primeras figuras de la filosofía actual— es prueba, entre otras, del interés y el respeto con que su obra es atendida en Francia.

Los ensayos de teoría de la ciencia adolecen de continuo, alternativamente, de dos defectos. Cuando sus autores son sabios dedicados exclusivamente a una disciplina particular, no logran desprenderse de los rasgos peculiares de sus propias investigaciones y se encuentran incapacitados para tener una visión crítica y de conjunto de la labor científica. Al revés, los especuladores doctrinarios logran la amplitud de espíritu necesaria para el caso, y, en cambio, se hallan desprovistos de conocimientos directos, sólidos, de las diversas disciplinas que comentan. Su mayor aptitud de generalizar no les basta para llenar los esquemas de sus sistematizaciones con elementos del conocer científico auténtico. En la obra de Meyerson no se advierte ninguna de estas deficiencias. Pueden ser dis-

cutidas sus conclusiones, mas no cabe la menor duda acerca del valor del material que utiliza para darles fundamento. A su copiosa información en las ciencias mejor constituidas, añade una amplia cultura filosófica. En los detalles de su biografía se advierte la diversidad de los conocimientos que fué adquiriendo, movido por una singular curiosidad y por sus naturales condiciones de pensador.

En una entrevista que algunos meses atrás le hizo Federico Lefèvre, en *Les Nouvelles Littéraires*, expone el mismo Meyerson el desarrollo de sus estudios. Nacido en Polonia el 12 de febrero de 1859, abandonó a los once años su país natal para cursar el gimnasio en Alemania. Siguió en Heidelberg los cursos de química de Bunsen y Hermann Kopp y en Berlín los de Lieberman. Joven aun fué a Francia, país en el que reside hace cuarenta y seis años. Desempeñó, desde 1882 hasta 1884, el cargo de agregado del laboratorio de Schutzenberger, en el Colegio de Francia. Fué químico, y luego director, de una usina de materias colorantes, y hasta descubrió un procedimiento para fabricar índigo sintético. La explotación industrial del invento le causó disgustos económicos. . . Desde muchacho, le atraía la historia de la ciencia, particularmente la de la química. De 1884 a 1889, publicó pequeñas memorias sobre "Juan Rey y el principio de conservación de la materia", "Turquet de Mayerne y el descubrimiento del hidrógeno", "La copulación en la Biblia" y sobre otros tópicos. En el último de los trabajos nombrados refuta una aseveración de Marcellin Berthelot, en sus "Orígenes de la alquimia". Según este autor, la copulación—antiguo procedimiento por el que se desembarazaba los metales nobles de la ganga impura—era un misterio, un secreto, hasta en la antigüedad clásica. Un pasaje de Jeremías, le per-

mite a Meyerson sostener, por el contrario, que dicho método era ya del dominio público en la época del profeta.

Los hechos singulares sólo interesaban a nuestro autor en la medida en que le ayudaban a indagar las ideas directrices de la ciencia. Estas ideas podían serle reveladas por el estudio del desarrollo de las adquisiciones científicas. Pero la historia de la ciencia sola le resultó insuficiente, Paulatinamente penetró en el dominio de la filosofía. "Rehice, pues, dice Meyerson, mi camino de la filosofía: creía haber entrado en él por tres semanas y me quedé allí 19 años". Renouvier fué su primer maestro; por Renouvier llegó a Kant y luego a Descartes, quien ejerce influencia predominante en la obra de Meyerson.

En 1908 publicó su primer libro *Identité et Réalité*, posteriormente completó su sistema en *L'explication dans les Sciences* y en *La Deduction Relativiste*. En el párrafo final del tercero de sus libros, expone el papel de la Epistemología, a cuyo respecto dice: "Consiste, por lo que nos parece, en seguir la ciencia en su desarrollo, no, desde luego, para regentearla, sino para cumplir una obra esencialmente diferente de la del sabio mismo, ensayando de precisar los procesos de pensamiento que pone en acción". A esta ardua tarea dedicó Meyerson más de 40 años.

En sus tres obras aborda un mismo asunto con métodos diversos. Las tres se integran, ya que, no obstante ser diferentes los puntos de vista con que lo encara, sus conclusiones coinciden. En *Identité et Réalité* analiza las doctrinas científicas de mayor importancia histórica a través de su desarrollo, desde las más elementales. Le mueve el pensamiento de Pascal, de que no se debe considerar a la humanidad como una serie de generaciones separadas radicalmente entre sí, sino que debe ser juzgada como un individuo que atraviesa en su crecimiento por estadios suce-

sivos. Meyerson toma la ciencia como un hecho. Para estudiarla, para establecer sus métodos de investigación, prescinde de la opinión de los sabios. Ellos ignoran, las más de las veces, los procesos de pensamiento que ponen en juego. La solución del problema que interesa a Meyerson, no la suministrarán los sabios mismos, sino la ciencia objetivamente analizada. Al desmenuzar las teorías científicas, prueba que en todas ellas hay elementos comunes, formas del pensamiento de las que el hombre no se aparta nunca. Determina así los factores que explícita o implícitamente intervienen en toda creación científica. En *L'explication dans les sciences*, sigue un método inverso. Vuelve a edificar la ciencia sobre la base de los principios determinados en *Identité et Réalité*, cuyo método analítico es completado por esa síntesis reconstructiva. Una y otra obra tratan de la ciencia ya pasada. En *La Deduction Relativiste* pone a prueba su tesis frente a la teoría de la relatividad. Procura con ello replicar a la crítica de los que sólo admiten que su tesis es válida para la ciencia inactual.

En las tres obras de Meyerson es frecuente el tono polémico. Discurre sobre todo contra Comte y contra Mach. A ellos y a los que expusieron ideas análogas a las suyas dirige su crítica certera.

La filosofía de los tiempos modernos se ha desenvuelto en dos líneas paralelas: El empirismo y el racionalismo. Mach y, antes que él, Comte, pertenecen, en verdad, a la primera de dichas orientaciones, cuyos errores tienen su fuente inicial en Bacon, fundador primero de la doctrina. En su alegato contra ambos, Meyerson busca apoyo frecuente en Descartes, punto de partida de la otra escuela. De tal modo resulta que la polémica que en nuestros días se debate dentro de la epistemología es un episodio más en el conflicto siempre renovado entre empiristas y raciona-

listas. Los temas esenciales del dilema subsisten. Sus términos se modifican con el enriquecimiento del caudal científico. Desde luego, es oportuno recordar que en los siglos transcurridos ya de la llamada filosofía moderna, en más de un caso las supuestas líneas paralelas se han trocado en coincidencias desconcertantes y paradójales. Por lo demás, el empirismo de stirpe británica y el racionalismo continental confluyeron en la filosofía crítica de Kant. Y todas las corrientes ideales del siglo XIX y del XX parecen surgir de un despliegue magnífico de su pensamiento. Meyerson confiesa que por Kant llegó a Descartes, y Mach reconoce que a través de Kant llegó a Hume y a Berkely. Dejemos de lado este problema de la influencia de Kant en el pensamiento contemporáneo. Examinemos la doctrina de la ciencia de Meyerson y señalemos los rasgos que la distinguen de sus adversarios positivistas.

En el primer capítulo de su *Cours de Philosophie Positive* enuncia Comte las tres etapas del conocimiento: la teológica, la metafísica y la positiva. Esta última, que es la terminal, ha de seguir en su desarrollo un proceso similar al de las precedentes. El ideal de la ciencia consiste en reducir el conjunto de las leyes que acumule a algunas muy contadas, acaso a una sola. Toda tentativa de explicación es superflua y hasta nociva para la ciencia; ella ha de conformarse con la descripción legal de los fenómenos. La inclinación a referir los hechos a principios que trasciendan de la experiencia misma, sería un resabio teológico o metafísico. Mach, a su vez, en una exposición de su teoría del conocimiento, establece que en ella influyeron las ideas del economista G. Hermann y las de la biología darwinista. La función de la ciencia es la de ofrecer en sus leyes una descripción sumaria, económica, de los hechos; su misión es la de adaptar el pensamiento a las cosas tal como

ellas impresionan nuestros sentidos. Su agresión a lo que él llama *metafísica* es aun más violenta que la de Comte.

Para Meyerson la ciencia es algo más que un conjunto de leyes sistematizadas. La legalidad que el hombre atribuye al universo deriva de las necesidades de la acción; para actuar es imprescindible prever, y la previsión implica un mundo ordenado. Pero la ciencia supone que el universo es además inteligible. Su tarea consiste en la "racionalización progresiva de la realidad", según la fórmula de Le Roy. Ella es practicable únicamente cuando se postula que cada fenómeno tiene una causa. Junto al principio de la legalidad hallamos en la ciencia el de la causalidad. El salvaje y aun el animal aplican el principio de legalidad, dice Meyerson en el primer capítulo, "La loi et la cause", de *Identité et Réalité*. A continuación se pregunta si ocurre lo mismo con el de causalidad. Parece difícil afirmarlo respecto de los animales. El afán de comprender, el instinto filosófico, "el asombro de su propio ser", parece un privilegio del hombre. No podemos concebir ninguna mente humana, aun la más rudimentaria, sin adjudicarle la tendencia a hacer deducciones causales. Cuando el niño interroga por qué por primera vez revela el deseo de hallar explicados los hechos que reclaman su atención. La humanidad, desde sus etapas primitivas hasta el grado más alto de su desarrollo, piensa de acuerdo a ciertas normas ineludibles. El proceso inconsciente en cuya virtud se crean los conceptos del sentido común es idéntico al que interviene en la elaboración de las teorías científicas. La ciencia es la prolongación del sentido común que la integra. En presencia del hecho elemental de las sensaciones, el hombre afirma, instintivamente, la existencia de cosas objetivas que las determinan. Nuestro pensamiento, al crear los conceptos, toma por punto de partida la percepción, la sensación re-

ferida a un motivo exterior al individuo que la experimenta. En presencia de un fenómeno pensamos en la causa que lo engendra. El efecto es considerado como existente ya en la causa. Afirmamos también que el efecto y la causa son equivalentes.

La misma identificación de efecto y causa caracteriza el conocimiento científico. Lo mudable, lo cambiante, es referido a algo que no cambia, a algo substantivo y permanente. El universo es cuantitativamente idéntico a sí mismo. Sin el principio de causalidad, son inconcebibles las ciencias físicas. Y ese principio causal, aplicado a los hechos, supone la identidad en el tiempo y su consiguiente eliminación. La tendencia a la identificación en el tiempo explica la preponderancia del atomismo y de las doctrinas mecanicistas en la ciencia. A los principios de la conservación de la materia y de la energía se añade el de la unidad de la primera; a la identificación en el tiempo se suma la identificación en el espacio.

Así resulta que la ciencia, no conforme con describir la realidad, procura explicarla, y al explicarla la aniquila. Para probar su tesis, Meyerson hace la historia de las hipótesis físicas con un inmenso caudal de conocimiento. Los postulados de la *conservación* no son ni ideas *a priori* ni *a posteriori*. Si fueran lo primero, nada tendría que ver con los hechos concretos de la experiencia; en el segundo caso, serían de carácter meramente descriptivo. Sobrepasan la experiencia y la explican. Su prestigio se debe a que satisfacen la tendencia racional a la identidad.

Identité et Réalité no se reduce a esta conclusión paradójica. En la vida diaria del sentido común el realismo triunfa sobre el afán explicativo identificador, por obra de la continua comprobación de hechos singulares que existen en el espacio y transcurren en el tiempo. En la ciencia

triunfa también el realismo. La identidad del efecto con la causa supondría la de la causa con el efecto: la total reversibilidad de los fenómenos, la eliminación absoluta del factor tiempo en la comprensión de los hechos.

Pero esa reversibilidad no es absoluta. El tiempo, signo de la realidad concreta, impone su curso a las cosas en una dirección determinada. La irreversibilidad de los fenómenos hace que se imponga el realismo sobre la deducción causal destructiva. Sadi Carnot se convierte en la figura central del libro de Meyerson. El tiempo, condición de todo cambio, del perpetuo desenvolvimiento de los fenómenos, deja su huella en el mismo mundo físico. La termodinámica, con sus principios, representa el éxito del realismo en la propia ciencia contra el esquematismo abstracto, nihilista, de la tendencia a la identificación. "La realidad se rebela, no permite que se la niegue. El principio de Carnot es la expresión de la resistencia que la naturaleza opone a la violencia que nuestro entendimiento intenta ejercer sobre ella por el principio de causalidad." El cosmo *envejece*. Y, según la fórmula de Eugenio D'Ors, *la física, con todas las apariencias de ciencia mecánica, es en lo más íntimo y hondo una manera de ciencia histórica*. La realidad es dinámica, movable, mas no por ello abandonará la investigación científica sus métodos derivados de la identificación. Las hipótesis que vayan surgiendo deberán conservar los atributos fundamentales del atomismo y del mecanicismo. El hombre proseguirá en la quimérica faena de racionalizar todo lo existente.

La ciencia no prescinde, ni ha prescindido jamás, de premisas metafísicas. No hay ciencia sin ontología. La substancialidad seguirá siendo un postulado insubstituible derivado a su vez del de la causalidad. Jamás se apartará

el sabio "de las vías que le ha trazado el espíritu, acaso más poderoso de que la humanidad puede enorgullecerse: Descartes", y ello a pesar de que sean irracionales algunas de las conclusiones a que llega la ciencia, como es igualmente inexplicable el acto elemental de nuestro conocimiento, la sensación. Nos explicamos las cualidades de las cosas por las propiedades de las partículas que las integran, pero no podemos invertir los términos de esa explicación. Es imposible transponer los miembros de la igualdad. "Nuestras sensaciones, son muy diferentes. Nuestro universo, no es mudo, frío e incoloro; él es sonido, calor, color. Pero el mecanicismo nos explica que estas cualidades no pertenecen al objeto mismo: este último no conserva más que aquellas que se refieren al espacio y a la ocupación del espacio". Nuestros sentidos se encuentran de golpe despojados al ser destruído el *quid proprium* de las sensaciones que el mecanicismo no logra reconstruir.

No obstante todo esto, la explicación causal seguirá siendo el motor de la investigación científica, aun en el dominio de los fenómenos biológicos. En presencia de un hecho, el afán de explicarlo, cuando no puede dar cuenta de él por la causalidad, acude al finalismo, cuyo valor precario hace que sea solamente provisional. Todas las ciencias de la naturaleza se esfuerzan en parecerse a la física. El estado de las ciencias biológicas es aun insuficientemente adelantado, pero el camino que siguen no ofrece lugar a dudas. La explicación teleológica en la biología, cuyo representante más destacado en nuestros días es Driesch, es combatida por Meyerson. Si Descartes ofrece los argumentos más sólidos de Meyerson en el dominio de las ciencias físicas, para sostener el determinismo en la investigación biológica se provee de sentencias de Spinoza. Spinoza

ya ha hecho notar que haciendo intervenir las causas finales, se recurre a "la voluntad de Dios, ese asilo de la ignorancia". En efecto. "Cuando ven (los hombres) la estructura del cuerpo humano, son atacados de un asombro imbecil, y, porque ignoran las causas de tan bello arreglo, concluyen que no está formado mecánicamente, sino por un arte divino y sobrenatural. . ." El finalismo no es más que una hipótesis de trabajo en presencia de ciertos hechos, de otro modo inexplicables; pero es tan sólo transitorio. Como doctrina de conjunto es repudiable; se opone a la marcha natural de la investigación científica que, aun dentro de la biología, no puede ser, como ya lo estableció en forma concluyente Claudio Bernard, distinta a la explicación causal. Ello no autoriza a sentar con esto una teoría definitiva de la vida. Sería absurdo, como es torpe la metafísica que de la ciencia pretenden extraer los llamados filósofos científicistas, quienes sacan de la ciencia conclusiones que son, en realidad, sus hipótesis.

La ciencia continuará siendo substancialista, causal, es decir, identificadora. Ella no puede admitir fenómenos sin soportes. Mach, al ocuparse en el cuarto capítulo de su *Mecánica*, de las concepciones biológicas, anímicas y místicas en la física, sostiene que "las ideas de la invariabilidad de la cantidad de materia, de la constancia de la suma de las cantidades de movimiento, de la indestructibilidad del trabajo o de la energía que gobiernan hoy toda la ciencia física, deben su nacimiento a la influencia de las concepciones teológicas". Y por esto deben ser excluidas, ya que introducen el misterio donde sólo debe haber conocimientos científicos. Pero es lo cierto que esas ideas misteriosas permiten la deducción causal de todos los hechos particulares. En cambio, Mach excluye el misterio del mundo y

hace de cada fenómeno singular un milagro. Esas ideas, en lo esencial, han de conservarse, ya que en su virtud se hace posible la adecuación entre la inteligencia del hombre y el mundo inteligible.



CESAR CARRIZO

COPLAS EN
LA HISTORIA

LA MÚSICA NATIVA. — VIDALITA DE JOSÉ PATRICIO DEL MORAL EN CONTRA DE FACUNDO. — LAVALLE EN HUALFIN, EN EL "HUERTO DELEITOSO" DE BERCEO. — LA "ZAMBA FATAL". — ANGACO Y LA VIDALITA DE LA MADRID.

I



ESDE un tiempo a esta parte, los escritores y publicistas argentinos han empezado a ocuparse y preocuparse de nuestro gay saber popular.

Estudian el folk-lore. Se interesan por esta manifestación sentimental del pueblo. Quienes, con propósitos filológicos; cuales, con miras de pasatiempo o esparcimiento; otros, con fines doctrinarios.

Desde luego, no me refiero a los diletantes, ni a los burgueses desocupados que en su afán por lo colonial y por las cosas absolutas, quieran también espigar en campo tan vasto y hermoso. Aludo a la gente seria.

Por lo común, son los estudiosos de Buenos Aires los que han tomado actitud grave frente a la poesía, a las danzas y músicas de la pampa o la montaña.

En cambio, los escritores del interior —a excepción de algunos—, sólo hemos querido, a designio, recoger con manos emocionadas las margaritas humildes o los fieros "chaguares" sin analizarlos.

Empero —me parece— que tanto los intelectuales como los emotivos, somos, en el fondo, los mismos *carreteros* de que hablaba Nietzsche: hombres que acarrear desde lejanos e ignorados rincones el material de cultura que ha de formar el acervo de todos y para todos.

II

En verdad, hay en el interior del país, y sobre todo en la región montañosa, una música y una poesía cantadas por trovadores anónimos que tienen, sin saberlo, la herencia del juglar español; no sé qué de los rapsodas de Grecia, y de los troveros de Provenza; y todo, vaciado en molde americano, en crisol indio. Vale decir que hay en nuestra patria un romancero casi inédito, un *gay saber* popular digno de ser comprendido, como se ha hecho en todos los países cultos.

El tiempo presente del verbo tiene por cierto un sentido pretérito, ya que las coplas, trovas, músicas y danzas vienen del pasado, como manifestaciones genuinas del alma y de la entraña popular, a través de la Historia.

Y allá van los aedas sin nombre, con su afición en el alma, su tamboril, su guitarra o su quena. Allá andan de "puesto" en "puesto", de villorrio en villorrio; de la zafra a la "minga" o recolección del trigo; de la vendimia a la hierra; de las minas de la montaña a los obrajes de la selva. Pero cada día se alejan más de las ciudades, del progreso materialista y del capitalismo invasor y bárbaro; y se van quizá para siempre, rumbo al olvido.

Hay un aire de familia, una característica profunda, una herencia racial en la música nativa: su tristeza, su incurable dolor. Quizá los versos con que a veces se acompaña esa música sean en ocasiones mordaces, irónicos o senten-

ciosos; no importa. Lo que está siempre presente, lo medular, es la quejumbre de la melodía.

Oigamos estos versos donde una moza alude a un enamorado sin suerte. Los oí cantar en Chañarmuyo — La Rioja — a una joven de trenza larga y ojos negros, llamada Brígida Zelaya.

Una tarde, estando triste
en los soles me senté,
y me dijo un arbolito:
—Si quieres sombra, te haré.

Yo le dije al arbolito
si era cierto o era mofa;
¿qué sombra me puede hacer
un árbol de pocas hojas?

No para aquí la ironía de la musa popular. Oíd cómo una mujer responde a los reclamos de su enamorado:

No me llames chacarera,
ya no tengo qué vender;
se me acabaron los choclos
y los zapallos también.

Hasta que el hombre, un tanto amargado, le contesta:

Dende arriba mi i venío
escribiendo en las paderes,
este letrero que dice:
rienda quieren las mujeres...

Mas, he aquí que la moza, como arrepentida de su sátira, y apenada por quien sabe qué honda lacería, le dice:

No me llames chacarera
que mi nombre se acabó:

llámame la flor marchita
que del árbol se cayó...

Volvamos, pues, a la tristeza incurable, al aire de familia que une a los cantos de la montaña. ¿Por qué este dolor que lo vemos y lo sentimos irremediable? Es que al amalgamarse las tonadas del indio con la música de la España descubridora, quedó resonando sobre el drama de la colonia, sobre la gesta magna de la conquista —y a modo de perenne protesta— el lamento del yaraví, la angustia de la vidalita, la desolación del triste y del cielito...

¿Para qué protestar en contra de los dominadores? ¿Cómo voltear la coyunda? ¿Cómo cambiar los designios de la fatalidad? Y he aquí que la música traducía —en parte— sus estados de conciencia con verbo humano y divino, y con más elocuencia que los puños cerrados y los gritos de protesta.

Pasó el tiempo. Se sucedieron las centurias. Hubo transformaciones superficiales o a fondo en el espíritu social; y fueron menguando, menguando hasta casi desaparecer, las razas aborígenes. Mas, ha quedado —como lo dicen Joaquín V. González y Adán Quiroga— aquella lágrima inefable del yaraví, diluída en los cantables y bailables de la montaña y de la selva: llámense vidalal, vidalitas, tristes, cuecas, escondidos, chacareras, serenatas de adiós o de regreso. Y ha quedado a modo de la protesta inútil de unos hombres, en perpetua lucha con la naturaleza y la fatalidad; con la nieve y el viento, con el hambre y la sed; y con los caciques y amos que han sido y los que serán...

¿Cómo, pues, no han de llorar y gemir sus quenás, sus tamboriles, sus cajas y guitarras?

Pero, más que las disquisiciones en este tema, valen las anécdotas. San Marcos ha dicho que todo se explica por parábolas; y quizá tenga razón tan venerable santo.

Cierto día íbamos con un hombre de campo por uno de esos valles de la precordillera andina. Habíamos andado mucho. Se puso el sol. Íbamos abstraídos, en silencio, recogidos en nosotros mismos, para sentir en toda su majestad la grandeza de la montaña.

En eso las mulas pararon las orejas y amainaron el paso, como ocurre siempre que advierten algo a la distancia. Y el cierzo del atardecer nos trajo las notas de un canto que nos tocó adentro e hizo humedecer nuestros ojos.

¿Quién era el poeta y cantor que así lograba enternecernos? Continuamos la marcha y nos internamos en una cañada. Al llegar al arroyo, vimos un pastor vestido de luto que, arreando su majada, se dirigía cuesta arriba, camino de la falda. Le llamé y le pregunté:

—¿Por qué cantas así, tan triste?

—Yo canto por no quejarme. Van pa tres años que se me jué la compañera; y yo canto pa ella, pa la finada. Murrió al dar a luz un muchacho que ya me estará esperando allá... en la "mesada".

—Entonces ¿no sabes, o no puedes llorar?

—¡Ah, señor! Si yo pudiera llorar, lloraría. Pero aquí los elementos y los amos de la tierra y de l'agua lo vuelven a uno más duro que piegra pa el sufrimiento. Y de ahí... que cuando las penas me muerden adentro, no sabiendo llorar, canto. Pero ya ve usted: el canto, a medida que sale de la garganta, se me va haciendo llanto, sin que yo mesmo me dé cuenta... Y vea, señor: lo mesmito le pasa a mí compagre Sinforoso, el de la "Peña Pintada", y a tanto cantor sin suerte.

Nada más. Los comentarios huelgan. Yo estreché cordialmente la mano de aquel hombre, hermano mío en el dolor de ser poeta, y guardé en el alma los versos de su vidalita:

"Ya no puedo, vidita,
vivir sin tu amor;
ya no puedo, vidita,
me mata tu rigor.

Yo marchó sin rumbo,
llorando yo voy;
lo saben las piegras
y el viento y la flor;
y todos lamentan
cuando lloro yo...
¡Ya no puedo, vidita,
ya no puedo, ya no!"

Nada importa la incorrección de estos versos. En ellos hay sangre del alma, Es un poema; toda la historia de un hombre en doce líneas.

¿Quién hizo esta pequeña grande elegía? ¿Y la música lacerante de la vidalita? Pudo el pastor, a quien encontramos en el camino, ser un simple juglar, o bien el poeta, el creador, en gracia de divina angustia. Lo mismo da. Lo cierto es que el aire de la canción y el romance se ajustaban y acordaban tan bien que formaban una armonía viviente, una unidad indivisible.

III

Pero no todo ha de ser desconsuelo y amargura. Hagamos una breve excursión a través de la historia nacional y veremos cómo las vidalitas, de cantos elegíacos, se transformaron más de una vez en cantos epinicios, en himnos de combate.

Nos encontramos en el año 29, en el año 30. Dorrego acababa de ser fusilado por orden de Lavalle. Y si es verdad que él afronta las responsabilidades del drama de Na-

varro por imperativos categóricos del momento, y porque a ello lo obliga la cobardía de sus correligionarios e instigadores, lo cierto es que el error se comete. Y para vengar tan funesto error, los caudillos del interior se levantan en armas.

Juan Facundo Quiroga, desde La Rioja, dirige a Lavalle su famosa carta que es todo un desafío; y acto continuo concita sus huestes y marcha rumbo a Córdoba. Va a medirse con el general Paz, este militar a la europea que algo tiene del genio de San Martín y no sé qué parecido con el caballeresco y valiente Pacheco.

Bien se sabe: la suerte le es adversa a Facundo. Paz lo derrota en "La Tablada" y lo sorprende en "Oncativo". Mas, para honor del vencido, uno de los oficiales de Paz no tiene empacho en exclamar:

"Me he batido con tropas más aguerridas, más disciplinadas, más instruídas; pero más valientes, jamás."

Meses después, Quiroga que ha cruzado toda la pampa para venir a desensillar su caballo en Buenos Aires, dice en rueda de amigos, y en un arranque de orgullo indomable:

—"En Oncativo me ocurrió como a San Martín, en "Cancha Rayada".

Entretanto, ¿qué hacen los amigos, los correligionarios de Facundo, en La Rioja? ¿Qué hacen en Catamarca, en Tucumán? Todos le dan vuelta la espalda creyéndolo inutilizado para siempre. Y mientras la Legislatura de Catamarca resuelve erigir una pirámide a Paz por sus victorias de "La Tablada" y "Oncativo", un poeta riojano, don José Patricio del Moral, azuza los ánimos en contra de su amigo, al ritmo de una vidalita.

Esto de "amigo", quizá sea un eufemismo de mi parte; pues en realidad, unos más, otros menos, todos fueron

subalternos obsecuentes del caudillo. Desde luego no menciono a Miguel Dávila que tuvo la valentía de batirse con Facundo a botes de lanza; ni aludo al general Villafañe, amigo de verdad. Tratándose de Quiroga es justo reconocer que donde estuvo él, se repitió la escena entre Don Quijote y Sancho, en el banquete famoso: Facundo ocupaba la cabecera de la mesa, estuviera o no sentado en la cabecera.

Y ahora he aquí los versos de la vidalita de José Patricio del Moral, para quien los historiadores tuvieron la hipóbole de compararlo con Tirteo:

"Religión o muerte",
vidalita,
dice tu pendón;
tú matas y robas,
vidalita,
¡es tu religión!

De padres e hijos,
esposos y hermanos,
has hecho tu presa,
"Tigre de los Llanos".

¿Dónde están, ¡oh Rioja!,
tus hijos más caros?
Presos, fugitivos,
muertos, expatriados.

Ese cruel Quiroga,
ese parricida,
pagará su crimen
sólo con la vida.

Marchemos, marchemos,
no seamos tan viles;
¡vamos a matar
al Tigre de Atilés!

¡Las arenas mismas
de su patrio suelo,
vidalita, . . .
ahogadas en sangre
claman hasta el cielo!

El verso "Tigre de Los Llanos" no es sino el mote con que lo llamaban y zaherían los adversarios; y en la palabra *Atilés*, que rima con *viles*, el trovador evoca el nombre de un villorrio de los Llanos, donde Facundo tenía su campamento.

Como se ve, no pueden ser más hirientes los versos de la vidalita. Bien que mientras el nuevo Tirteo —guerrero y poeta— cantaba con su guitarra en los estrados señoriales, las huestes de Facundo, dispersas después de Oncativo, y errabundas por Los Llanos, preparaban también al toque de clarines y al ritmo de las vidalitas camperas el regreso del jefe. Y el jefe no tardó en empuñar de nuevo las armas y volver por sus fueros.

En los campos de Pavón, adiestra personalmente trescientos soldados y sale de Buenos Aires. A medida que se adentra en las provincias, su ejército acrece. Va a arrojar a Aráoz de La Madrid que se ha posesionado del norte, cometiendo toda clase de errores y tropelías, sin que de ellas se librara la propia familia de Quiroga. Y lo persigue, y lo acosa, y lo destruye al fin en "La Ciudadela". ¡A Gregorio Aráoz de La Madrid, nuestro paladín de coraje fabuloso y corazón romántico, que tan bien maneja la lanza como la guitarra! A La Madrid que — según la expresión de un gran orador— conducía sus soldados al combate y a la muerte, cantando vidalitas; y que al caer vencido, dice entre los delirios de la agonía:

"¡No me rindo; no me rindo!"

Después de "La Ciudadela" vuelve Facundo a La Rioja.

y sabe que su amigo Patricio del Moral ha compuesto en contra suya una canción donde lo trata de "parricida", "asesino" y "ladrón".

—¿José Patricio?—interroga a quien le informa.

—El mismo, general.

—No puede ser. ¡Si es mi amigo; si lo he elevado al poder y lo he asociado a mis intereses en las minas del Famatina!

Pero pocos días después la verdad lo convence. Manda entonces prender al poeta. Lo hace cantar la vidalita en su presencia. Y cuando termina le dice:

—Muy bien: ahora, por mocoso y trompeta, vas a recibir unos lonjazos en la plaza pública.

Y así fué. Lo hizo castigar como a chico mal criado; y lo mandó a su casa, entre las risas de la multitud que presenciaba aquella broma terrible.

Los historiadores de cofradía . . . de los que hay muchos en nuestro país, han magnificado aquella broma, y hablan de trescientos azotes con varas de membrillo en carne limpia. Es una leyenda infantil. Como es pura leyenda lo del incendio de la casa paterna y lo de las bofetadas que diera Facundo a su maestro de primeras letras. ¿Prender fuego a la casa de don Prudencia Quiroga? Imposible. Lo respetaba y quería, no sólo como a padre, sino como a un dios. Y después, ¿cómo un niño de ocho o diez años va a pegar a su preceptor? Invenciones de Sarmiento . . . Y si no, ahí está el testimonio de Castro Barros que tuvo por alumno al futuro caudillo.

Hay en todas estas inventivas y en sus consecuencias; en los juicios arbitrarios que se han formulado sobre los hombres determinativos del pasado argentino; y en los lugares comunes que repite la posteridad, mucho de sugestión.

Pero volvamos al tema de las coplas. Nuestros cantos, y aun nuestras danzas, han andado con la historia civil y militar. En los tiempos mañaneros de la Independencia; en la vida de los campamentos; en la odisea de la montonera; en los días de la organización nacional; en las marchas y contramarchas de la política; en las horas del dolor o la alegría; en lo bueno y lo malo; en lo objetivo y subjetivo que tenemos como nación, siempre algo tuvo que hacer la musa del pueblo.

Pasan los años. Pasa también Facundo, porque ha tiempo, Rosas lo ha hecho asesinar. Y no repito un lugar común sobre el drama de Barranca-Yaco. Hay al respecto pruebas fehacientes; y sobre todo una lógica abrumadora: la muerte de Quiroga era algo *sine qua non* para los fines de Rosas.

El país soporta ahora sobre sus espaldas el terrible año 40. Los espíritus más representativos: Mitre, Sarmiento, Alberdi, Mármol, Echeverría, los Varela, los Gómez, etcétera, han tomado el camino del destierro y deambulan lejos de la patria.

Llega el año 41, y las provincias del norte reaccionan en contra del tirano. Un poderoso ejército, comandado por Lavalle, Aráoz de La Madrid y el general Brizuela — riojano—, y donde brilla la espada de Mariano de Acha y la lanza del Chacho, se propone concluir con el régimen de Rosas.

Pero los jefes no se llevan bien. Entre las cabezas dirigentes hay discrepancias, rivalidades y hasta enconos. Cada uno quiere ser el mimado de la gloria, el que consiga para sí todos los laureles en una nueva batalla de Ituzaingó . . . ¡Ilusos!

Y esta falta de armonía es el comienzo del fin. ¿No saben que van a medirse con generales como Oribe, Pacheco, Flores, Benavídes, Aldao, Estanisláo López, de Santa Fe, e Ibarra, de Santiago del Estero? Empero, el desconcierto, la falta de plan y de unión parece dar cohesión a la Liga del Norte. Permitase esta paradoja que encierra una verdad dolorosa . . .

Como es lógico, no tardaron los descalabros, y la coalición del norte no pasó de ser un simple relámpago en la noche de la tiranía.

¿Qué hace La Madrid? Se corta solo y marcha a San Juan en busca de Aldao, Benavídes y de todo el que se le ponga por delante.

¿Qué hace Brizuela, a quien erróneamente se lo ha vestido con la jefatura de la Liga? Permanece en La Rioja, tomando mate y aguardiente en la mañana; añapa y aguardiente en la siesta; mate y aguardiente en la tarde. . . Y siempre rodeado por una jauría de perros leoneros que no permiten que nadie se acerque al amo.

Es que el "Zarco Brizuela", en su mediocridad y suspicacia, no tiene confianza en nadie. Ve enemigos y fantasmas en todas partes, menos en sus feroces mastines que hacen de guardia pretoriana. Teme de los parientes; duerme, nadie sabe dónde, pero amanece en la casa que fué de don Narciso Sotomayor. Y en el colmo de su desconfianza, duda hasta de la propia mujer, a quien ha enviado a Catamarca a cumplir una promesa a la Virgen del Valle.

No sé, pero siempre he encontrado un parecido entre el personaje de Flaubert en *Salambó* con el Zarco Brizuela, que tan implacable fuera con los débiles y tan cobarde con los fuertes.

¿Y Lavalle? Está en Catamarca, recibiendo los agasajos de la flor y nata de aquella sociedad. Se suceden los

festines y bailes en los viejos solares de probada infanzonía y rancio abolengo, y también en la ranchería de las afueras. Hay que celebrar la presencia y la visita del paladín romancesco, cuya voz de plata electriza a los soldados en la arenga, y subyuga a las mujeres, en el dulce coloquio . . .

Mas, ha llegado el momento álgido de la lucha. El momento de definir posiciones y dar la batalla campal. Y para ello, después de decir adiós a la vida regalada, se encamina rumbo a La Rioja, en busca del general Brizuela.

Partidas volantes preceden su marcha, y una escolta de oficiales y soldados le acompaña. Pero he aquí que a mitad del camino alcanzan una diligencia. ¿Quién viaja dentro? Nada menos que la mujer del general Brizuela, que regresa de Catamarca después de haber cumplido su promesa a la Virgen del Valle.

Aquella hermosa dama en medio del campo le parece al general Lavalle un sueño. Y la presencia del héroe de Tarata y Moquehua, de Membrillar, Bacacay, Ituzaingó; la presencia de aquel hombre bello y apuesto, le parece a ella un milagro.

Se acerca Lavalle a la hermosa viajera, y por la ventanilla de la diligencia, conversan. Pero no de la guerra a muerte que la liga del norte ha declarado a Rosas. ¿Entonces?

Se dicen que ya de antemano se conocían. Ella, a la distancia, admiraba al paladín por su gloria y su leyenda romántica. El, porque la sabía una de las riojanas de más peregrina belleza. . . Así conversan durante una legua. La escolta, prudentemente, se ha quedado atrás. El general, entonces, entrega su cabalgadura al asistente y sube a la mensajería.

Continúa el coloquio; se inicia el idilio. A las palabras

fervorosas suceden los silencios. Están y viajan como en un mundo aparte. Y de afuera, de la soledosa llanura, tan sólo les llega de tarde en tarde el grito del postillón que arrea las mulas.

Lo cierto es que ambos se enamoran, y en vez de continuar hacia La Rioja—pues se encuentran entre Aimogasta y Mazán—buscan un refugio en las montañas de Catamarca.

Lavalle, que ha recorrido todo el oeste de la provincia en busca de prosélitos y aprovisionamiento, sabe que ningún sitio mejor para esconder su idilio que Hualfín, un fundo, un paraíso terrenal que los Leguizamón poseen en las sierras.

¿Qué vale la gloria, la Liga del Norte, el general Brihueza, y Rosas mismo, ante los ojos negros, los cabellos de ébano y la piel de diamela de aquella mujer? Nada, por cierto; y se refugian en la vieja hacienda.

IV

Merece que nos detengamos un momento en este sitio, que me trae a la memoria la descripción del "Huerto Deleitoso" que Gonzalo de Berceo hace en sus *Prosas*.

Al salir de la Quebrada de Belén se penetra en un valle fértil; y al finalizar este valle está Hualfín con sus baños termales y sus nacedores de agua mineral que, según Herrero Ducloux, son las mejores del mundo. Ahí, en medio de sauzales, talas, quebrachos, pacarás, algarrobos, laureles, tuzcas, retamos, cedrones: la vieja hacienda. El solar, de piedra y adobe, se yergue por cima de huertos, jardines y sementeras. Y todo este rincón de las hadas y de los dioses amparado está por dos contrafuertes de los Andes, el Alto y el Cerro Colorado. Nada como el pano-

rama de Hualfín, donde a la nieve de las cumbres sucede el cobalto de la sierra, la gama del verde en el bajo, y el arco iris que forma la luz al reflejarse en los manantiales. Y así como el paisaje, el clima, el aire. Ciertamente, uno evoca al gran poeta del Mester de Clerecía cuando dice:

Yo, Maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
Iendo en romería caesí en un prado,
Verde e bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciaduro para ome cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en ome, las caras e las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frías, en yvierno calientes.

Avie hy grand abondo de buenas arboledas
Milgranos e figueras, peros e manzanedas,
E muchas otras fructas de diversas monedas;
Mas, non avie ningunas, podridas nin acedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
Las sombras de los árboles de temprados sabores,
Refrescáronse todo, e perdí los sudores:
Podrie vivir el ome con aquellos olores.

Nunca trobé en siglo logar tan deleitoso
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso...

Hualfín es la merced del marqués don Eduardo del Llano y la propiedad viene del tiempo de la Colonia, 1752. En la actualidad los dueños son los Leguizamón, por justo derecho, ya que son descendientes del marqués (1).

(1) Nieto del marqués fué el doctor Guillermo Leguizamón, aquel hombre integérrimo que estuvo al lado de Alem. de Del Valle, de Joaquín Castellano, etcétera, en horas de prueba para el civismo argentino.

Y esto es lo hermoso: siendo su árbol genealógico de tan rancio abolengo, fué de los primeros en bajar al pueblo, arengándolo con su verbo de oro, y alentándolo en las líneas de fuego.

Pero sigamos a Lavalle en su aventura; y no olvide el lector que nos hallamos en el año 41. Los enamorados, pues, después de cruenta marcha, llegan hasta el valle de las delicias y se refugian en la hacienda; pero no en el solar de la familia, sino en las "casas viejas", que están a cierta distancia.

Pronto la noticia se difunde por todo el valle. Nada menos que Juan Lavalle, el héroe romanesco, está en Hualfín. Se conocen más detalles. Y en definitiva, se sabe que le acompañan la mujer del "Zarco Brizuela", sus ayudantes Pedernera y Félix Frías, y una escolta de oficiales y soldados.

El dueño de casa, Felipe Leguizamón, que precisamente no es unitario, sino federal por doctrina, federal por convicción y no por Rosas, de pronto se encuentra en un conflicto moral: tiene de huésped en su hacienda a un adversario político. ¿Qué hacer con él? ¿Tomarlo indefenso y mandarlo a Buenos Aires? De ninguna manera. Por sobre la doctrina está la hombría de bien, la hidalguía y el culto de la hospitalidad, que siempre fueron atributos de aristocracia en los señores de provincia.

En vano el general Balvoa—federal—le consulta y lo invita a tender una emboscada a Lavalle para apoderarse de él. Leguizamón se niega terminantemente a ello. Como Sargento Mayor del ejército, está desengañado y cansado de la guerra fratricida en que se han embarcado los pueblos. Tampoco aprueba las atrocidades que se cometen en nombre de la causa. Y por ello mismo ha resuelto guardar las armas, después que diera de bofetadas al coronel Maza, oriental, por los ultrajes cometidos por este subalterno de Oribe con una familia Muro.

—Entonces, ¿qué piensas hacer, Felipe?—inquire el general Balvoa.

Leguizamón piensa un momento y le responde:

—Si no lo hemos de copar, más vale no "bocharlo". Y después... quizá Lavalle tenga razón. Dejémosle que se vaya.

—Sí, Felipe—agrega doña Walberta, su mujer—; que se vaya, pero con un buen recuerdo de los dueños de casa.

Así fué. Los señores de Hualfín querían que el héroe supiera que había llegado a un hogar donde se tendían los manteles al forestero sin preguntarle de dónde venía ni a dónde iba.

Y para hospedarle no se detienen en gastos ni en sacrificios. Lavalle y sus acompañantes están encantados. De las "casas viejas", donde se ha refugiado con su amante, viene de vez en vez a visitar a los dueños de la hacienda. ¿Y es este hombre cumplido y galante, hoy encadenado a la belleza de una mujer, el capitán de granaderos, el paladín de las cargas legendarias, el que iba delante de sus huestes con el sable en la mano y en la garganta el grito de mando y el reto de desafío? Es el mismo. Su guapeza varonil y el embrujo de su leyenda justifican todo lo extraordinario que de él se ha dicho.

Los señores de Hualfín le agasajan; y Lavalle pasa horas encantadoras refiriéndoles sus hazañas, sus andanzas y malandanzas. Y las figuras de San Martín, de Bolívar, de O'Higgins, de Sucre y tantas otras, desfilan ante la curiosidad de doña Walberta, y la admiración de Felipe Leguizamón, que se entusiasma al fin, cautivado por el verbo del huésped.

¡Qué vida plácida y honda la que se pasa en la casona recia y bien plantada! Tiene cornizones y almenas para defensa, como un castillo feudal; y en el medio, un ancho patio árabe con sus canteros de nardos, jazmines, albahacas y diamelas. Tiene, además, puertas y salidas estra-

tégicas para ponerse a salvo en caso de peligro; y adentro, en las alcobas, estrados a la usanza oriental, alfombrados de "chuses" y cojines de damasco para las horas de sosiego.

Una tarde Leguizamón le dice:

—General: esta casa está al abrigo de cualquier emboscada. Por esta salida se va al camino de Santa María, rumbo a Bolivia. Y por la otra puerta, se alcanza la quebrada de Villa a Bil, que conduce a la Laguna Blanca.

—Es bueno conocer estos secretos.

—Aunque debo decirle, general, que en mi casa y en todo Hualfín nadie osará cometer una cobardía con usted.

—Gracias. Es tan difícil encontrar corazones generosos en estos tiempos de guerra a muerte.

Y fué el caso que al día siguiente, Lavallo, para corresponder a tanta gentileza, regaló a doña Walberta la espada gloriosa con que lo obsequiara el pueblo del Ecuador.

Mas, no tan sólo han simpatizado con él los señores de la hacienda, dueños del fundo. También los solarengos, los pastores, los peones, los gañanes y gañanesas. A todos alcanza el prestigio envolvente del héroe, que se ha olvidado de sus deberes de militar, aprisionado como está por los brazos de una mujer.

Una semana duran los festejos. Una semana en que se oye en las "casas viejas" una zamba, inventada y cantada por dos mozas para que bailen el general y su amante.

La zamba. ¿Dónde un baile más elegante y más casto? Tiene algo de griego, de árabe, de español, y mucho de alma nativa, de corazón del pueblo, en su cadencia, en su gracia y donosura. Al momento lánguido, sucede el apronte; a la huida de la hembra, la persecución del varón. Bailarla bien, es difícil; y por ello mismo, quienes lo hacen con donaire y aplomo, tienen ya ganado el

aplauzo de la mosquetería y el rendido homenaje de los más indiferentes. Y así la bailaban Lavallo y la mujer del "Zarco Brizuela".

Bien, pues: aquella zamba de Hualfín, difundida después por todo el norte, no ha muerto. Aun se la canta, con otros nombres y otros versos, siempre en dúo, como la cantaron por primera vez, al ritmo de la guitarra, las dos mozas de la sierra.

¿Cuáles fueron las coplas primitivas? Se han perdido; menos la que se refiere a los ojos de aquella hermosa mujer; copla transmitida de generación en generación y recogida por el doctor Catalán en su *Historia de La Rioja*:

Dicen que todo es humo,
cigarro y chala;
menos los ojos negros
de una riojana.

En verdad, a Lavallo, enamorado como estaba, le parecían "cigarro de chala" los graves problemas políticos y militares que debía resolver. Y dice el doctor Ernesto Quesada, acaso el historiador que más sabe de nuestras luchas civiles:

"En balde sus ayudantes—Pedrera y Félix Frías, entre otros—tratan de hacerle ver lo peligroso de su actitud y la trascendencia que tenía para la campaña, pues Brizuela, apenas supiera lo sucedido, no se lo perdonaría nunca. Lavallo se negó a oírlos; y cuéntase que Frías, paseándose nerviosamente con Pedrera por los corredores del caserío de la hacienda, le dijo: "General: las mujeres perderán a la patria; esto es concluído; nada bueno aseguro..." Y fué profeta", etc.

En suma, que aquella zamba y aquella hermosa mujer fueron fatales para la Liga del Norte. Brizuela, en lo sucesivo, sabedor de la mala acción que le jugara su correligio-

nario, y rodeado como estaba siempre de su jauría de perros, no permitió acercarse a los emisarios de Lavalle.

¿Qué camino le queda al enamorado de Hualfín, cuando llega la hora suprema de hacer frente a los ejércitos de Rosas, que avanzan a marchas forzadas? Se despide emocionado de los dueños de la hacienda. Va a empuñar de nuevo la espada. Dice adiós a la amante, que se queda enferma y cuitada, y que no podrá entrar de nuevo en la casa de su marido porque ahí están los perros, azuzados por el "Zarco" y prontos a despedazarla por infiel.

Lavalle al alejarse ve que su estrella declina y que no hay otra providencia en tales circunstancias que una retirada estratégica. Con un lugarteniente manda arrear 600 mulas de Leguizamón, en previsión de lo que pudiere suceder, y siempre con la esperanza de rehacer sus fuerzas. Empero la suerte dispone otra cosa, y se ve obligado a venderlas en Santa María y Cafayate.

La estrella se va hundiendo. Lo demás ya se sabe: meses después, en tanto el "Zarco Brizuela" era asesinado en Sañogasta, el héroe romancesco moría en Jujuy, ultimado por una bala perdida; y caía oscuramente, víctima del Hado ciego, ¡Lavalle!, el indómito y pugnaz que habría deseado morir peleando al frente de sus granaderos, en una de sus cargas soberbias, tinta en sangre la espada y bermejós los ijares de su caballo, como un castellano de las gestas antiguas.

A todo esto, ¿qué hacía Aráoz de Lamadrid? Ya sabemos que marcha rumbo a Cuyo y que ha desprendido su vanguardia al mando del coronel Acha. La marcha es cruenta a través de los Llanos de La Rioja, y bajo un sol de fuego. Pero a pesar de todo, Acha, que ha logrado internarse en la provincia de San Juan, derrota en Angaco, con un puñado de valientes, al fraile Aldao.

Mas, no sabe aprovechar su tiempo; y cual si la fatalidad marchara con el vencedor, se adentra más y más en la zona del peligro.

Entretanto, el general La Madrid, que poco y nada sabe de la suerte que ha corrido su vanguardia, avanza sobre San Juan con su ejército desmoralizado, muerto de sed y de hambre. Camina a pie, tirando de la brida a su caballo, y oye que atrás los soldados claman: "¡Hambre! ¡Hambre!", agregando como un sarcasmo: "¡Empanadas, arroz con leche, ricos matambres, carne con cuero!"

En esas circunstancias llegan los chasques que Acha le enviara urgentemente, pidiendo recursos y socorro, ya que está quemando los últimos cartuchos en las calles de San Juan. Pero La Madrid no contesta. Marcha silencioso y triste, ensimismado, adusto, arrugado el entrecejo. ¿Acaso está planeando una batalla formidable, o bien buscando un supremo recurso, para salir de situación tan afligente?

Su secretario, que marcha a su lado, no quiere interrumpirlo; pero al fin se decide, y para dar ánimo a su jefe le hace una pregunta halagadora:

—¿Dónde estaba usted, general, cuando se dió la batalla de Ayacucho?

A lo que La Madrid, después de un prolongado silencio, le contesta:

—Déjeme por ahora; estoy componiendo una vidalita.

La respuesta es sublime. ¡Una vidalita para calmar el hambre, la sed y la desventura de su ejército!

El Chacho, que viene atrás, al lado de su ayudante Baltar, no puede menos que sonreír al oír la sublime respuesta; El Chacho, cuya rapidez en las marchas y retiradas, en las cargas y entreveros, fué proverbial. Se da vuelta y dice a su acompañante:

—Está güeno . . . ¡Vidalitas! . . . cuando la creciente va llegando a las casas . . .

Esa noche, La Madrid, rodeado de la tropa, cantó en verdad, al ritmo de su guitarra, la vidalita que compusiera durante la tarde. Y lo hizo con la maestría de siempre, bien que era un artista insuperado en el género.

Pero las palabras de Peñaloza fueron proféticas. La creciente había llegado a las casas . . . Acha, después de agotar el último recurso, capituló entregándose a Benavidez; y días después el fraile Aldao—cobarde y borracho—, jefe de los ejércitos de Cuyo, le mandó cortar la cabeza para vengar la derrota de Angaco.



FRANCISCO ROMERO SOBRE EL PROBLEMA DE LOS VALORES

(A PROPOSITO DE UN LIBRO DE AUGUSTO MESSER)



El planteo riguroso del problema de los valores inicia una etapa en la historia de la filosofía. Con él, una larga y complicada serie de cuestiones penetra en el campo de la discusión filosófica; no, es cierto, surgiendo de improviso de la nada, sino como si unos fantasmas o sombras de problemas emboscados en la penumbra de la reflexión se recortaran de pronto, se espesaran y lograran volumen, ante la sollicitación de una manera de investigar más exigente, que los fija, los rodea y multiplica incansable las preguntas. Ha sucedido algo semejante a lo que ocurrió con la electricidad. Hay actualmente países electrificados por completo—y hubo un tiempo durante el cual la única manifestación eléctrica accesible era la atracción en los fenómenos de electricidad por frotamiento. Los pedacitos de papel, atraídos por la barra de ámbar, son los antepasados de la moderna maquinaria eléctrica. A lo largo de muchos siglos, la electricidad, alma de casi toda la gran industria contemporánea, esperó pacientemente su hora. La lección es que puede haber—hay con seguridad—agentes de influjo imprevisible y decisivo en la futura evolución espiritual y material de la humanidad, que guardan rigurosa-

mente el incógnito hasta el azar o el presentimiento que los descubre y los nuevos métodos que los sacan a luz por completo. Ya nos lo advertía la prudencia shakespiriana por boca de Hamlet:

There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.

Creo que fué O. Kraus quien primero descubrió en Shakespeare otro pasaje de mayor interés para nuestro asunto: Las palabras siguientes del segundo acto del *Troilus and Cressida*:

HECTOR. Brother, she is not worth what she doth cost
The holding.

TROIUS. What is aught, but as 'tis valued?

HECTOR. But value dwells not in particular will:
It holds his estimate and dignity,
As well wherein 'tis precious of itself,
As in the prizer . . .

donde está en compendio y por adelantado la reñida polémica en torno a la subjetividad u objetividad del valor, que todavía prosigue, si bien el partido de Héctor parece tener asegurada la victoria.

Esta detención del enorme poeta ante uno de los nudos del problema de los valores, nos confirma en la naturaleza necesaria, fatal, de la meditación filosófica. Piensan algunos todavía que la filosofía ataca un orden de cuestiones, de cuya consideración podemos prescindir si así nos place. Imaginan que podemos, a voluntad, plantearnos o no tales problemas. Y como entre estos problemas abundan los problemas últimos, los problemas-límite, de planteo trabajoso y solución llena de dificultades, sientan sin más ni más la conveniencia de no gastar tiempo en cuestiones tan

complejas y de solución tan problemática, y decretan la supresión de la filosofía. Pero hay un error fundamental en admitir la posibilidad de optar entre una filosofía o ninguna. El verdadero dilema es: O esta filosofía o aquella. Cuando creemos quedarnos sin filosofía, en realidad nos quedamos con una filosofía instintiva, obscuramente elaborada con elementos tradicionales y tendencias confusas, con aportes procedentes de todas nuestras experiencias vitales, donde lo único que falta es la voluntad de introducir orden y coherencia lógica, el esfuerzo de aclaración y de crítica. Nadie más metafísico que el salvaje, el salvaje de Africa o Australia y el que prospera en los bajos fondos de la civilización. Y, paralelamente, ninguna filosofía más cargada de metafísica—de inconsciente metafísica—que las declaradamente antimetafísicas, como el materialismo y el positivismo. No temo repetir una vez más, y hasta me agradaría reiterarlo a cada rato, el felicísimo apotegma de Goblot: *Le philosophe est le moins métaphysicien des hommes; le savant l'est un peu plus que lui; le vulgaire l'est éperdument*. Cuando el filósofo construye su metafísica, se limita a reemplazar una metafísica ciega, vaga, indistinta, por otra trabajada en plena luz de conciencia.

De manera semejante, en el dominio de los valores, la crítica filosófica procura iluminar un territorio en tinieblas hasta hace poco, pero existente de toda eternidad. Bastaba aproximarse un poco a la cuestión para que surgieran las primeras preguntas inquietantes, y de ningún modo es imposible que la controversia memorable entre Meinong y Ehrenfels, o la disputa entre los objetivistas y los subjetivistas de ahora, tuvieran el antecedente de una discusión sostenida en una estancia del palacio de Príamo, en la Troya homérica, tal como lo fantasea Shakespeare.

No obstante la singular significación del problema de

los valores, reconocida hoy sin discrepancia, cree Augusto Messer que hay en Alemania profesores de filosofía y autores de libros filosóficos que todavía no se han dado cuenta del alcance justo de la cuestión, y a corregir esta falla ha consagrado un libro suyo, al cual principalmente quiero referirme en las presentes líneas. Antes, sin embargo, de decir unas palabras sobre él, conviene fijar algunos puntos de referencia útiles para el estudio del problema.

Una de las primeras excitaciones a la consideración detenida de los valores proviene de Brentano. Su escrito, de pocas páginas, *El origen del conocimiento moral* (1889), que hoy puede leerse en castellano, es para un crítico autorizadísimo (Kraus) la más considerable producción de nuestro tiempo sobre el problema axiológico. En 1893 y 1894, publica Ehrenfels una serie de cinco artículos sobre la teoría del valor y la moral, y declara deber el germen de sus ideas, en lo relativo a la ética, a Meinong, discípulo, a su vez, de Brentano. Siguen sucesivamente diversas publicaciones de Meinong y Ehrenfels, larga controversia con correcciones parciales de las posiciones respectivas, cuyo resumen hallará el lector en un buen artículo introductivo de Ortega y Gasset, *¿Qué son los valores?* (*Revista de Occidente*, año I, N° IV). Un análisis puntual y minucioso de los diferentes momentos de la discusión, ofrece el libro de Orestano, *I valori umani* (1907), donde se encontrará además el examen de otras doctrinas del valor.

En un estudio reciente, que se consultará con provecho (1), se ensaya una clasificación sistemática de las principales doctrinas axiológicas. Los grupos establecidos son: El psicológico (Brentano, Meinong, Ehrenfels, Krueger),

(1) *Das Wesen des Wertes und seine Begründung*. Von Dr. W. G. Schuwerack. En *Philosophisches Jahrbuch der Goerres-Gesellschaft*, 39 Band, 4 Heft y 40 Band 1 Heft, 1926-7.

el lógico (Windelband, Rickert, Lask), el metafísico (Münsterberg, Eucken), el fenomenológico (Husserl, Scheler, v. Hildebrand).

En 1914 publicó Oskar Kraus su estudio titulado *Fundamentos de la teoría de los valores* (1), preciosa fuente de información de la cual no puede prescindir quien aborde seriamente el asunto, que comprende casi todo el movimiento de ideas habido hasta aquella fecha en torno al problema. A lo largo de sus cincuenta páginas, toma el autor en consideración cerca de doscientos libros y trabajos menores, prácticamente la literatura completa de la cuestión axiológica. Según Kraus, la diferencia capital entre las diversas doctrinas consiste en aceptar este o aquel concepto del valor como único admisible científicamente. Ahora que se proyecta continuar la publicación de los *Anales de Filosofía*, la magnífica serie donde apareció el escrito de Kraus, interrumpida en el segundo volumen, es de esperar se dedique otro estudio al desarrollo de la cuestión desde el punto donde quedó, con lo cual se tendría la historia completa del problema axiológico en la filosofía contemporánea.

Comienza Messer su libro (2) recordando el trabajo de Kraus; enuncia el propósito de no tomar en consideración, como hace aquél, toda o casi toda la bibliografía sobre el asunto, y de atenerse a las teorías más representativas y generales, cuya difusión estima conveniente para el progreso de la filosofía alemana. Entre las exigencias que justifican esta difusión, cuenta el desconocimiento de algunos resultados de las investigaciones axiológicas por parte

(1) *Die Grundlagen der Werttheorie*. Von Oskar Kraus. En *Jahrbücher der Philosophie*, Zweiter Jahrgang. Berlin, 1914.

(2) August Messer: *Deutsche Wertphilosophie der Gegenwart*. Reinicke. Leipzig, 1926.

de los mismos profesionales de la filosofía, como la distinción del problema del valor respecto al del ser, ambos mezclados confusamente en el pensamiento metafísico y teológico hasta los análisis de los tratadistas del valor.

Los representantes típicos elegidos por Messer son: Max Scheler, como creador de una doctrina del valor según el método fenomenológico instaurado por Husserl; Rickert, que en consonancia con su idealismo gnoseológico, elabora una teoría de los valores ajena a toda ontología; Hugo Münsterberg, que fundamenta metafísicamente su construcción axiológica, y William Stern, que reúne valor y realidad en una síntesis orientada en el sentido del realismo crítico.

Al final de su resumen, donde acredita de nuevo sus condiciones de excelente expositor, objetivo y fácil, agrega varias indicaciones de carácter crítico, no muchas. Veamos algunas de ellas.

Ante todo, destaca el valor fundamental del método fenomenológico para la filosofía de los valores, como, por lo demás, para toda filosofía y para las ciencias. La aclaración de conceptos, en que el método consiste, es conveniente desde el comienzo de toda investigación, e indispensable en filosofía, en cuya terminología reina una confusión babilónica. La aclaración conceptual es posible y deseable, porque tanto en la vida diaria como en el uso científico, el uso de las palabras es instintivo, sin conciencia clara del concepto correspondiente ni de sus notas. Aun concurre una circunstancia especial para aumentar la eficacia del procedimiento fenomenológico en el dominio de los valores: que el valor, como el ser, es indefinible, por tratarse de un concepto supremo en su escala, sin género próximo donde incluirlo. Utilísimo el método, no es infa-

lible, y se corre con él el riesgo de omitir alguna nota esencial y de tomar por esenciales, rasgos de índole individual.

No sólo en Scheler encuentra aplicado Messer el método fenomenológico. Su observación más curiosa es la reducción de los procedimientos de otros teóricos del valor a los métodos de la fenomenología. El método de Rickert coincide prácticamente con el fenomenológico, aunque no aparezca designado con este nombre; también Rickert, como Husserl y Scheler, parte de los hechos de experiencia, para elevarse desde ellos a lo sobreempírico, por un procedimiento semejante al de aquellos pensadores. Lo mismo llega Münsterberg, por la consideración fenomenológica de las "esencias", a conceptos apriorísticos o categorías, con los cuales construye y articula su sistema.

La estimación relativa y el rango de los valores es otro aspecto muy discutido del debate, al cual consagra Messer parágrafo aparte. Las filosofías del valor recogidas en el libro coinciden en atribuir validez objetiva a los valores— a los "espirituales" por lo menos—y en asignar a estos últimos preferencia sobre los valores sensibles, los que a su vez se ordenan entre ellos de acuerdo con una jerarquía. Pero no faltan en este terreno escépticos más o menos declarados. Una causa de tal escepticismo axiológico es la confusión entre la "validez objetiva" y la "validez general", entendiendo por validez general el ser reconocido como válido por todos los sujetos: cosas muy distintas, como es fácil de comprobar, porque en lo teórico hay, por ejemplo, proposiciones matemáticas de indudable validez objetiva, que sólo muy contadas personas son capaces de reconocer. Otro origen del escepticismo en los valores es no distinguir bien los conceptos de valor y de realidad, y otro aun, la manera errada como suele entenderse el reco-

nocimiento de la validez objetiva y del rango de los valores, dando por supuesto que han de poderse probar lógicamente, que son susceptibles de demostración, y si no, no existen.

Las anteriores referencias dan apenas idea del riquísimo contenido del libro de Messer y de las muchas resonancias que suscita en el ánimo del lector. Quien hoy quiera pensar filosóficamente—pensar según totalidad y según unidad—no puede dejar de lado el problema de los valores. Y no puede dejarlo de lado como problema autónomo, íntimamente relacionado con la historia y con la vida, y hormigueante de cuestiones parciales—ni tampoco al circunscribirse a los problemas de realidad, los cuales sólo pueden plantearse en toda su pureza descubriendo y apartando de ellos el contrabando axiológico, que denuncia Messer, por ejemplo, en Mach y en Bergson. El libro proporciona una excelente introducción en estas direcciones del pensamiento nuevo, y sirve a los fines de alta divulgación filosófica que persigue el ilustre profesor de Giessen, ocupado desde hace años en extender los resultados del trabajo filosófico y en aproximar la filosofía a la vida: *Filosofía y Vida* se intitula precisamente la original revista editada por él, donde ejerce una especie de dirección de conciencias y mantiene un continuo diálogo con el lector.



CARLOS A. LEUMANN

EL CENTURION
DE CAPERNAUM

*Centurión del César hostil,
armado de casco y escudo:
poca es tu parte en la Escritura,
y ni aun guardaron para el mundo
tu nombre los Evangelistas.*

*En sus libros pasas obscuro
y humilde. Tal vez no advirtieron
la flor divina de tu impulso
y la gracia de tu candor.*

*Jesús tu candor sin orgullo
alzó un día sobre Israel
y ya nada sabemos tuyo.*

*Buen centurión de Capernaum,
que pasaste humilde y obscuro:
yo no sé por qué tu destino
es aun mejor que el de los justos.*

*Te quedaste con el elogio
y el milagro. No cambió el rumbo
tu vida. Jesús no te dió
misión en el celeste anuncio,
ni privilegios de martirio
ni santo altar para el futuro.*

*Eras un hombre pecador,
con mando de soldados rudos;*

*en la gran iglesia de Cristo
 tu fe no dejó ningún surco.
 Tal vez no te fué necesario
 rendir a Dios asiduo culto,
 ni abrigar poder de milagros
 ni echar espíritus inmundos.
 Te juzgaste indigno de Dios.
 Pero mi alma te ve junto
 a la mujer que ungió a Jesús
 con aromas para el sepulcro
 en la casa del fariseo.
 Porque amaste como ella mucho
 y mucho te habrán perdonado.
 A flor sencilla se redujo
 tu fe de Cristo. Pero había
 en tu impureza un germen puro,
 como el buen árbol que Jesús
 reconocía por sus frutos.
 Eras mejor que los apóstoles,
 mejor que Pedro apóstol sumo,
 y que Juan el que Cristo amó.
 Ellos en angélico grupo
 iban con el Hijo de Dios,
 porfiando por asiento augusto
 y primacías en el Cielo.
 Centurión humilde y obscuro,
 ¿si por ti Jesús les diría
 los primeros serán los últimos?
 Vivías tu fe sin alardes.
 No suplicaste honor absurdo
 de caminar sobre las aguas,
 para luego gemir ¡me hundo!
 por miedo grave y fe fallida.*

*Tampoco hicieras el perjurio
 de San Pedro en la noche amarga
 de la traición y del insulto,
 y al Maestro en Getsemani
 no abandonarás por el susto
 del Sanhedrín y de Caifás.
 Y yo pienso meditabundo
 que si lo ungió la pecadora
 con lágrimas y nardo puro,
 la flor sencilla de tu fe
 también dió aroma en su sepulcro.*



NOTAS

CHARLES DE SOUSSENS

Fué como un viejo marino que pasara el final de sus días en el retiro conventual. A la manera de Verlaine, buscaría el reposo en las casas del dolor; y su sonrisa insinuadora de una noble esperanza saludaba cada mañana a los amigos que lo atendían.

No es el caso de hablar de su obra. Sus poemas desparramados que jamás pudo juntar en un libro, dicen a las claras todo el don rítmico que en él se guardaba. Tenía el don del canto y se expresaba como si transmitiera una antigua armonía. Los últimos años fueron tristes para él; vió desaparecer uno por uno todos los que fueron sus amigos. Y la soledad iba llegándole por todos los caminos con la dramática fatalidad del anochecer. Cuentan que Lope de Vega, cuando se paseaba por las calles de Madrid, era señalado a los extranjeros por la gente del pueblo, con estas palabras: "Ahí va nuestro Lope". De idéntica manera hemos oído a nuestro paso, cuando teníamos oportunidad de ir al lado del poeta: "Ahí va Soussens".

Llegó a nuestra ciudad en época histórica para la evolución cultural de América. Darío llegaba de Chile y hacía estremecer la tranquilidad de los buenos burgueses literarios con aquello "que la briza riza y el mar irisa", "el culto oculto y forestal". "Charles" pontificaba con su alegre primavera interior. Estaban allí todos los que el autor de *Cantos de vida y esperanza* nombra en la *Salutación de año nuevo*.

Cantó claras canciones melodiosas donde el deseo era suave como un vuelo en la tarde. Amaba la palabra oportuna que descubre un mundo con sólo nombrarlo; y en sus composiciones, sus ideas acerca del amor y de la vida parecían un paso de danza en un claro mediodía. Y cantaba a la apacible exaltación del que se

sabe poseedor de una antigua sabiduría. Y en el ritmo de sus palabras concertadas había un estremecimiento de la armonía total.

Ecoutez la chanson bien douce
 Qui ne pleure que pour vous plaire.
 Elle est discrète, elle est légère :
 Un frisson d'eau sur la mousse.

Con este cuarto del Verlaine de *Sagesse* quisiéramos sintetizar el espíritu expresivo de Soussens. Si hay individualidades con qué comparar en calidad de vida la de este poeta, habrá que ir a buscarlas en las viejas literaturas, sobre todo en la francesa: Villon, Aloysius, Bertrand y el propio Verlaine. Vidas simples si las hay en la grandeza de su propia angustia, vidas llenas de tristeza, de dulzura y dolor que producen el milagro de dar belleza allí donde la vida ha puesto angustia, ha puesto dolor.

Parecía un viejo dios que hubiera olvidado su nombre; parecía un dios que alguna antigua mitología olvidara en una presurosa retirada hacia la historia. Era un emperador en la decadencia que paseara por el mundo su augusta tristeza añorando los vasallos felices y los palacios que la tarde, orfebre cósmico, doraba en sus torres.

Amó la vida y supo del deleite de la palabra armoniosa. Había en él una perpetua esperanza de belleza, que le hacía aparecer siempre joven. Es lo que se advierte en todos sus poemas musicales sencillos.

Habría que despedirlo con el *Responso a Verlaine*, de Darío:

Padre y maestro mágico,
 Iiróforo celeste
 que al instrumento mágico
 y a la siringa agreste
 diste tu acento encantador.
 Que púberes canéforas te ofrenden el acanto.

Pablo Rojas Paz.

BIBLIOGRAFIA

La independencia argentina, por E. M. BRACKENRIDGE, escud.
 Prólogo y traducción de CARLOS A. ALDAO.

La "Editorial América Latina" acaba de publicar otros dos volúmenes, que vienen a formar los segundo y tercero de su "Biblioteca de estudios históricos".

El primer tomo correspondiente a dicha serie, fué destinado a *Dorrego y el federalismo argentino*, sobre el cual no me detendré y sólo diré que, fuera de algunos pocos documentos, no contiene mayor novedad para los especialistas.

El segundo y el tercero, recientemente aparecidos, están dedicados a la traducción de Carlos A. Aldao, del *Voyage to South America, performed by order of the American government in the years 1817 and 1818, in the frigate Congress*, by H. M. Brackenridge, esq. A la traducción se le ha agregado una advertencia y un prólogo del traductor, los cuales serán motivo de nuestro comentario.

El señor Aldao es conocido en la literatura histórica argentina como traductor de siete obras de viajeros ingleses que como marineros o comerciantes—como él exactamente señala—visitaron estas comarcas americanas, dejaron sus impresiones registradas en los diarios de viajes, informes, etc., que luego publicaron. Confieso que la labor del traductor citado es meritoria, pues ha hecho que fuentes importantes pudieran llegar a ser accesibles a aquellos que desconocen el idioma inglés. Sin embargo, no podemos menos que señalar que su obra hubiera merecido toda suerte de elogios, si sus traducciones hubieran sido más cuidadas. Es por ello que hasta hoy ellas podían ser consideradas simplemente como una vulgarización de los viajeros ingleses, pero no podían ser empleadas como fuentes en trabajos serios de investigación.

La primera obra que tradujo, según entendemos, fué la de J. P. y W. P. Robertson, *Letters on Paraguay*, que fué publicada trunca en 1916, en la "Biblioteca de La Nación", en su volumen 690, con el título *La Argentina en los primeros años de su revolución*, y en forma completa en 1920, en la de "La cultura argentina", con el título esta vez más amplio *La Argentina, en la época de la revolución* y adjuntándole la traducción del primitivo: *Cartas sobre el Paraguay: comprendiendo la relación de una residencia de cuatro años en esa República, bajo el gobierno del dictador Francia* (*). A esta segunda edición el señor Aldao le agregó seis cartas del tomo III de la obra original, que viene más bien a constituir una continuación de los dos primeros; pero lo grave ha sido que las cartas de esta continuación, como la II, la hace figurar como la L, la V como la LI, la VI como la LII, la VII como la LIII, la VIII como la LIV, la IX como la LV, es decir, como si formaran parte de los dos tomos anteriores, pues el Apéndice con que finaliza el tomo traducido constituyó el término del último de aquéllos (**). Es decir, que lo que se añadió de la continuación (tomo III) de la obra, se introdujo entre los tomos anteriores (***)).

La segunda obra, que vertió el señor Aldao al castellano, fué el *Extracto de un diario escrito en las costas de Chile, Perú y México*,

(*) El verdadero título de la obra es el siguiente: *Letters on Paraguay: | comprising | and account of a four years' residence in | that Republic, | unde the government of the dictator Francia. |* (Entre dos filetes las dos líneas siguientes:) *| by J. P. and W. P. Robertson. | in two volumes. | Vol. I. | London: | John Murray, Albemarle Street. |* (Filete) 1838. I: XVII + [1] + 359 páginas y un plano del Paraguay y el litoral argentino; II: X + 342 páginas y una lámina con el procedimiento de la preparación de la yerba.

(**) El título de esta continuación es el siguiente: *Francia's reign of terror, | being the continuation of | Letters on Paraguay. | by | J. P. and W. P. Robertson. |* (Filete) *in three volumes. | Vol. III. | London: | John Murray, Albemarle Street. |* (Filete) 1839. XVI + 400 + 4 páginas.

(***) Como es sabido, los hermanos Robertson son autores de otra obra conocida: *Letters | on | South America; | comprising | travels on the banks of the Paraná and Río de la Plata. | by | J. P. and W. P. Robertson, | authors of "Letters on Paraguay" and "Francia's reign." | in three volumes. | Vol. I. | London: | John Murray, Albemarle Street. |* (Filete) 1843. I: XI + XI + IV + 320 páginas; II: XI + uno + 300 páginas; III: VII + uno + 345 páginas. Esta obra fué traducida por Ricardo Pillado y publicada en *La Prensa*, a partir de septiembre de 1922, según entendemos.

en los años 1820, 1821, 1822, por el capitán Basilio Hall, que el traductor denominó *El general San Martín en el Perú* y publicó en 1917 en el volumen 771 de la "Biblioteca de La Nación" y luego en la de "La cultura argentina". He de señalar que la edición que conozco de la obra de Hall, no es la misma que sirvió al señor Aldao, para efectuar su trabajo, pero he podido apreciar, que el título de la edición original, era el que verdaderamente correspondía, y en cambio el impuesto a la nueva versión, un tanto aventurado; pues la verdad es que la visita a Tepic, la residencia en San Blas y la vuelta a Río de Janeiro por el Cabo de Hornos, poco tenían que hacer con la personalidad de San Martín (*).

La tercera obra que fué objeto de la traducción, del señor Aldao, fué la de Samuel Haigh, intitulada *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, cuya versión, que es también un tanto incompleta, fué publicada en 1918 en la "Biblioteca de La Nación" en su volumen 788 y más tarde reproducida en la de "La cultura argentina" (**).

La cuarta obra, que interesó a nuestro traductor, fué la escrita por el capitán Francisco Bond Head, cuya versión castellana fué publicada en 1918, en el volumen 807 de la "Biblioteca de La Nación" con el título de *Las Pampas y los Andes*, y también reproducida más tarde en "La cultura argentina" (**).

(*) La edición de la obra que conozco, es la siguiente: *Extracts | from | a journal | written | on the coasts of | Chili, Perú, and Mexico, | in the years | 1820, 1821, 1822, | by | Captain Basil Hall, | Royal Navy. | in two volumes, | Vol. I. |* (Entre dos filetes) *Fourth edition. | Edinburgh: | Printed for Archibald Constable and Co., Edinburgh; | and Hurst, Robinson and Co. London. |* (Filete) 1825. I: XX + 379 páginas y un mapa; II: XII + 320 + 80 páginas.

(**) La segunda edición fué la que sirvió para la traducción citada: *Sketches | of | Buenos Aires, Chile, | and Perú. |* (Entre filetes:) *by Samuel Haigh, Esq. | London: Effingham Wilson, | Royal Exchange. | 1831. X + 434 páginas y un plano. A ésta se le suprimió el largo prefacio de la primera edición: Sketches | of | Buenos Aires | and | Chile |* (Entre filetes:) *by Samuel Haigh. | London: | James Carpenter and Son, | Old Bond Street. | 1829. XVIII + [1 de erratas] + una + 316 páginas y un plano. Como podrá apreciarse, ésta carece de la parte referente al Perú, quedando interrumpida en el capítulo XIII. Según entendemos, la última edición de esta obra se publicó en Londres en 1877. De la parte referente a la batalla de Maipú se publicaron varias traducciones en *El Tiempo* y por el Club de Gimnasia y Esgrima, en un folleto, en 1910.*

(***) Su título verdadero es el siguiente: *Rough notes | taken during | some rapid journeys | across | The Pampas | and among | The Andes, | by Captain T. B. Head. | London. | 1826. XII + 321 páginas.*

Como se habrá podido apreciar, el señor Aldao emprendió su obra sin ningún plan, por lo tanto no debe parecer extraño que a medida que la fuera desarrollando, fuera también adquiriendo gradualmente un conocimiento exacto de los viajeros, que desconocía, al parecer, cuando comenzó su tarea, lo que se revela en las introducciones y prefacios de sus publicaciones en la "Biblioteca de *La Nación*", en las cuales no he podido apreciar ninguna cita de una obra que próximamente traduciría (*). Así en la de los Robertson, menta sólo a los hermanos; en la de Hall, a aquéllos y a éste, sosteniendo que con la última pensaba complementar la tarea efectuada con el anterior volumen. En la de Haigh dice: "No olvidando las Memorias del general Miller, creo que el libro de Haigh, unido a los de Robertson y Hall, antes ofrecidos a la Biblioteca de *La Nación* para su publicación, constituyen las tres obras más notables de la literatura inglesa referentes a nuestra historia nacional". Sólo en el prólogo de la Head adelanta el nombre de Andrews—cuya obra vertiría más adelante al castellano—y el de Miers, pero no nombra para nada a Proctor, de quien poco después se ocuparía.

Efectivamente, la quinta obra que el señor Aldao vertió al castellano fué la de Roberto Proctor, que publicó en 1919, en el volumen N° 830 de la "Biblioteca de *La Nación*" y luego en "La cultura argentina", entendiendo que con ella se cerraba cierto ciclo de obras de autores ingleses, opinión que francamente no podemos compartir, pues la bibliografía de los mismos es mucho más numerosa de lo que pudieran pretender algunos. Dice nuestro traductor, aunque sin jactancia: "Con la presente termino la traducción de obras inglesas que contienen narraciones de nuestro país y de las modalidades de su estado social, desde 1806, en que llegó el mayor de los Robertson, seguido por Hall, Haigh y Head, hasta este libro complementario del ciclo de la Revolución, tanto en la vida interior como en las últimas fulguraciones de nuestra expansión continental. He de agregar solamente que me he decidido a afrontar esta tarea la consideración de que, aunque mister Proctor no conoció sino fugazmente al general San Martín, retirado en Mendoza, sin embargo, del juicio sugerido por su trato personal y de los recuerdos consignados inci-

(*) Las citas variadas de Miller no tienen mayor importancia, ya que las *Memoirs* de éste fueron "traducidas al español, de la 2ª edición inglesa, por el general Torrijos".

dentalmente en la obra, surge la figura noble y austera del Libertador [*sic*] tal como la conciben los argentinos (*).

Al año siguiente, en 1920, apareció en "La cultura argentina" su sexta traducción, dedicada al viaje de Andrews, por crearla complementaria — según dice en la advertencia — de las "debidadas a las plumas de Robertson, Hall, Haigh, Head y Proctor, en cuanto completan la descripción de todo el territorio argentino en años tan interesantes para la mejor comprensión de nuestra historia. Todas podrían caer bajo el título de *Cómo nos han visto los ingleses durante la Revolución*" (**). Se publicó con el título: *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica, en los años 1852 y 1856* (***) .

(*) El título de la obra de Proctor es el siguiente: *Narrative of a journey | across the | Cordillera of the Andes. | and of a | residence in Lima. | and other parts of the Perú, | in the years 1823 and 1824 | by Robert Proctor, esq. | London: | printed for | Archibald Constable and Co. | Edinburgh: | and Hurst, Robinson, and Co. | London. | (Filete) 1825. | XX + 374 páginas y 1 lámina.*

(**) Como se habrá podido observar, me asistían toda clase de razones cuando aseguraba anteriormente que el señor Aldao desconocía a los viajeros, con anterioridad a sus traducciones.

(***) Pero su título exacto es: *Journey | from Buenos Aires, | through the provinces of Córdoba, Tucumán, and Salta, to Potosí, | thence | by the Deserts of Caranga to Arica, | and subsequently, | to Santiago de Chili and Coquimbo, | Undertaken on behalf of the | Chilian and Peruvian Mining Association. I In the years 1825-26. | (Entre dos filetes las dos líneas siguientes:) by Captain Andrews, | Late commander of H.C.S. Windham. | In two volumes. Vol. I (filete) London: | John Murray, Albemarle Street | (Pequeño filete) 1827. I: XXXII + 312 páginas; II: VII + 321 páginas. "La cultura argentina" publicó también la traducción de la obra de Antonio King, con el título: *Veinte años en la República Argentina, que abarcan las aventuras personales del autor, la historia civil y militar del país y una relación de sus condiciones políticas antes y durante la administración del gobernador Rosas; su conducta política, las causas y carácter de su intervención con el gobierno de Montevideo y las circunstancias que motivaron la interposición de Inglaterra y Francia.* Su verdadero título en inglés es: *Twenty-four years | in the | Argentine Republic; | embracing the | Author's personal adventures, | with the | Civil and Military History of the country | and an account of its political condition, before | and during the administration of | Governor Rosas; | his course of policy; the causes and character of his | interference with the government of Monte Video, and the | circumstances which led to the interposition of | England and France. (Filete) | Col. J. Anthony King, an officer in the Army of the Republic, and twenty-four years a resident in the Country. | (Filete) London: | Printed for | Longman, Brown, Green, and Longman, | Paternoster Row. (Filete) 1846. XII + 442 páginas.**

La última versión, que apareció en "La cultura argentina", fué la dedicada a la obra de Alejandro Gillespie, con el título: *Buenos Aires y el interior, observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806 y 1807, con relación preliminar de la expedición desde Inglaterra hasta la rendición del Cabo de Buena Esperanza, bajo el mando conjunto de Sir David Baird, C.C.B. y Sir Home Pophan, C.C.B.* El señor Aldao sostiene, que el objetivo que lo llevó para reanudar su tarea, fué la circunstancia de haber sido publicado el libro de Gillespie, en 1818, y en esta forma su texto no pudo ser influenciado "por sucesos o consideraciones posteriores a la época de que trata, a la vez que se refiere a acontecimientos que aunque incidentalmente aludidos por algunos de los autores arriba nombrados, no lo son con la autoridad de un actor y testigo presencial" (*).

Años más tarde publicó en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (**) una pequeña parte de la obra de Mawe, con el nombre de *Estado de la revolución argentina en 1812* (***). Y finalmente llegamos a la obra de Brackenridge, motivo de nuestra nota.

Como se ha visto, hasta hoy las obras traducidas por el señor Aldao fueron apareciendo en bibliotecas populares como las de

(*) *Gleanings and remarks: | collected | during many months of residence | at Buenos Ayres, | and | within the upper country; | with a | prefatory account | of the | Expedition from England, | until the | surrender of the Colony of the Cape of Good Hope, under the joint command of | sir D. Baird, G.C.B., K.C. and sir Home Popham, K.C.B.* (Entre filetes las dos líneas siguientes:) *By mayor Alexander Gillespie, Now upon the Full-Pay retired List of the Royal Marines. I Illustrated with a map of South America, and a chart of Rio de la Plata, with pilotage | directions. | (Filete) Leeds. | Printed by B. Dewhurst for the author: | sold by J. W. Whiteley, 108, Newgate-Street, London; | Robinson, Son, & Holdsworth: and Hardcastle, Leeds. | (Filete) 1818. [1] + uno + II + 242 páginas.* Como es sabido, de esta obra se publicó una versión castellana, hace años, en la *Revista Nacional*, XII (Tercera serie, II), 3 y siguientes.

(**) LXXVI. 169-192.

(***) El título original de esta obra es el siguiente: *Travels | in the | interior of Brasil, | particularly in the | Gold and Diamond districts | of that country. by authority of the Prince Regent of Portugal: including | a voyage to the Rio de la Plata | And an historical sketch of the revolution of Buenos Aires. | Illustrated with engravings. | (Entre dobles filetes las dos líneas siguientes:) | By John Mawe, | Author of "The mineralogy of Derbyshire". | London: Printed for Longman, Hurst, Rees | Orme, and Brown, | Paternoster-Row. | 1812. VII + una + 366 + 2 páginas y 9 láminas.*

La Nación y "La cultura argentina" (*). Pero ahora observamos, que sus traducciones comienzan a aparecer en una "Biblioteca de Estudios Históricos" publicada por una editorial que anuncia propósitos serios, como los de "Formar series de bibliotecas de cultura científica, artística y literaria, destinadas a difundir entre los pueblos de Sud América las producciones del pasado y del presente, de autores de notoria reputación". Cabe, por lo tanto, juzgar a la nueva publicación con criterio especialista, teniendo en cuenta todos los cánones que deben guardarse, conjuntamente con la meticulosidad y justeza que debe campea en todo lo que va a servir de instrumental al historiador.

La traducción que comentamos está tomada de una segunda edición de la obra, publicada en 1820, pero de la editada por T. y J. Allman, pues como es sabido, en ese mismo año y en el mismo Londres, John Miller la editó también. Todo esto lo hace constar el señor Aldao en su prólogo (**). En las dos portadas interiores

(*) Con excepción de la pequeña traducción de Mawe, en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, y que ya hemos citado.

(**) La portada del primer tomo de esta segunda edición es la siguiente: *Voyage | to South America, | performed | by order of the American government | in the years 1817 and 1818, | in the Frigate Congress. | (Entre dos filetes las dos líneas siguientes:) | By H. M. Brackenridge, esq. | Secretary to the Mission. | In two volumes. | Vol. I. | (Filete) London: | Printed for T. and J. Allman, | Prince's Street, Hanwer Square; | and Lackington, Hughes, Harding, Mayor, and Jones, | Tuesbury-Square | (Filete) 1820. | I: XVI + 331 + 40 páginas; II: [1] + una + [1] + una + 317 páginas.* La edición del mismo año de Miller lleva la siguiente portada: *Voyage | to | South America, | performed | by order of the American Government | in the years 1817 and 1818, | in the | Frigate Congress. | (Entre dos bigotes las dos líneas siguientes:) | By H. M. Brackenridge, esq. | Secretary to the mission. | in two volumes. | Vol. I. (Doble filete) London: | Printed for John Miller, Burlington Arcade. | (Pequeño filete) 1820. I: XVI + 331 + una + 40 páginas; II: [1] + una + [1] + una + 317 páginas.* La edición abreviada de un solo tomo, que, al parecer, es más bien una selección, lleva la siguiente portada: *Voyage | to | Buenos Aires, | performed | in the years 1817 and 1818, | by order of the American government, | By H. M. Brackenridge, esq., | Secretary to the mission. | London: | printed for Sir Richard Phillips and Co. | Bride ... páginas.* La portada de la primera edición es la siguiente: *Voyage | to South America, | performed | by order of the American Government, | in the years 1817 and 1818, in the | Frigate Congress. | (Entre filetes) | By H. M. Brackenridge, esq. | Secretary to the Mission | (Se transcribe un párrafo de Jefferson's Notes on Virginia).*

de los dos volúmenes que comprende la traducción, se ha confundido la inicial T. de uno de los impresores, por una F.

Conocíamos ya parte de la versión, por haberla su traductor publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, con el título de *Artigas y Carrera* (*). Posiblemente chocarán a los lectores estos cambios de títulos, aquel sobre dos personajes del escenario platense, la traducción completa: *La independencia argentina*, y la obra original: *Voyage to South America*. Francamente, a mí también me ha extrañado semejante adulteración, sobre todo cuando a la portada exterior de la versión completa no se le ha agregado el verdadero título de la obra. Para disculpar el remedo, el traductor declara lo siguiente: "Aquí debo manifestar que he agregado como título principal, *La Independencia Argentina*, conservando en segundo término el de la obra original, porque creo que para los lectores argentinos resume mejor su contenido que presentándola como

(Filete) in two volumes. | Vol. I (Filete) Baltimore: | Published by Cushing and Jewett. | No. 6, North Howard Street. | John D. Toy, Printer. | 1819. | I: XV + una + 351 páginas; II: 381 páginas. Conocemos también una edición alemana en dos tomos, publicada en Leipzig en 1821; por Joachim Gofchen.

(*) *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, VI, I, 1. En aquella ocasión el señor Aldao publicó sólo la traducción de parte de la obra, como hemos dicho; es decir, lo que damos a continuación: Prefacio, introducción, los capítulos I, II, III, IV, del primer volumen; parte del capítulo III, del volumen segundo, comenzando en la página 130 del original, y los capítulos V y VI, siempre del segundo. No puedo menos que censurar la forma tan poco seria de dar trunco un capítulo y hacerlo aparecer como uno entero, sin señalar siquiera el corte con una nota o con una línea de puntos suspensivos, como es de rigor en tales casos. De lamentar es ello en grado mayor, tratándose del órgano de nuestra casa de estudios más seria del país, en el cual publican trabajos sus diferentes escuelas y que, circulando por todo el mundo, puede llegar a dar una impresión poco grata. No puedo menos, también, que criticar la forma de presentación del citado número, al cual ni siquiera se le ha colocado una falsa carátula, separando la enunciación del título general de la revista del trabajo del señor Aldao; en esta forma, parecería que el citado número de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* estuviera dedicado a "Sir (sic) Jaime Mackintosh". Y ya que a la dedicatoria me he referido, no me explicó por qué no se ha traducido la palabra "sir" y en cambio sí el nombre de pila, "Jaime"; en esta ligereza se ha reincidido en la edición de la "Editorial de la América Unida". Además, el sumario colocado en la cubierta o portada exterior, se ha redactado en forma tal que parecería que el señor Aldao "hubiera efectuado un viaje por orden del gobierno americano", o que el predicho "Viaje a América" fuera una cosa completamente distinta a

un viaje a América del Sur" (*). Aparte de que nadie, según mi parecer, tiene derecho a cambiar el título de una obra, una tergiversación semejante puede producir confusiones con posterioridad en los anuncios de la obra y lectores poco avisados pueden llegar a suponer que la edición que comentamos constituye otra obra que su original inglés. Además, puede afirmarse que el título que le señaló su autor encuadra mejor en la obra que el que le motejó su traductor, ya que existen capítulos y partes del libro que nada tienen que hacer con la independencia argentina, como podría indicar en forma somera lo siguiente, que en definitiva no es más que el contenido de los capítulos I y II: "Viaje de Norfolk a Río de Janeiro; descripción de Río; coronación; descripción general del Brasil. II, Partida de Río; Isla de Flores; arribo a Montevideo."

También podría referirme a otras escenas de costumbres, que efectivamente se encuentran mejor involucradas en un libro de viaje que en otro que lleve el título que se le ha impuesto.

El señor Aldao hace preceder su traducción de una "Advertencia", en la cual nos refiere cómo el azar hizo que se tornara en traductor de varios volúmenes en inglés, "de interés para los argentinos". Más adelante, se convierte en el descubridor de los viajeros y con aire de protección declara: "todos estos libros—me—han hecho comprender que, para el estudio de nuestra historia, había otro tesoro (las obras por—el—traducidas) encerrado en la caja de cristal opaco de modo que su contenido fué solamente entrevisto por los historiadores patrios, desde que el idioma inglés no les permite su lectura con atención y de corrido. He ido a la Biblioteca Mitre para consultar la obra de Brackenridge y allí no existe más que la edición abreviada en un tomo y, si López la cita con elogio, no parece haberla conocido a fondo, ni tampoco está en la biblioteca que fué suya" (**). No podemos menos que indicar al señor Aldao que, no obstante no poseer de una manera tan amplia y ágil la lengua

Artigas y Carrera. He aquí el sumario: "Artigas o Carrera, por Enrique M. Brackenridge. Traducción y prólogo de Carlos A. Aldao. Viaje a América del Sur hecho por orden del gobierno americano en los años 1817 y 1818".

(*) Cfr. 19.

(**) No llego a comprender por qué será, pero todas las personas que he oído que usan o escriben las palabras raras de "tesoros", "joyas" o "alhajas", para apreciar la excelencia de algunos conjuntos documentales o bibliográficos, no tenían un buen conocimiento de lo histórico.

de Shakespeare, de la cual parecería que él ejerce un monopolio exclusivo, en nuestro país poseemos un ejemplar de Brackenridge, y en el Instituto de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras, existen tres ediciones distintas. Recordámosle, también, que en el *Plan de investigaciones y publicaciones históricas* editado allá en el año 1915 por la Sección de Historia de la nombrada facultad, hoy Instituto de Investigaciones Históricas, decía en aquella oportunidad su antiguo director, el doctor Luis María Torres: "Sin apartarnos de los hechos propiamente históricos, que reconstruimos a la vista de testimonios homogéneos, hemos pensado en la conveniencia de desarrollar varios de los temas, incluyendo otra categoría de datos, que deben ser estimados por pertenecer a testigos ocasionales que han trasuntado el aspecto más interesante de la realidad: la vida interna de las ciudades y campañas del virreinato. Nos referimos a las relaciones de algunos viajeros y cronistas ingleses del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, que visitaron o describieron los países del Río de la Plata, dejándonos libros curiosos, singularmente demostrativos, que forman parte principal de nuestras más importantes bibliotecas americanas" (*). Como se habrá podido observar, el estudio de los viajeros e interés por los mismos se remonta a bastantes años atrás, y si revisamos los catálogos de venta de las antiguas bibliotecas de Franciso P. Moreno y Andrés Lamas, nos encontramos con series notables, por lo completas.

No podemos juzgar al señor Aldao como a un especialista, él tampoco lo quiere, temiendo que sus dislates alarmen a los trabajadores serios; por eso dice que no es "precisamente un estudio de la historia (ni de nada)"; pero por lo menos podemos tomarlo, aunque más no sea, por un aficionado o simplemente un cultivador de la historia. De otra manera no se explicaría cómo una "Biblioteca de Estudios Históricos" que pretende ser seria hubiera dado cabida a juicios falaces zurcidos por medio de superficiales análisis, de los hechos históricos.

El señor Aldao, por lo que hemos podido apreciar, se halla impregnado del patriotismo que sofocaba a los historiadores de la antigua escuela histórica, es decir, de la historia sin crítica, a la que pertenecieron y pertenecen aquellos que no hablan más que de "las

(*) Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la historia argentina*, I.

figuras de nuestros próceres" y creen que los hechos históricos son productos de clarinadas o redobles de tambores con olor a pólvora, orientación falaz, pernicioso y perjudicial que infeccionó el campo de los estudios históricos en nuestro país y que acorralada en los viejos bufetes, muéstrase aún orgullosa en las vitrinas del Museo Histórico Nacional; amalgama de cosas raras y mal dispuestas, que más bien dan la impresión de un arsenal o ropería que de una institución que debe presentar en forma metódica los objetos.

Podría señalar algunas contradicciones que he encontrado en diferentes partes de su advertencia y prólogo; pero creo que con lo que antecede le basta al lector para darse cuenta de la labor del señor Aldao, de quien conviene también transcribir un juicio con el objeto de apreciar si se debió tolerar su inserción en una "Biblioteca de Estudios Históricos" y comprobar la miopía aguda de su autor en la manera de interpretar el pasado. He aquí lo que ha escrito el señor Aldao: "Bastaría su lectura—se refiere a la introducción de Brackenridge—para demostrar la inutilidad de los trabajos de investigación que se hacen en archivos europeos ya vistos y revistos, de que nada nuevo puede sacarse a no ser una genealogía oriental que presente a la nación como el Buda contemplando el propio ombligo, en vez de con la mirada en alto y encauzando su vida en el rumbo de una civilización superior. No tenemos para qué volver hacia un pasado de que la nación argentina es un desprendimiento sin regresión, como los constituyentes lo barruntaron, cuando entre lo mucho confuso, contradictorio, inocuo e inoficioso de nuestra carta fundamental, prescribieron (art. 24) que el Congreso "promovería la reforma de la actual legislación en todos sus ramos". Como puede apreciarse, esta exteriorización no merece mayor comentario y discusión por ser simplemente el balbuceo de una persona que no entiende el asunto que trata. Lo podrán comprender mejor aun los que hacen la vida diaria de la investigación y conocen las deficiencias de los medios de que se dispone para indagar sobre el hecho más simple, por la falta de conocimiento de los archivos, no sólo del país sino también del extranjero.

En lo que respecta a la traducción del señor Aldao, podemos decir que si no es excelente por lo menos es discreta; sin embargo, para dar una opinión definitiva sobre el asunto sería necesario hacer una prolija confrontación con el original. No obstante, creemos en

la necesidad de los textos apareados para que las traducciones puedan ser empleadas por los investigadores; es decir, semejantes a las publicadas por el Instituto de Investigaciones Históricas. — *Juan Canter*.

Antiguos cantos populares argentinos, JUAN ALFONSO CARRIZO. Buenos Aires, Silla Hnos., Montes de Oca 821. 1926, 4^o 260 páginas.

Después de bastantes "interpretaciones" de la poesía gauchesca, basadas en la sola dialéctica de los autores, no podemos menos de afirmar, ante este trabajo del señor Carrizo, que se trata de un libro bueno. Copiosamente—aunque su clasificación es bastante confusa—transcribe documentos de poesía, abonados con abundante documentación bibliográfica; y aunque acaso hubiera ganado con la publicación de más textos inéditos—la mayoría de las coplas han sido ya impresas en cancioneros anteriores—es una obra de valor. Sobre todo en la parte relativa a corridos y romances, ella será, en nuestro país, el punto de partida en cuanto a contribución y rectificación de textos. La parte de coplas es de menor utilidad, por esa circunstancia de estar ya publicado casi todo su material. No faltará quien, con evidente mala fe, enrostre al señor Carrizo el tranquilo aprovechamiento de copleros anteriores al suyo; y decimos: con mala fe, porque no tenemos causa alguna para no creer que el autor haya recogido sus coplas en Catamarca, como lo asegura. Es, en fin, un libro construido honradamente y con un justísimo criterio documental; contribuyen a establecer la historia de cada texto: la bibliografía extranjera que se le refiere y las leyendas que precedieron a su creación; antecedentes literarios e históricos de suma importancia. Y todo, hecho con precisión de fechas y minuciosidad de datos, contribuye a dar a este cancionero catamarqueño innegable valor.

Así, con este elogio, hubiéramos concluido la reseña bibliográfica de este libro; pues no quisimos ver, de propósito y por tratarse de algo que no afecta al trabajo de la recopilación, que es aquí el importante, no quisimos ver esa "confusión permanente entre lo popular y lo tradicional", que en su libro alguno de sus críticos le

ha recordado. Pero en una reciente y extensa monografía (*), el señor Carrizo ha creído oportuno aumentar a un centenar la decena de páginas consagradas al estudio de la poesía gauchesca y pseudo gauchesca. Y como aquella confusión—que más es deseo de encontrar una tesis novedosa—confirma en las nuevas páginas afirmaciones antojadizas, por ello resolvimos unir en esta nota los dos trabajos que el autor, por otra parte, ha querido poner en estrecha dependencia.

Trata de sostener el señor Carrizo que no son poesía popular los poemas gauchescos, eligiendo al *Martín Fierro* como su tipo representativo, y que solamente el cancionero gauchesco es poesía popular. Pone (pág. 244) las condiciones de tal poesía: impersonalidad del autor y conservación por tradición oral; y nos dice: "*Martín Fierro* tiene un autor suficientemente conocido y cuya biografía corre escrita en todas las ediciones del poema" (pág. 287), y en seguida: "El poema no es anónimo y no fué conservado por la tradición oral" (pág. 287). En cuanto a lo primero, ni una sola vez podría recordarse a Hernández en el poema, y hasta se ha dado con él, el caso inverso de ser conocido, impersonalmente, con el nombre de su protagonista. Anónimo, en el sentido usado en las gestas literarias, significa más bien impersonalidad de obra que desconocimiento material de autor; y esto se cumple en *Martín Fierro*. En cuanto a lo segundo, el mismo señor Carrizo, con perfecto buen criterio por otra parte, se encarga de afirmarnos su falsedad: "No cabe la menor duda de que los romances de que hablamos se divulgaron en el Nuevo Mundo por vía oral: basta saber que el *Martín Fierro*, que es nuestro, tan interesante y tan querido por el pueblo, no se divulgó en la República sino oralmente, pese a los miles y miles de ejemplares publicados desde 1872 hasta nuestros días" (pág. 272). De esta manera poco convincente—basada en inexactitudes y contradicciones—niega al *Martín Fierro* su posición dentro de la literatura gauchesca. Después se afirma sin oportunidad en el lenguaje del poema: "Muchas veces Hernández se traiciona a sí mismo, porque no puede olvidar que

(*) JUAN ALFONSO CARRIZO, *Nuestra poesía popular*, en *Humanidades*, XV, 241-342. La Plata, 1927.

él es un poeta culto y nos presenta versos en habla culta, a la par de otros que imitan el léxico artificial llamado gauchesco" (página 290). Si se estudia el asunto con buena fe, no se halla tal traición. Hernández no tuvo, simplemente, la intuición de que su poema—documento de poesía y documento de costumbres—habría de servir también como documento de idioma, y por ello descuidó la ortografía y la fonética. "Léanse—nos ha dicho antes (pág. 289)—los centenares de canciones populares que yo cito en mi *Cancionero de Catamarca* y señálense las irregularidades fonéticas en que incurre el pueblo al hablar el castellano, y se verá que el pueblo no estropea tanto el idioma como el autor del *Martín Fierro*, y eso que Hernández es el que ha asimilado mejor el habla popular". Esta prueba sólo demuestra que las transcripciones de su *Cancionero* son hechas sin fidelidad, con una preocupación culta... Nos permitimos recordarle al señor Carrizo que en el *Martín Fierro* no hay una sola forma gramatical o sintáctica que no sea explicable perfectamente como fenómeno popular. Desearíamos nos mostrara una sola forma arbitraria, y ello puede comprobarlo en la edición crítica del señor Eleuterio F. Tiscornia, que cita y elogia, aunque en los *Cantos populares* (pág. 22) nos haya denunciado con irrespetuosa alusión: "Hasta han habido algunos estudiosos que, llevados por un falso patriotismo, han querido estudiar la histología de esas flores artificiales, han hablado de la gramática de los poemas gauchescos como si se tratara de la gramática del poema de Mío Cid". Por otra parte, ¿cómo lo convenceremos de cambios en el idioma, si nos dice que los participios en *au* o *ao* no son fenómeno popular! (pág. 21 del *Cancionero*).

Pero este criterio para juzgar como a los romances primitivos a un poema "aparecido en 1872" (pág. 285)—"1874, fecha de aparición del poema", nos dice más tarde (pág. 286), mostrando visible influencia del doctor Ricardo Rojas—, este criterio nos lleva a descubrir la causa de todas estas afirmaciones, y ellas no son sino dos prejuicios, de posición literaria hispánica y de posición religiosa católica. Por ello llama "milagro de la civilización americana" (pág. 245) a "la hecatombe de toda la cultura indígena" (ibid.) Felizmente, que con sinceridad nos lo explica: "creo haber

recogido suficiente material en la tradición poética popular para poder decir que he tocado con la mano los retoños de la poesía popular española vivientes en los pueblos nativos de mi provincia. Lo que no he podido averiguar todavía, como digo, y supongo ha de ser harto difícil, es saber cuál es lo indígena, de una manera precisa" (pág. 247). Y, para valorizar su estudio, se nos llega a presentar en actitud omnipotente, afirmándose que es "tarea francamente imposible la de desentrañar del alma argentina los rastros de la cultura española e indígena" (pág. 245), aunque después, por su inclinación a contradecirse, reduzca la exagerada imposibilidad a una dificultad discreta (pág. 248). Y se inclina a la civilización hispánica en América, pero no logramos saber con qué fundamento. Suponemos no será el de la cultura, aunque él nos diga: "las ciudades que fundaban los colonizadores a lo largo de la ruta de los conquistadores, como avanzadas de la civilización que se iniciaba, eran centros de cultura" (pág. 245), porque en páginas siguientes, acaso con más madura reflexión, se opone resueltamente a ello, aludiendo al crimen de ignorar la civilización española del siglo XVI, dice que: "si ello es un crimen del punto de vista histórico, mayor delito fuera cerrar los ojos a la realidad de las cosas y, por falso espejismo, mirar en la colonización la obra de la España culta" (pág. 264).

Creemos que esto basta para demostrar la inconsistencia antojadiza de las ideas que el señor Carrizo nos expone sobre poesía popular. Pero si ello es innegable, también lo es que, por la parte documental, este libro perdurará con todo valor.—*Jorge M. Furt.*

Índice y fe de erratas de la nueva poesía americana, FRANCISCO SOTO Y CALVO. Samet, 1927, Buenos Aires.

Francisco Soto y Calvo—que no alcanzan entre los tres a uno solo—acaba de simular otro libro, no menos inédito que los treinta ya seudopublicados por él y que los cincuenta y siete que anuncia. No exagero: el nunca usado Soto es peligroso detentador de un cajón vacío, en él que cincuenta y siete libros inéditos nos amagan. Todos los géneros literarios, desde el ripio servicial hasta el plagio fiel y

erudito, han sido cometidos por este reincidente sin fin. Se declara autor de una *Antología de poetas latinos* (2 tomos) y latinea tan mal, que el epígrafe de su libro es esta sentencia

Ad majorem ARS gloriam,

en que el nominativo está conchabado, porque sí, para genitivo.

Índice y fe de erratas es libro de alacranerías en duda. El *viellard abécédaire* campechano que lo amontonó, muestra en sus páginas el dominio perfecto que la rima tiene sobre él. (No, no es de despechado que hablo; su malhumor me hospeda también y mi nombre está con frecuencia inmerecida en sus confusiones.) Su gracia es nula; no alcanza más que para retruécanos madrileños. Escúchenlo:

Luis de la Jara, de escribir

Dejara y nadie lo notara;

Y así pudiérase decir:

—Escribiría De la Jara

Mejor si de escribir dejara

Porque de Jara nos vivir!

Norah Lange, Paco Luis Bernárdez y Guillermo Juan, han sido agredidos por alabanzas de Soto y Calvo.—J. L. B.

Farsa eugenesia, JOSÉ GABRIEL. (Calpe: J. Urgoiti: Buenos Aires, 1927).

José Gabriel, periodista inteligente y culto, crítico de talento que acaba de obtener con *Vindicación de las artes* un triunfo sonoro, ha publicado inesperadamente un libro raro y apasionante.

Farsa eugenesia es un drama de tesis, en donde ha volcado ideas y personajes de una fantasía que impresiona y de una realidad que conmueve.

A través de la trama compleja, el autor nos interesa por sus ideas francamente reaccionarias en lo que respecta a las relaciones sexuales. Se burla despiadadamente de los recursos de la ciencia ante el misterio enorme de los problemas de la herencia, y utiliza en su farsa al doctor Pirulero para cargar en él todos sus recursos satíricos.

Es un pobre médico, ignorante y necio, vanidoso y grotesco, presidente de la "Sociedad eugenésica para la regeneración universal", enfermo de una rara manía biológica que le hace contemplar el mundo y las relaciones humanas, prescindiendo del pudor y de los principios elementales de la moral corriente.

Contra esta manía, en la cual el autor intenta caricaturizar una tendencia social contemporánea, reacciona por intermedio de Enzo, un personaje trabajador y simpático, lleno de amor para todos y víctima de todos; el único que comprende y el único capaz de sacrificarse por los demás.

Al lado de ellos, y cerca de una comparsa de hermanos semi-salvajes y grotescos, se destaca un personaje inquietante: Romilda, que parece extraída de una comedia de Shaw.

Es la madre y la esposa, pecadora en la acción, moralista en los discursos, que obra inconscientemente, por reacciones, en su afán de eludir lo vulgar y lo ridículo del mundo que la rodea.

Se ha dicho en estos días que el drama de Gabriel es *anti-ibseniano*.

No sería prudente discutir la significación novísima del término, pero si se entiende por ello una solución contraria al problema de *Casa de muñeca*, es indudable que el autor ha conseguido, con éxito pleno, enredar en el argumento su ideología antiliberal y conservadora.

"Desde que la Nora de Ibsen—dice en el cuarto episodio—con su aire de tragedia exclamó: "¡Quiero vivir mi vida!", vivir su vida ha sido el grito unánime de la mujer. "¡Quiero vivir mi vida!", clamaba la heroína del dramaturgo noruego, y las mujeres de todo el mundo claman a coro: "¡Quiero vivir mi vida!", "¡Quiero vivir mi vida!" Han encontrado la frase de efecto."

Más adelante prosigue Enzo:

"No hablemos de los hombres. Han hecho moral de su vicio y todos están conformes con su moral. Hablemos de las mujeres, que aunque también saben andar ya con desenfado en amoríos, su vicio aun no está sancionado y se presta a la reflexión."

Pero, si José Gabriel ha conseguido combatir con éxito la tesis de *Casa de muñeca*, Ibsen, a su vez, lo ha conquistado como artista.

Farsa eugenesia es un drama ibseniano, de parlamentos largos y de personajes contradictorios, cuya lucha de intereses adquiere el cariz de una contienda social.

Enzo es el idealista, el poseedor de la verdad y el solitario, en torno del cual gira todo el drama; Romilda, la mujer fuerte que, como Nora, abandona el hogar.

La situación es distinta pero el resultado es el mismo. Usando una frase, hogafío corriente, y que hubiera provocado barricadas el siglo pasado, podríamos decir que aquel hogar estaba *podrido de libertad*.

Antes de terminar es bueno que dejemos constancia de que *Farsa eugenesia* es un drama representable, aunque, en nuestra opinión, sobren notas y falten diálogos.

Esperamos que no tardará en llegar el día, en que podamos aplaudir desde la platea este drama robusto y sano, de una profunda sugestión y de una legítima nobleza artística.—*Eduardo R. Vaccaro*.

Exposición de la Actual Poesía Argentina, organizada por PEDRO JUAN VIGNALE y CÉSAR TIEMPO.

De San Cristóbal Norte — barrio con tapias de colores felices, barrio en que esperan el cariño y la intimidad porteña del Sur y no su rencor — salió esta Exposición, libro que debiera ser de gran júbilo, porque se manifiesta en él la mucha poesía que en nuestro Buenos Aires de todos se está viviendo. Es libro desmentidor de aprensiones y alegrador; es libro que en la biblioteca de todo desesperanzado debe faltar. Es la tertulia de la gran muchachada de Buenos Aires y está en el cruce de Caseros y Santa Fe. Nadie o casi nadie ha faltado y Macedonio Fernández es el más frecuente autobiógrafo de los reunidos. Yo de todos no puedo hablar, pero sí de una media docena de aquellos, cuya voz me llega mejor.

Nicolás Olivari es el más indudable poeta de los que oigo. No creo en su talento; creo en su genialidad, que es cosa distinta. Sé que decir la palabra genialidad es alzar la voz y que eso es una descortesía o un énfasis. Que Olivari es un poeta de lo desagradable, también lo sé; pero esas dos consideraciones — la de la voz baja en

la crítica y la del sedicente buen gusto — se quedan fuera de lo poético. Poesía es expresión. Olivari expresa con desesperada intensidad el tema que es suyo: el aburrimiento, el estudio para suicida, el rencor suburbano que ha sucedido a la compadrada orillera en esta ciudad. Olivari es mucho.

Francisco Luis Bernárdez es otro de los mayores méritos de este libro. Su *Alegoría pausada que se llama Delia*, su *Niña que sabía dibujar el mundo*, son gustos que seguirán gustándome siempre. Toda esperanza de pudorosa y noble poesía podrá saciarse en él.

Ricardo E. Molinari pudo haber sido la gran revelación de esta antología y de puro desganado y secretón, no ha sabido serlo. En lugar de su *Poema del Almacén* o de su *Hostería* o de sus consejos a la prima Bernarda, ha remitido un tendal de oraciones sueltas que se llaman *Tres poemas para una soledad* y que se quedan sólo en incomprensibles, sin llegar a misteriosas en ningún verso. Lo redime su sola página autobiográfica.

La de *Norah Lange*, es uno de los mejores poemas hechos por ella y como tal, es quizá el mejor poema que hay en la Exposición.

De *José Sebastián Tallon*, poeta de veras, me gusta más la voz atropelladora de ayer que la civil de hoy. Es hombre que ha impuesto una conducta a sus emociones: la de festejar permanentemente a los emigrantes, cosa que ya es tarea.

Carlos Mastronardi es gran ejecutor de todas las delicadezas de idioma: nadie como él sabe el clima emocional de cada palabra, su temperatura, su ambiente.

Ya absuelto y olvidadizo de toda lugonería, ya solo, *Rega Molina* empieza realmente su obra con *La víspera del buen amor*, libro que suma dos momentos lindísimos a estas páginas.

A ellas *Brandán Caraffa* trae un gran envión de poesía. Verso por verso, yo me atrevo a refutar cualquier poema suyo, pero no su totalidad, no su omnipresencia poética, no el involuntario entusiasmo que sus dicciones causan en mí. De *Marechal* ya pensé lo mismo otra vez. Un agradecimiento último. Es por los versos que *Santiago Ganduglia* escribió. A dos inventores de ambientes mágicos—*Eduardo Keller Sarmiento*, *Andrés L. Caro*—quiero elogiar también.—*J. L. B.*

Buenos Aires, JULIO ARAMBURU. (El Ateneo; Buenos Aires; 1927).

Julio Aramburu, espíritu hondamente emotivo, ha tendido sobre la ciudad sus ojos de provinciano sentimental e ingenuo, para recoger en ellos paisajes y siluetas que nos describe en las 171 páginas del libro que comentamos.

La ciudad, la calle, las mujeres y los hombres, las cosas cotidianas y los sucesos vulgares; le impresionan fácilmente y le inspiran cantidad de reflexiones que desparrama con abundante generosidad.

Desde el saludo de circunstancias para el lector anónimo, hasta el último párrafo de *Año Nuevo; Buenos Aires* es un libro triste y amargo, que revela la psicología de un espíritu atormentado por la trivialidad de la vida, trivialidad de la cual, ni el mismo autor, se ha sentido con suficiente fuerza para eludir.

Ni la maestra ni la bailarina, ni la dactilógrafa ni la bataclana, ni siquiera la planchadora le ha inspirado al autor la más leve sonrisa de optimismo.

Es que la poesía no está en las cosas, sino que hay que ponerla en ellas. No puede ser jamás motivo artístico el agente de policía, sin una historia que le preste relieve; el agente de policía real y concreto, como lo vemos todos los días, alto o bajo, grueso o delgado, cordial o hurafío, alegre o triste, rubio o moreno.

El agente de policía, que he descrito a la manera del señor Aramburu, no puede entrar al arte así, desnudo de fábula y de originalidad.

Pero supongamos que el autor no hubiera pretendido hacer una obra artística, sino que se hubiera propuesto observar, como dice al principio: "la realidad profunda de la filosofía social, en la manifestación compleja de la vida".

Olvídemos que cada parágrafo comienza tristemente con una metáfora extrangulada debajo del título, y supongamos que el autor se hubiera propuesto hacer un libro donde el valor de las ideas disminuyera la fuerza de los defectos elementales de la forma.

Lo hemos releído y, para asombro de las futuras generaciones, entresacamos los siguientes pensamientos de la profunda filosofía del autor.

"Los porteros son los seres más felices del mundo". "El arte negro es la fuerza de la inspiración dinámica". "La experiencia de la felicidad y el infortunio acusa los semblantes". "La rotación del calendario es un suceso irresponsable".

El autor tiene, además, ideas originalísimas en materia psicológica, pues a lo que se infiere de las páginas de *Buenos Aires*, divide las emociones en dos clases: imperfectas y multánimes.

Considerando, con lo que antecede, agotado el acervo ideológico del libro, supongamos ahora que no haya querido darnos un conjunto de poemas en prosa ni un tratado de filosofía; quedaría la posibilidad de que el autor hubiera intentado escribir un libro para lucir las galas de un estilo brillante, gozando del inútil deleite de utilizar el lustre del idioma, dándonos una prosa pulida y armoniosa como la del simbolismo.

Si el autor ha tenido esa intención, sería el momento de desengañarlo completamente.

La prosa es periodística y sin brillo; comete errores de colegial y no tiene siquiera el conocimiento exacto del valor de las palabras, hasta el punto de confundir un horario con una escuela (pág. 159). Pero, se argüirá—¿y las metáforas del señor Aramburu?—¿No es muy hermoso aquello del sol que baña, de la lluvia que lava, de la neblina que tizna y de la niebla que empolva?

¡Las metáforas del distinguido colaborador de "La Prensa"! Podemos perdonarle todo: las emociones imperfectas y las emociones multánimes, lo del portero y lo de la bailarina, lo de la planchadora y lo de la bataclana, podemos, en un gesto de tolerancia infinita, perdonarle el libro entero, desde el título al pié de imprenta, pero, eso sí, que el señor Aramburu retire las metáforas.—Eduardo R. Vaccaro.

La mentalidad primitiva, por CH. BLONDEL. Edición de "La Cultura Moderna".

En el desarrollo de las ideas de la segunda mitad del siglo XIX, se advierte una continua rivalidad entre varias de las disciplinas que gozaron en su transcurso de favor especial. Vuelta a vuelta se ha procurado hallar en la psicología, en la biología y en la sociología

la solución de todos los problemas que preocupan al espíritu humano. Los cultores más afanosos de esas materias creyeron, con fe exagerada las más de las veces, hallar en ellas la clave de todos los enigmas. Prometían acallar con sus conclusiones las últimas dudas de los contemporáneos. A nuestro siglo ha alcanzado también esta tendencia. De cuando en cuando aparece algún escritor que en tono de satisfacción suprema formula en cinco líneas la anhelada explicación de los hechos más complejos.

Blondel es, en el trabajo que nos ocupa, psicólogo y sociólogo a la vez. En las 120 páginas de su libro describe los caracteres de la mentalidad primitiva y al mismo tiempo se sirve de sus conclusiones para resolver el problema del origen y de la estructura del conocimiento. Las normas del pensar de los individuos, sus categorías fundamentales, son producto del régimen social en que viven. La mente del primitivo es consecuencia de la organización colectiva del grupo, clan o tribu a que pertenece. Sigue Blondel la orientación de Durkheim y sobre todo de Levy Bruhl, cuyas ideas expone en forma sumaria y precisa. *Los primitivos confunden lo que nosotros distinguimos*. En compensación, distinguen lo que nosotros confundimos. Clasifican las cosas no de acuerdo a sus semejanzas y diferencias objetivas, sino según su significado místico. *Ven causas donde nosotros no pensaríamos jamás en buscarlas*. Y todo esto en virtud de la organización social que les es propia. A la demostración de esta tesis dedica su ensayo, traducido por don Anselmo González. — L. D.

Soledades de Góngora, editadas por DÁMASO ALONSO. *Revista de Occidente*, Madrid, 1927. 8º, 240 páginas.

Pertenece este volumen a la serie bibliográfica con que la *Revista de Occidente* se apresta a conmemorar el tercer centenario de Góngora.

Al estudio de las modalidades expresivas del ilustre cuanto discutido escritor español, sigue en el libro del señor Dámaso Alonso el texto de las *Soledades*, editado con señorial escrupulosidad; va luego una muy diestra y notable versión en prosa del poema, la cual versión, si bien no logra transformarla en claro día, torna aparente

—a fuerza de rebusco crítico y de acierto filológico—la pretendida noche gongorina. Todo el trabajo del señor Alonso, comentario estilístico y versión en prosa, resulta así un intento de iluminación literaria realizado con casi entera plenitud.

Con ser uno de sus devotos cordialísimos, más que exaltar al autor por él editado, el señor Alonso, desechando de primera intención la fácil alabanza de todas las devociones, ha procurado entenderlo y, cuando esto no ha sido posible, presentirlo, adivinarlo. Su trabajo, como acontece con otros suyos de índole semejante, traduce el deseo plausible de allanar las fragosidades sintácticas y lexicológicas del sendero angosto, retorcido, pero siempre seguro, que lleva al Góngora mal llamado de la segunda manera—el Góngora ángel de tinieblas, engendrador nebuloso del *Polifemo*, del *Panegírico* y de las *Soledades*.

El señor Alonso, poniendo a contribución una sensibilidad extremadamente afinada, una extraordinaria cultura y una sagacidad filológica ejemplar, se ha propuesto, en cierto modo, demostrarnos a Góngora, hacérselo claro, como se hace claro, después de su pertinente demostración, el teorema matemático más revesado y abstruso. Su edición de las *Soledades*, de esas *Soledades* que, según su propio y certero decir, constituyen el centro del gongorismo, nos ofrece (si es lícito expresarse en jerga musical) una versión generosamente "facilitada" del susodicho poema; versión "facilitada", sí, pero fidelísima, con todo, a la pristina notación verbal del propio poeta cordobés.

Descontada la obra admirable de Miguel Artigas (Madrid, 1925), que en otros aspectos apura la cuestión gongorina, entre los investigadores que con espíritu nuevo se entregan hoy en España a esta suerte de estudios, posiblemente ninguno más indicado que el señor Alonso para disipar la tradición de lobreguez tres veces secular que pesaba sobre esas *Soledades* de don Luis de Góngora, tan magníficas como desdichadas. La tarea, no cabe duda, rebosaba dificultades y argüía dilaciones. Pero el centenario ha sido buen pretexto para emprenderla y, en consecuencia, buena ocasión para difundir sus resultados.

Tras de vencer el peso muerto de la tradición, era menester abatir el dogma de perenne obscuridad labrado por los eternos repetidores del desacierto ajeno que, año tras año, incapaces de esfuerzo propio, vienen cantándonos, como en canon, la pegadiza frase condenatoria

aprendida en Menéndez y Pelayo. Como Américo Castro, en libro reciente, ha invalidado el dogma de "Cervantes ingenio lego", urgía invalidar este otro dogma absurdo de la historia literaria hispánica, el dogma de Góngora ángel de tinieblas. No se trataba de negarlo ciega y categóricamente por puro espíritu de rebelión y de contraste, sino de demostrar por modo cabal y perentorio su inconsecuencia histórica y su sinrazón estética.

El crítico que apechugase con la empresa, habría de reunir, para descontar aciertos y prevenir fracasos, las mismas cualidades de sensibilidad, de erudición y de destreza filológica que, por dicha, en grado superlativo se dan en el señor Alonso.

Formado científicamente en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde don Ramón Menéndez Pidal es maestro y ejemplo, el señor Alonso, que allí dicta un curso de literatura para extranjeros, ha logrado posesionarse del rico caudal de noticias que con discernimiento siempre seguro utiliza en la composición de sus escritos. Sus ocupaciones actuales—edición y estudio de la producción poética de Góngora, edición y comentario de las obras de Erasmo—así lo acreditan. Sus condiciones de sensibilidad y de reacción afectiva, indispensables cuando se intenta penetrar la materia poética de un autor cualquiera, el señor Alonso las tiene reveladas antes de ahora en sus colaboraciones para la *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria* o periódicos españoles de acentuado matiz vanguardista, como *Verso y Prosa*. La cultura (y hasta diríamos el exceso de cultura que hay en el señor Alonso: conocimiento de diversos idiomas; noticia plena de todas las literaturas, así latinas como anglosajonas, antiguas y modernas, sugerencias de andanzas y viajes por tierras extranjeras, estadas en Hamburgo, Oxford y Cambridge), impide en él todo posible exceso crítico: exceso en la alabanza, por fetichismo; o exceso en el vituperio, por incompreensión.

El cargo de "Primer gongorista del Reino", que según el decir finamente intencionado de sus colegas literarios desempeña el señor Alonso, resulta así menos hipotético y más efectivo para la cultura de la Península que muchos de los cargos que mantiene actualmente el régimen oficial español.—A. J. Battistessa.